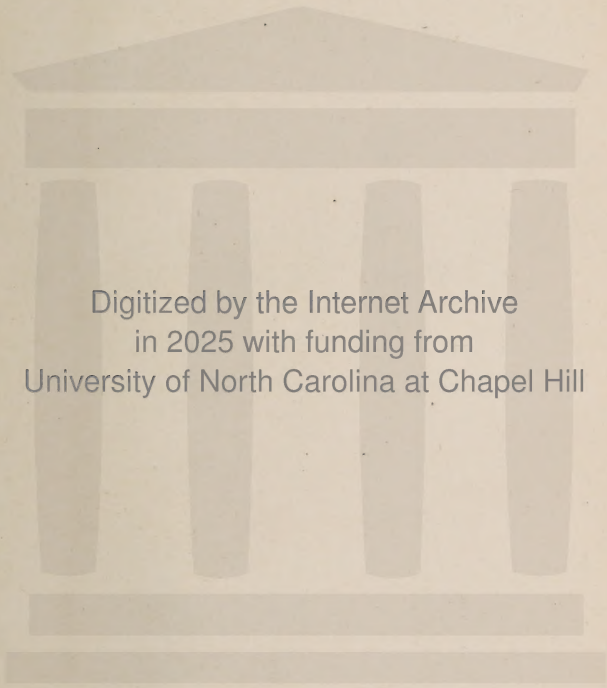
The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

330.946
L362p
cop. 1

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/porquelespaolnoh00latr

POR QUÉ EL ESPAÑOL NO HA LLEGADO A MÁS

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

POR QUÉ EL ESPAÑOL NO HA LLEGADO A MÁS

POR

RAMÓN LATRE

PRIMERA EDICIÓN

ESPASA-CALPE, S. A.
BILBAO
MADRID
Ríos Rosas, 24 ◇ BARCELONA
Cortes, 579
1929

ES PROPIEDAD
RAMÓN LATRE
Madrid, 1929
Published in Spain

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 24.—MADRID

Library, ...
North Carolina

ANTECEDENTES

ENUNCIANDO BIEN EL PROBLEMA

Aunque el caso España ha sido tratado anteriormente a nosotros por los espíritus más selectos y las primeras inteligencias del país, el problema es sobradamente interesante y siempre actual para no volver sobre él.

La razón de ser de este modesto estudio es que ha sido escrito a propósito para el gran público, por ser quien está más equivocado en este asunto.

Nosotros hemos notado que para la masa el problema es por qué el pueblo español ha llegado a menos. Para nosotros el problema es por qué el pueblo español no ha llegado a más, que es inverso del anterior. De aquí que el pueblo español, a pesar de los esfuerzos que ha hecho y hace por descubrir la incógnita, no haya llegado siquiera a ver bien este asunto, debido a un equivocado enfoque del problema.

El pueblo, la masa, pretende averiguar las

435578

causas de un hecho, no admitiendo su existencia, sino la del hecho inverso. El pueblo parte del supuesto de una anterior grandeza. Si esto fuera cierto, sería lógico investigar las causas de su decadencia. Pero la hipótesis es totalmente falsa; a consecuencia, el problema es imposible y los resultados son irreales. Eso es todo.

El problema cambia de aspecto en cuanto se parte de una hipótesis verdadera, la hipótesis acorde con los hechos. El pueblo que llamaremos genuinamente español no ha sido nunca grande en España.

No debe tomarse como grandeza del pueblo español el espléndido desarrollo que alcanzaron el romano y el mahometano en la Península. Eso debe servirnos a nosotros de lección. Ellos progresaron porque supieron trabajar.

Como igualmente no debe solidarizarse al pueblo con las casas reales habidas en España, hasta el extremo de considerar su grandeza y decadencia como grandeza y decadencia del pueblo hispano.

Los historiadores oficiales que titulan historia de un pueblo a la relación de los hechos privados y públicos de los reyes, ignorando deliberadamente la vida y el estado del pueblo, han afirmado que España mandaba en varios países europeos y dirigía la política internacional. Esto se refería a una época en la que el español no trabajaba por haber perdido el hábito en las

guerras de reconquista y europeas, y era necesario importar comestibles y manufacturas; la época de más miseria y de menos población que hubo nunca, la época en que por haber desaparecido la población hebrea y mahometana, únicas que trabajaban, no había de hecho impuestos, al no haber dinero en el país. Citaremos los siguientes datos: Se supone que la población de España en su época romana alcanzó a 40 millones de habitantes; en cambio, en el año 1594 sólo había nueve millones, y en 1723 sólo cinco millones y medio. En el año 1553, en la época de esplendor de la casa de Austria, el Estado español, que debía entregar 600.000 ducados de intereses a los banqueros de Amberes, sólo pudo hacer efectivos 58.000. Por esa época se llegó a deber al ejército 2.300.000 florines, y, por último, el Estado tuvo que declararse en quiebra. Las Cortes de 1592 declararon "que no había ni podía haber duda de que el reino estaba consumido y acabado del todo". Y sabido es que en el año 1698 se celebró entre Inglaterra, Holanda y Francia el Tratado de La Haya, en virtud del que se repartían a España esos países, y dos años más tarde se hizo en Londres otro reparto, lo que demuestra lo bajo que había caído el Estado español.

O sea que esos historiadores han afirmado que España valía más cuando el pueblo español valía menos.

EL ESPAÑOL NO DOMINO EN EUROPA

Es muy importante rectificar que España dominó en parte de Europa y que fué dueña de varios países europeos. No hubo tal cosa. Sería muy ilógico que un país pobrísimo y debilísimo dominase a otros que eran más fuertes que él en carácter, población y rendimiento laborante.

Sabido es que doña Juana, *la Loca*, hija de los Reyes Católicos, casó con Felipe, *el Hermoso* (flamenco). De tal matrimonio nació Carlos I, quien, por su madre, heredó España, Nápoles y Sicilia; por su padre recibió los Países Bajos, y de su abuelo paterno, el emperador Maximiliano (austríaco), heredó el Imperio alemán de aquella época.

Luego en una misma persona recayeron las coronas de distintos países, habitados por pueblos de distinta raza, religión, idioma y costumbres. Si se tratara de un particular que hubiera recibido por herencia una finca en cada uno de esos países, a ningún historiador se le habría ocurrido decir que la finca española era dueña y mandaba en las otras fincas; pero como en lugar de fincas y particulares se trataba de naciones y reyes, hubo que arreglar la verdad poniéndola en contra del sentido común. Desde luego, tanto derecho tienen los historiadores de los Países

Bajos para decir que su país mandaba en España, por ser Carlos I hijo de su rey, ya que los españoles creen que España mandaba en los Países Bajos por ser Carlos I hijo de su reina; sin embargo, no lo afirman.

Si fué España la que mandó en los Países Bajos y Alemania, y si tanto predominaba en el mundo, ¿por qué a la que la Historia titula casa de Austria no la bautizó casa real española?

No, España no mandó en ningún país, ni siquiera en sí misma, como ya veremos; quien reinó en todos esos países fué la misma casa real: la casa de Austria.

La decadencia y anulación de dicha casa es algo que no tiene relación con el pueblo español. La solidaridad artificial establecida por los historiadores nacionales para hacer partícipe a España de la época de esplendor de dicha casa y por los historiadores extranjeros para arrastrarla en la decadencia de ésta, es lo que ha impedido al pueblo español ver claramente su problema. Además, esa solidaridad ha perjudicado grandemente al pueblo español, porque como éste no ha podido escribir su historia en el libro de la Historia, los que lo han hecho le han desacreditado, por odiar a la casa de Austria.

Y respecto de Sicilia y Nápoles, basta decir que la casa real aragonesa entró en el primer reino con anuencia del pueblo, y en Nápoles con

anuencia de su reina; por tanto, esos países no fueron conquistados.

Es necesario tener en cuenta que en aquellos tiempos el pueblo había salido del feudalismo de los nobles y vivía bajo el absolutismo de los reyes; por eso la corona era superior al pueblo, disponía de él, lo poseía. Los reyes de aquel entonces se repartían los países en herencias, dotes, donaciones y botines de guerra, como ahora los particulares se reparten tierras, casas y muebles. Cuando Carlos I se retiró a Yuste, porque, según afirmó Gómez de Silva, "no sabía cómo seguir administrando sus reinos", dejó la corona de España a su hijo Felipe II, y la de Alemania a su hermano Fernando; por tanto, para él, España y Alemania eran dos "cosas" desligadas. Y cuando a consecuencia del pugilato por el predominio europeo entre la casa de Austria y los Borbones fué vencida la primera, el último de los Austrias cedió su "finca" España a los Borbones, como se cede una apuesta perdida y como siglos antes fué cedida como dote a la casa de Austria.

Las casas reinantes de aquel tiempo tienen en la actualidad un equivalente en las empresas internacionales mercantiles, las cuales establecen su casa central en el país que más les conviene. Igualmente, cuando la casa de Austria se internacionalizó, estableció, por decirlo así, su central en España, por ser éste el país más se-

guro y más condescendiente para ella de los que tenía. Lo prueba el hecho de que todos los demás países intentaron y consiguieron separarse de su controlador internacional y establecieron un rey propio; el pueblo español ni siquiera lo pensó. Los pueblos masculinos exigen que sus reyes sean de su misma nacionalidad; pero los pueblos femeninos, como España, aceptan que sean extranjeros, al igual de las mujeres que toman a cualquier hombre para marido.

El pueblo español sirvió a sus dos casas reales de máximo abastecedor de hombres y dinero (el que venía de América), con lo que proveyeron a sus guerras europeas por el predominio internacional. Esas guerras perjudicaron al pueblo español, porque dividieron a la Península en dos nacionalidades, desnacionalizaron una plaza estratégica, le hicieron perder una inmensa población masculina, le empobrecieron y desacostumbraron a los hombres a vivir de un trabajo útil.

Para ambas casas, España fué lo que algunos negocios son para sus Consejos de Administración; nos referimos a esos negocios que existen, no para dar dividendos a los accionistas y jornales a los obreros, sino ganancias de Bolsa a los consejeros. Estos sólo se preocupan de que el negocio exista jurídicamente, para así poder especular. Por eso cuando España ha estado en varias ocasiones a un milímetro de la muerte,

sus casas reales la han atendido solícitamente con unas cucharadas de medicina económica, para que pudiera parecer que civilmente existía en el orden internacional, y así poder continuar especulando ellas.

España no perdió el Imperio alemán, ni los Países Bajos, ni Nápoles, ni Sicilia, porque no los tuvo nunca. Los tuvieron y los perdieron las casas reinantes de España, que a su vez lo fueron de esos países. Aunque el soldado español ganó más batallas que perdió, sus casas reinantes perdieron todas las campañas.

Esa es la verdad respecto de la afirmación oficial de que España dominó en Europa. Tiempo llegará en que las historias de los reyes absolutos sean unas y las historias de los pueblos sean otras, y no habrá entonces la confusión y las inexactitudes que hay ahora.

LO QUE SIGNIFICA HISPAMERICA

Otros historiadores deducen la grandeza del pueblo español del descubrimiento y poblamiento de América.

Veamos lo que hizo el pueblo español e interpretémoslo racionalmente.

El pueblo español ha tenido una actuación masculina memorable, única: la de oponerse a Napoleón, el dictador de Europa; y una actua-

ción femenina, también memorable y única: la creación de Hispamérica. Hispamérica es el Haber del pueblo español; España es el Debe del Estado español.

El año 1492 el pueblo español era un poblaco despoblado, inútil, hambriento, cansado, deshecho, piltrafesco; pueblo que estaba mil veces peor que el de ahora. Pero ese año se verificó un suceso trascendentalísimo, que encajó admirablemente en la mentalidad, en la psicología y en las aptitudes femeninas del pueblo español, como igualmente en las condiciones en que éste se encontraba. Por una parte, su hambre le hacía sentir necesidad, y por otra, su triunfo sobre el mahometano le daba la fe en sí mismo y la audacia necesarias para acometer la magna y epopéyica empresa de civilizar un mundo.

Y aquel poblaco desvencijado, analfabeto, amorfo, rural y antimarítimo, fué capaz de hacer lo que hizo: hacer viajes de miles de millas por mares desconocidos; hacer viajes de miles de kilómetros por terrenos desconocidos, unos desiérticos, otros de espesísimas maniguas; confrontarse con hombres de distinto color, idioma y costumbres; confrontarse con un clima desconocido y, en general, distinto al hispano; confrontarse con animales desconocidos y dañinos; confrontarse con un país escaso de alimentos. En definitiva, se confrontó con una nueva vida; luchó contra el indígena, contra el animal dañino,

contra el clima y contra la manigua o el desierto. Venció a todos y cumplió un objetivo y un ideal. Y aquel pueblo rural supo construir ciudades. Y aquel pueblo analfabeto supo establecer Universidades. Y aquel pueblo vago supo trabajar y crear riqueza agrícola, pecuaria, minera, industrial, literaria y científica. Y de aquel pueblo amorfo, de aquel pueblo masa, salieron personalidades, salieron hombres cumbres, salieron hombres substantivos. Y aquel poblaco, que aquí estaba en manos de extranjeros, supo allí formar veinte nacionalidades.

Pero todo lo que hizo en América lo hizo solo; el indio no pudo ayudarle. El español tuvo que enseñar a éste su idioma, su religión y su trabajo. Así, pues, la grandeza del pueblo español en América es la de la madre que crea, la de la madre que enseña, la de la madre que produce comida para sus hijos; inversamente a la grandeza masculina del anglosajón, que ha consistido en la dominación de otros pueblos, en la posesión de colonias. Una colonia es un país que otro domina estilo hombre y explota estilo patronal. El país dominador no puebla la colonia, la que sigue su aumento propio, natural, de sí misma. En otras ocasiones el dominador aniquila a la población indígena y la reemplaza. Cuando esto ocurre, el dominador se duplica a sí mismo en otro lugar.

Pero los países hispamericanos han sido for-

mados, hechos, poblados, enseñados, educados y gobernados sanguíneamente, maternalmente, de igual a igual, por el pueblo español. Cuando esos países llegaron a su mayoría de edad casi sin ningún esfuerzo se separaron de la madre (la lucha que hubo fué más bien entre americanos de distintas ideologías), adquiriendo personalidad internacional, como los hijos de familia se separan de sus padres al casarse, y así adquieren personalidad social propia.

En esos países la población indígena no fué aniquilada; por el contrario, la emigración hispana, esencialmente masculina, se unió a ella y formó una nueva población mestiza. Formar un país de esa manera significa un debilitamiento y un desequilibrio fisiológico del país formador (en parte, el feminismo del pueblo español es debido a la excesiva preponderancia numérica de la mujer, a consecuencia de la falta de hombres por la emigración y por el desgaste de las guerras), por lo que la separación significó para el país madre una ganancia, porque disminuyeron los gastos y la pérdida de población, lo que comprueba la realidad.

E innecesario es decir que nosotros no explotamos patronalmente aquellos países. El trabajo patronal es cosa que los españoles no sabemos hacer ni en América, ni en España, ni en parte alguna. Aquí, en España, somos nosotros los explotados.

Por la manera como fueron formados y, en consecuencia, por la relación que hubo entre ellos y el país formador, los países hispamericanos no deben ser titulados colonias, como se ha hecho en estos últimos tiempos. Los Reyes Católicos y siguientes no los titularon así; por el contrario, los países y sus habitantes fueron considerados reinos y súbditos como los de Castilla y Aragón.

Por tanto, la creación de los países hispamericanos no demuestra en el pueblo español una grandeza estilo dominador, estilo hombre, sino una gran fecundidad estilo hembra. Su separación tampoco significa decadencia. Esos países no estaban dominados, sino gobernados, y se separaron de la gobernación española para gobernarse a sí mismos. La raza hispana sí tiene que lamentar el achicamiento constante de Hispamérica.

EL PUEBLO ESPAÑOL HA SIDO DOMINADO SIEMPRE

En contra de las afirmaciones de esos historiadores está la realidad, o sea la propia historia del indígena. ¿Cómo va a ser posible que el español haya dominado a alguien, cuando él ha sido dominado por otros?

Fué dominado por el cartaginés, en aquellos lugares donde convino al dominador.

El romano le dominó de un modo completo. Su dominación fué vertical, de arriba abajo. Fué de estilo patronal; el romano hizo trabajar al español agrícola e industrialmente; más de esta manera que de aquélla, porque supo ver la verdadera valía profesional del indígena y la valía económica del país. A consecuencia de ese trabajo racional e intenso, el español conoció un bienestar, que no ha vuelto a tener; aquélla fué su edad dorada.

Al desaparecer el patrono, desapareció la valía del trabajador. Al desaparecer el cerebro que pensaba y el carácter que dirigía, desapareció la organización económica fuerte y rendidora de España y desapareció la abundancia y el bienestar. Desde entonces el español no ha sabido producir una comida abundante, porque el español sólo sabe rendir con un patrono de carácter que pague bien y mande mejor. El mismo obrero español, que mandado y pagado por un patrono español tarda un día en colocar cuatro adoquines en una calle, es el que ha hecho el canal de Panamá, *on record time*, mandado y pagado por yanquis.

Fué mandado por los germanos, quienes lo hicieron políticamente, no patronalmente como los romanos.

La inmigración mahometana obró en España en sentido horizontal; obligó al español a estrecharse en su vivienda, por eso éste se rebeló; su

objetivo no era mandar, dominar un pueblo, sino vivir sobre un país. Los mahometanos, siguiendo su anterior modo de vida, rebuscaron los pequeños oasis que sirven al trabajo agrícola en España y en ellos vivieron, formando pequeñas agrupaciones urbanas, sin contacto entre ellas. Sólo en ciertos sitios de Levante y el Sur, donde el clima y el terreno permiten un mayor rendimiento agrícola, y especialmente por haberse dedicado a la industria, pudieron formar ciudades grandes.

Después vino la dominación espiritual, y ésta se verificó hacia el año 1000, en la persona del monje francés de las órdenes de Cluny y de Císter. Estos monjes ocuparon los altos puestos de la Iglesia indígena, afrancesaron el culto (según afirmación del padre Masdeu) y llenaron España de conventos de esas órdenes. Paralelamente a esto, nobles franceses ocuparon los puestos de la gobernación en Castilla. El historiador francés Dozy dijo de Alfonso VI "que inundó literalmente a España de franceses". Esta filtración francesa aumentó enormemente en el campo comercial después con los Borbones, para que el español no trabajara industrialmente y se proveyera de manufacturas francesas.

El profesor Day, en su obra *History of Commerce*, dice que en el año 1700 el comercio (o sea la importación de manufacturas y comestibles) estaba enteramente en manos de 120.000 extran-

jeros; de ellos, 78.000 franceses. Y en el organismo oficial titulado Junta Superior de Comercio tenían los franceses dos puestos.

J. W. Welsford dice en su obra *The Strength of Nations:* "Después del Tratado de Utrecht, España revivió, y entonces Inglaterra, Holanda, Francia y Austria olvidaron sus rivalidades y concertaron una cuádruple alianza, que redujo a España a su anterior condición de impotencia. De aquí en adelante la Península fué la humilde sierva de Francia."

Y a la hora actual tenemos la subyugación, el control económico. El pueblo español forma la más dominada colonia económica internacional que existe.

En el libro *Intérêts économiques et rapports internationaux* se dice lo siguiente:

"... para abrir a nuestro comercio y a nuestra influencia estos países soleados de Levante.

"España ha sido siempre de los Pereire.

"Nosotros nos mantenemos en España.

"Para contrarrestar ese clamor nacional que viene de España hemos nombrado directores de las tres grandes vías ferroviarias que tenemos en España a españoles, que no son sino figuras decorativas.

"Voilà, he ahí en el Norte y en el Sur empresas honorables y seguras, obligadas a reclutar un doble directorio: el uno, francés y efectivo; el otro, nacional y más o menos ficticio.

"El Mediterráneo ha sido y es todavía en el conjunto un *mare nostrum*, desde el punto de vista financiero."

Desde lejanos tiempos el pueblo español ha tenido el espíritu extranjero. O sea que entre el cerebro y el músculo, entre el alma y el cuerpo ha habido una solución de continuidad.

Cuando el pueblo español ha tenido un dominador extranjero durante cuatro siglos; un gobernante extranjero durante dos; un huésped extranjero durante siete, y una cabeza extranjera durante cuatro, es que él no tiene condiciones de dominador.

Desde hace veinticinco siglos al pueblo español se le ha gobernado desde dentro, pero se le ha mandado desde fuera.

LA REALIDAD

Lo real, lo verdadero es que hoy no reinan en España reyes que lo sean de otros países, como sucedió en otro tiempo; pero el pueblo nada tiene que ver con eso. Si eso es decadencia, se refiere a ellos, no al pueblo español.

El pueblo español sólo ha conocido una época espléndida: cuando fué dominado por el romano. La razón es que éste le dominó patronalmente, le dominó para hacerle trabajar.

Desde que el español ha sido su propio patrono (porque las otras dominaciones han sido de

distinta clase, y la actual es para que no se dedique al trabajo industrial) no ha sabido rendir, por haberse dedicado exclusivamente al trabajo agrícola.

A consecuencia de ello, hoy no es más y no es menos de lo poco que ha sido desde entonces.

El pueblo español no se ha degenerado, no se ha debilitado, no se ha desvitalizado. El problema a estudiar no es de degeneración, sino de generación. La enfermedad no es agotamiento, sino raquitismo. La cura no vendrá con medicinas, sino con alimentación.

Afirmamos que el problema no es averiguar por qué el pueblo español ha llegado a menos, lo que significaría una desvitalización de sí mismo, que es contrario a la realidad. El verdadero problema es investigar por qué el pueblo español no ha llegado a más; lo que significa una limitación en su vitalidad, una inferioridad de clase, un defecto de generación; lo cual es muy distinto.

Si fuera lo primero, sería poco probable que se recuperara; pero al ser lo segundo, cabe rectificar el modo de su generación y el sistema de trabajo adoptado para su mantenimiento, y así la posibilidad de su desarrollo total es segura. Porque un pueblo se hace todos los días.

ESTUDIO DEL PROBLEMA

FACTORES QUE INTERVIENEN EN LA VALORIZACION DE LOS PUEBLOS

Los pueblos se hacen a sí mismos, y se hacen todos los días. En esta formación no entran factores no controlables por el hombre. El factor geográfico y el climatológico escasamente influyen en la formación de los pueblos modernos.

Es escasa la diferencia geográfica y climatológica entre Castilla y Aragón y, sin embargo, es mucha la diferencia psicológica entre castellanos y aragoneses. En cambio, es bastante la diferencia física entre Castilla y Vasconia, y casi nula la diferencia psicológica entre castellanos viejos y vascones. También es bastante la diferencia física entre Aragón y Cataluña, y no mucha la diferencia psicológica entre aragoneses y catalanes. Escasa es también la diferencia geográfica y climatológica entre Levante y An-

dalucía, y bastante la diferencia psicológica entre levantinos y andaluces.

Los factores citados influyen sólo externamente, como una pintura, en la formación de los pueblos.

En cambio, el trabajo marca la personalidad, la psicología del hombre colectivo.

Hay una marcada diferencia entre la psicología de los pueblos industrialistas y la de los agriculturistas, y también entre países del mismo género, porque esta diferencia viene dada no sólo por la clase de trabajo, sino por la relación entre el rendimiento conseguido y el esfuerzo empleado. En España no está todavía marcada la personalidad industrialista, debido a que, por falta de habilidad mercantil, la población industrial se renueva constantemente y se nutre del ruralismo; por eso hay muchos puntos de contacto entre vascones y castellanos, a pesar de ser aquéllos parcialmente industrialistas y agriculturistas éstos. En cambio, hay muchísima discrepancia psicológica entre castellanos y levantinos, aun siendo agriculturistas unos y otros. Pero la agricultura de Levante es efectista, prestidigitadora, milagrera; se pone una simiente en la tierra y al mes se obtiene una planta. La agricultura de Castilla es estólida, lenta, trabajosa; la semilla tarda ocho meses en producir. Así, el levantino es fantasioso; el castellano viejo es sesudo, carece totalmente de fantasía.

Y el rendimiento modela también la psicología. La misma clase de cultivo hay en Castilla la Vieja que en Canadá. Sin embargo, el carácter del castellano es pesimista, a consecuencia de la pobreza del rendimiento y del mucho trabajo empleado. El canadiense es optimista, porque a cambio de sólo el trabajo de labrar y sembrar recoge una abundantísima cosecha.

El hombre, que es hijo de Dios, es, en cierta manera, un pequeño dios: se genera y se forma a sí mismo.

Los pueblos se van imprimiendo la modalidad que quieren. El pueblo que quiere generarse y formarse bien lo llegará a conseguir, siempre dentro de las limitaciones humanas. El pueblo inglés ha modificado su psicología a consecuencia de su consciente cambio en el modo de ganarse la vida. Hoy, que es industrialista, no es el mismo que cuando hace siglos era agriculturista.

Lo importante es que un pueblo quiera generarse. Porque la generación física se hace inconscientemente; pero la generación psíquica, que es la más importante, hay que hacerla conscientemente. Los pueblos pasan por épocas de suicidio psíquico, épocas negativas, en las que falta el deseo de generación psíquica. Y en otros, y el español está en este caso, su deseo de generación y formación psíquica ha sido siempre muy débil, a consecuencia de su feminidad. Ocasionalmente y esporádicamente algunas regio-

nes han manifestado ese deseo, si bien no muy fuertemente. La razón de por qué una gran parte de España es en cierta manera una proyección espiritual de Castilla es por haber tenido ésta, a su debido tiempo, esa voluntad de formación psíquica. La *castillanización* del resto se detuvo con la unión política de Castilla y Aragón, al darla un trabajo hecho que ella debió hacer. El espíritu castellano, no teniendo nada que hacer en España, se marchó a América.

El pueblo español, que físicamente se hace todos los días, debe adquirir el deseo de generarse psíquicamente, para así tener una verdadera personalidad, la *suya*, y ser un pueblo completo.

Esa es la diferencia que hay entre el hombre y el animal. Este sólo se genera físicamente. Aquél, física y psíquicamente; si sólo hace lo primero, no es más que un ser zoológico.

Los pueblos antiguos difieren radicalmente de los modernos. Aquéllos vivían de la tierra; éstos se alimentan de los productos de la tierra, pero viven de su trabajo.

En los pueblos que viven de la tierra, la valía del hombre es factor que no cuenta. Mejor o peor, todos los hombres del campo saben cultivar. Lo que cuenta es la valía de la tierra. Las posibilidades de un pueblo agrícola, de un pue-

blo antiguo, vienen limitadas por la eficacia agrícola del clima y de la tierra.

En los pueblos modernos, que se alimentan de la tierra y viven del trabajo del hombre, la tierra no cuenta. Todo terreno produce agrícolamente lo suficiente para alimentar una cierta población. Lo que cuenta en ellos es el hombre. Un pueblo moderno es lo que es su hombre.

Consecuentemente, para valorizar los pueblos modernos hay que estudiar unos cuantos factores que no intervienen en la valoración de los pueblos agrícolas antiguos.

Los principales factores que intervienen en la generación, formación y valoración psíquica de los pueblos modernos son los siguientes:

el individuo,
su sexo psíquico.
su práctica eugenésica,
su práctica e intensidad laborante,
su práctica comercial internacional,
su eficiencia educativa personal y social,
su sentido social,
su oposición al extranjero, y
su modo de gobernarse.

Hagamos un estudio de todos estos factores, con relación al pueblo español.

LA DESVENTAJA PRIMARIA DEL PUEBLO ESPAÑOL: SU SEXO FEMENINO

Es un hecho que hay diferencias radicales, esenciales, diferencias de *ser*, de unos a otros pueblos.

A simple vista se nota que el pueblo anglosajón es radicalmente distinto del pueblo español. Son de un *ser*, de un sexo distinto. Se puede decir que el pueblo anglosajón es el pueblo más masculino, como igualmente el español es el más femenino de los conocidos.

De igual manera que el sexo es lo que caracteriza físicamente al individuo, el sexo es lo que caracteriza psíquicamente a los pueblos.

Pero así como el sexo físico viene impuesto por la Naturaleza, el sexo psíquico es adquirido consciente o inconscientemente por el hombre.

Un pueblo se da el sexo que quiere. El pueblo donde domina el hombre, será masculino; el pueblo donde domina la mujer, será femenino.

Es muy lógico que, puesto que el hombre y la mujer sirven para distintos fines naturales y sociales, han de ser ellos distintos en su psicología.

La personalidad se forma por la reacción al trabajo natural y al trabajo social. El primero en el hombre es casi nulo; el segundo es muy importante. Por el contrario, en la mujer, la reacción al trabajo social casi no existe, mientras que la reacción al trabajo natural o maternal es importantísima.

En el trabajo social, el hombre se relaciona, más o menos, con los demás hombres. La mujer en el trabajo natural sólo se relaciona consigo misma y con el Ser Superior que la da el hijo. Para la mujer, su contacto con el hombre es puramente erótico.

Tanto para la formación del hombre como para la de la mujer ha influído la realidad, o sea la Naturaleza. Pero el hombre ha conseguido *domesticar*, controlar la Naturaleza que está en contacto con él; en cambio, la mujer no ha podido modificar la naturaleza que está en contacto con ella. Desde este punto de vista sus psicologías son ya distintas.

Esa realidad sigue influenciando a la mujer; pero la Naturaleza influye ya escasamente en el hombre. Lo que más influye en él es la propia humanidad, influencia que también recibe la mujer.

El hombre colectivo influencia al hombre individual en el trabajo y en la sociedad. Y la humanidad masculina y femenina se influencian una a otra débilmente en la sociedad y muy

fuertemente en el hogar. Pero será muy distinta la humanidad masculina influenciada por la mujer a la humanidad femenina influenciada por el hombre, porque la primera tendrá la psicología femenina, mientras que la segunda tendrá la psicología masculina.

Necesitamos ahora conocer cuáles pueden ser las más importantes características o diferencias del hombre y la mujer en un teórico estado de pureza, en un estado en que el hombre se hubiera hecho sin influencias de la mujer, y ésta sin influencias del hombre.

Conocidas que sean, nos daremos cuenta cómo son y nos explicaremos la actuación de los pueblos que tienen el sexo psíquico masculino y los que tienen el sexo psíquico femenino.

a) *Características del hombre y la mujer, "psíquicamente puros"*

Lo natural, lo lógico, lo eficiente es una admirable composición y un admirable balance entre lo que denominamos bueno y malo, útil e inútil, activo y pasivo, honesto y deshonesto, etc.

Un ser humano es natural y, por ende, normal mientras conserve ese balance, y se anormaliza en cuanto lo rompe, tanto cuando desea ser únicamente malo como si desea ser únicamente bueno.

La humanidad masculina se ha conservado aproximadamente normal a lo largo de su existencia por haber vivido dentro de la realidad, por haber vivido dentro de lo natural; es decir, por haber conservado en sí misma ese admirable balance de bondad y maldad.

El hombre es un ser normal, porque se considera únicamente un ser del orden físico. Consecuentemente, sólo puede tener problemas de ese orden. A su vez, el Supremo Hacedor le ha provisto de una inteligencia que sólo sirve para resolver esa clase de problemas, aun los de orden más elevado, lo que comprueba la realidad. En cambio, es incapaz de resolver el más insignificante problema metafísico, lo que también comprueba la realidad. El hombre puro es en cierto modo feliz, puesto que se opone tenazmente a complejidades psicológicas.

La humanidad femenina, por el contrario, se ha anormalizado y, por ende, se ha hecho ineficiente al desear ser perfecta. Para conseguir esto la mujer no ha vivido dentro de la realidad: ha vivido en *su* mundo, en un mundo ideado por ella.

A consecuencia de la creencia en su perfección psíquica, la mujer pura se aparta del hombre y de su vivir —salvo en el contacto carnal—. Adopta conscientemente gustos y modos de ver y pensar contrarios a los del hombre, para ser más perfecta, más femenina, más mujer. (Nó-

tese a este respecto la diferente actitud de la mujer anglosajona y de la mujer española.)

Por eso el resultado conseguido no ha sido el propuesto, sino el opuesto. La mujer se ha hecho peor que el hombre, tanto peor cuanto más se ha apartado de éste. Su perfección es sólo de imaginación. Es perfecta con relación a *su* mundo; pero imperfecta con relación al mundo real.

Como reacción a los sufrimientos debidos a la maternidad, la mujer tiene por ideal el de la felicidad absoluta (ausencia de disgustos), que no puede encontrar. Esto también la obliga a apartarse de la realidad, por lo que se anormaliza más. El hombre no busca ni espera encontrar esa felicidad ideal en la vida; su normalidad no le pide sino una posible tranquilidad espiritual, y ha aprendido a digerir disgustos; éstos forman parte de la vida, como hecho normal y necesario.

En este particular, el hombre y la mujer son también distintos. La mujer tiene un cuerpo que se acostumbra fácilmente a las dolencias físicas, pero no resiste los sufrimientos morales; conscientemente se insensibiliza para que los disgustos no entren en ella. El hombre, por el contrario, tiene un cuerpo que resiste mal las dolencias físicas, pero su espíritu triunfa de las contrarie-

dades. Y en cuanto a su deseo de felicidad, lo encuentra en este mundo, porque es de un orden físico.

La mujer, físicamente, es una máquina que, inconscientemente, hace seres humanos; pero espiritualmente es sólo fachada, todo su ser psíquico está fuera. Cuando la Naturaleza la ha hecho así es que tendrá que ser así. Indudablemente, el trabajo de la maternidad es de tal clase e intensidad, que obliga a que la mujer sea todo masa y nada espíritu. Su trabajo espiritual (si así se le puede llamar) ha sido siempre convertir la superficie exterior de su cuerpo en un escaparate adornado. Su historia, por tanto, sería la historia de los cambios de ese escaparate; sería una historia externa, que en nada se referiría a ella, lo que es lógico, porque la mujer no tiene historia. No es ella la que cambia, sino su escaparate.

A cambio, como la intervención del hombre en la generación es fugaz, su actuación hay que estudiarla en el trabajo. El hombre se ha hecho por y para el trabajo, por eso ha llegado a ser cerebral. A consecuencia, se ha creado una personalidad espiritual. El hombre es más espíritu que cuerpo.

La mujer es el medio, el instrumento de que

se vale la Naturaleza para hacer seres humanos; por eso la mujer no es cerebral, ni tiene personalidad. La mujer es un ser incompleto. Pero el hombre no es instrumento de la Naturaleza para hacer cosas. El hombre es un ser completo porque idea lo que necesita y lo hace.

El hombre se proyecta espiritualmente en miles de generaciones, la mujer sólo se proyecta físicamente en una generación.

La maternidad da a la mujer una sobrepresencia de afectividad física a cambio de una carencia de afectividad psíquica. El hombre, por el contrario, es más afectivo psíquico que físico.

La mujer mejor dará una parte de su comida que hará un favor. El hombre mejor ayudará a triunfar al otro hombre que le dará parte de su ración. La mujer dará una limosna, pero regateará el jornal. El hombre dará trabajo, pero no hará limosnas.

El vivir propio de la mujer ha dado a su cuerpo las esplendideces que ha tenido que negar a su inteligencia, debido a que su trabajo natural sólo requiere carne y nada espíritu. El cuerpo de la mujer no necesita la comodidad,

que es lo substantivo; pero su fantasía necesita del adorno, que es lo adjetivo.

Si fuera un hogar amueblado por el hombre puro habría comodidad en todo aquello que sirviese para estar él. Un hogar amueblado por la mujer pura carecería de comodidades; a cambio, no le faltaría un lacito en cada puchero y una puntilla en cada vasar.

Como el trabajo del hombre es bueno, éste se preocupará de su vida, le gustará vivir y procurará hacerlo lo mejor posible: será un vividor, será un práctico, mejorara el mundo en lo que de él dependa. Como el trabajo de la mujer es usar el estropajo, la escoba y el pañal, tendrá que imaginarse, creer y añorar otra vida que sea mejor que ésta, la que tratará imaginativamente de hacer confortable. A cambio, dejará este mundo como lo encuentre.

El trabajo desarrolla al hombre su inteligencia y le enseña dignidad, moralidad y justicia, y, además, le hace generar un alto concepto de sí mismo.

El no trabajar en el mundo evita a la mujer adquirir los pequeños vicios que el hombre tiene (por eso se cree perfecta); pero, por su "trabajo", la mujer genera un concepto inmoral de sí misma, lo que la da facilidad para adquirir

su único vicio. Así se explica que haya tan poca diferencia entre la mujer deshonesta y la honesta y que se verifique en ciertas ocasiones la inmoralización al por mayor de la mujer sin cambio psicológico apreciable en cada caso individual.

En cambio, la desmoralización en el hombre presupone un cambio psíquico de su parte; cuando el hombre se deshonra ya es otro ser.

Por otra parte, la maternidad no enseña moralidad a la mujer, porque ésta recoge la misma cosecha a consecuencia de un acto sexual socialmente honesto como deshonesto.

Como la mujer, por la maternidad, se considera un mundo aparte y completo —principio y fin—, conoce sus derechos individuales, pero ignora sus deberes sociales. No es ella la que se debe a la sociedad, sino la sociedad a ella. En la mujer ocurre que todo lo buena y valiosa que es individualmente es mala e inútil socialmente.

Al hombre, el trabajo le ha enseñado el deber social.

El hombre puro es un ser social y es esclavo del deber; la mujer pura es un ser personalista y es esclava del favor.

Por su insignificancia como factor económico y por la lógica de su función natural, la aspiración de la mujer es simplemente vivir. El hombre, por su valía como factor económico, tiene como ambición la de dominar.

La mujer es un ser de funciones zoológicas; el hombre es un ser de funciones cerebrales.

Para el hombre, vivir es trabajar y arreglar las condiciones de su vida para rendir mucho. La mujer toma el trabajo como un deber penoso. Por eso en los pueblos feminizados no existen buenas condiciones para trabajar y rendir.

Característico del método de vida del hombre es su deseo del triunfo del mejor. El hombre piensa así porque su inteligencia le dice que triunfando el mejor, vivirán todos mejor. Lógicamente, eliminará al malo.

La mujer, por la maternidad, desea que todos vivan, que coexistan el malo y el bueno, el honesto y el deshonesto, el útil y el inútil. Por eso es tan difícil desarraigar la inmoralidad y la ineficiencia en los pueblos feminizados.

El relacionarse el hombre en el trabajo con el otro hombre hace que desarrolle simpatía por

sus hermanos y todas aquellas cualidades que vienen del trato de gentes.

La mujer, por el contrario, se relaciona casi únicamente con cosas; por tanto, desarrollará una afinidad con ellas, una simpatía por ellas. Por su deseo de no sufrir llega a amar las cosas porque no la pueden dar disgusto alguno.

Como consecuencia, progresar para el hombre puro es mejorar al hombre; para la mujer pura es mejorar cosas.

La mujer, al ver que su obra, que es su hijo, es siempre igual, no siente apetencia por lo nuevo, y, como a consecuencia de ser matriz de los seres humanos se cree un ser perfecto, cree que todo lo piensa y lo hace bien. A cambio, el hombre, por ser su papel progenitor muy modesto, se cree un ser humano muy imperfecto; no cree *per se* en su sabiduría; ésta tiene que ser adquirida. Así, el hombre mejorará; la mujer estará siempre igual. El hombre aceptará un director, un prohombre; la mujer luchará para que ninguna otra sea más que ella.

La maternidad hace desarrollar a la mujer un concepto *suyo* de la propiedad. La propiedad

es algo incambiable, algo intangible y superior a ella, porque el hijo, que es sólo de ella, es superior a ella. Al propio tiempo, como la mujer, por su propia valía, no puede alcanzar crédito social alguno, da una importancia extremada a la propiedad porque así figura en la sociedad, no por lo que ella vale, sino por lo que tiene o representa. La mujer vive para su propiedad. Para la mujer pura su progreso no es mejorar ella y sus hijos, no es hacer más valiosos a éstos, sino tener más propiedad. La lucha por la vida en este tipo de sociedades se reduce a un cambio de propiedades; esa lucha no hace mejorar ni progresar a la sociedad.

El concepto que tiene el hombre puro es de *menos* propiedad, y ésta, para él, es uno de los instrumentos de que se sirve para vivir y si no le sirve para esto la abandona.

La mujer, a causa de su imaginería y de vivir en un mundo ideado por ella, no se encuentra bien en el mundo real compuesto de cosas vulgares como hecho por el hombre. Aumentado esto por el incienso que recibe de los hombres, adquiere por ello un desproporcionado concepto de sí misma, y, por consecuencia, a la mujer nada le satisface, no se adapta a la vida; es una rebelde pasiva. Y los hombres de las sociedades

feminizadas heredan esa desatisfacción, esa inadaptación, esa irrealidad y esa rebeldía pasiva. Reformar esta clase de hombres es imposible; el propósito queda reducido a una reforma de cosas o sistemas.

El hombre puro, por su practicidad, por su realismo, por su vulgarismo se acomoda incluso a lo que no le satisface y procura mejorarlo; toma esto como una parte de su trabajo cotidiano y de su deber.

Uno y otro creen en la divinidad y uno y otro generan esa creencia a través de su trabajo, pero su interpretación es distinta.

Para el hombre, la divinidad está aquí, en el mundo, al lado del hombre, dentro de él, dentro de los árboles, dentro de la tierra. Una divinidad esencialmente trabajadora y ayudadora, porque hace el trabajo que el hombre no puede hacer; una divinidad esencialmente justa, porque beneficia al hombre en relación a lo que éste trabaja; una divinidad esencialmente sabia, porque hace trabajos que el hombre no puede ni idear ni entender. Su interpretación es racional porque el hombre no ve nada milagroso en su propio trabajo; no ve desproporción entre el efecto y la causa, entre el rendimiento y el esfuerzo. Para recoger su cosecha tiene que trabajar penosamente, y su trabajo es siempre consciente.

La interpretación femenina de la divinidad es irracional porque el trabajo natural de la mujer es inconsciente; no es ella la que trabaja, sino la divinidad. La cosecha de maternidad está en desproporción del esfuerzo o trabajo consciente de la mujer. La maternidad para ella es un milagro, es un trabajo hecho por la divinidad.

Su relación con la divinidad es también distinta.

El hombre pedirá a la divinidad posibilidades de trabajar, la mujer pedirá milagros: trabajos hechos. Como consecuencia, el hombre se hará activo y razonador; la mujer se hará pasiva y no razonadora.

El trabajo enseña al hombre a pensar, a razonar. La maternidad enseña a la mujer a no pensar qué es una negación, y como esto no puede existir, la enseña a irracionalizar qué es un acto positivo.

La relación hombre a mujer será también distinta de la relación mujer a hombre.

El hombre no necesita de la mujer para mantenerse; por tanto, la relación hombre a mujer será espiritual. Pero como la mujer necesita del hombre para mantenerse, la relación mujer a hombre será materialista.

Como la mujer necesita del hombre, ha de halagarle por medio del sensualismo. Pero como el sensualismo es para el hombre una necesidad física, no puede en él convertirse en inmorali-

dad. A cambio, como para la mujer no es necesidad, el sensualismo se convierte en ella en inmoralidad.

De aquí que en la mujer se pueda verificar el hecho de tener la religión a un lado y la moralidad a otro. La mujer pura cree en la religión, pero no la siente y no la funde en su vida interna y externa —la vida para sí y la vida para los demás.

Pero para el hombre no es necesario que la religión esté separada de su vida interna y externa. El hombre siente la religión y se funde en ella.

Para el hombre, la religión es un conocimiento y una actividad integral; para la mujer es una creencia y una pasividad.

La relación del hombre con los demás o sociedad es también distinta de la relación de la mujer a los demás.

El hombre se relaciona con los demás en el trabajo y aprende que su triunfo depende de su bondad para con los demás, puesto que necesita la buena voluntad de éstos. El hombre aprende, al fin, a sentir el ideal cristiano de considerar hermano al otro hombre.

Pero el trabajo natural de la mujer la hace terminar su mundo real en el hijo, no se relaciona con la sociedad. Se tiene que verificar que lo que da al hijo lo pide a los demás. Como consecuencia, su religiosidad no será dar a los de-

más, sino pedir a todos —a sus *dioses* y a los mortales.

En definitiva: como nuestro *yo* lo moldea la ocupación diaria, el hombre y la mujer puros son dos seres distintos. El hombre, para su vivir en espacio, es un ser completo; tiene imaginación para idear, cerebro para razonar, manos para trabajar y sentido de justicia para dirigir. Sólo necesita de la mujer para reproducirse, o sea para vivir indefinidamente en tiempo.

La mujer es incompleta y desbalanceada. La maternidad no la permite desarrollar iniciativas ni actividades; es, por el contrario, roma y rutinaria. Su propia *ocupación* la hace inmoral.

En el hombre, la imaginación y el sentido común, lo imaginado y lo vivido, van al unísono. En la mujer, el espíritu y el cuerpo están distanciados: éste vive en el mundo real, pero aquél vive en un mundo imaginado.

Como el cuerpo sólo tiene necesidades y el espíritu sólo puede sentir ideales, el hombre puro, al ser normal, es un ser eficiente porque su ideal no va desacorde con su necesidad. La mujer, como es un ser anormal, es ineficiente porque su espíritu va más allá de las posibilidades de su cuerpo.

b) *Cómo adquiere el español el sexo femenino*

Ante el hecho de que la Humanidad tiene que existir se deduce fácilmente que el papel del hombre es trabajar para mantenerla, y el de la mujer es vivir para hacerla continuar.

Pero tanto uno y otra deben considerar su deber el de mejorarla, el de refinarla.

Como el hombre, debido al trabajo, desarrolla mejores cualidades que la mujer, es a él a quien incumbe este deber. Y como él ya se mejora por el trabajo y el contacto con los otros hombres, la mejora de la Humanidad consiste principalmente en la mejora de la mujer. El hombre, pues, tiene el deber de mejorar psíquicamente a la mujer, hacerla adquirir en lo posible y en lo necesario la mentalidad masculina. La mujer ideal sería la que sintiera como mujer y pensara como hombre.

El hombre consigue esto educando a la mujer y disciplinándola por medio del trabajo, que son los mismos medios que él emplea para mejorarse. El hombre debe ser el maestro y el patrono de la mujer, no su macho. Maestro es el hombre que hace valiosos a otros hombres por medio de la enseñanza. Patrono es el hombre que hace valiosos a otros hombres por medio del trabajo. Los dos se complementan y son igualmente necesarios.

El fracaso del hombre es no reconocer su superioridad y no cumplir su deber de mejorar a la mujer.

El hombre que no mejora a la mujer es aquel que la considera hembra y no hermana, como Dios la hizo. Este incumplimiento del deber perjudica de rechazo al hombre, porque, al tratarla como hembra, la halaga, la adora, la hace su ídolo, y entonces la mujer se considera aún más perfecta de lo que por sí misma se cree. Como consecuencia, la mujer estima como deber el de perfeccionar al hombre, que es el papel inverso. Como esa perfección es desde el punto de vista femenino, que es una imperfección en la realidad, el hombre se hace imperfecto.

De manera, que en las sociedades donde el hombre cumple su deber de mejorar a la mujer, ésta resulta realmente mejorada. En las sociedades donde el hombre no cumple con este deber y halaga a la mujer, ésta le empeora a él.

Según afirmación de los científicos, el embrión del ser humano es bixesual. Se verifica, por decirlo así, una lucha, y un sexo es vencido, pero queda latente y puede en su día mostrar su psicología. Así, pues, el hombre nace con el sexo físico masculino, pero tiene latente un a modo de sexo psíquico femenino.

Del primero no hay que hablar. El segundo lo forman las cualidades y rasgos de la mujer de que hemos hablado en el artículo anterior.

El sexo psíquico tiene que venir dado por el progenitor que sea más fuerte: normalmente, por el hombre; pero hay pueblos en los que no ocurre así. En España, en general, el sexo psíquico viene dado por la mujer. Veamos cómo se verifica esto.

La alimentación en España es esencialmente vegetal, escaseando la carne. Esta clase de alimentación es, en general, suficiente para la mujer, pero insuficiente para el hombre, cualquiera que sea su actividad muscular, y aun más insuficiente para su actividad cerebral y aun más para desarrollar carácter. El hombre para trabajar cerebralmente y para ser masculino necesita una alimentación masculina; una alimentación a base de carne, leche, huevos y pescado.

El español no come lo suficiente para ser hombre. Defecto que tienen todos los pueblos cuya tierra está dedicada casi exclusivamente a la producción de verduras, frutas y legumbres, y casi carecen de ganadería. Los pueblos agricultoristas a base de cereales son pueblos mejor alimentados, porque el trigo es un alimento fuerte y con los otros cereales crían ganados y aves. Los pueblos industrialistas cambian sus manufacturas por carne, aves, huevos, quesos, trigo, pescado, etc., y el hombre se alimenta suficien-

temente para ser industrial, para trabajar cerebralmente y para ser dominador, lo que demuestra la realidad.

Luego en España nos encontramos con el hecho de que la mujer para su trabajo y para su ser está suficientemente alimentada; el hombre, por el contrario, ni para su trabajo ni para su ser está lo bastantemente alimentado. Por eso sucede que en España no hay hombres cerebrales ni de carácter. La mujer hispana es psíquicamente más fuerte que el hombre. Como consecuencia, será la mujer la que dé el sexo psíquico.

Esto en cuanto al ingreso vital; veamos lo que ocurre a consecuencia del egreso.

Sabemos que para el hombre puro la hembra es un ser extraño; sin embargo, la busca; lo que le atrae es la carne. El sensualismo normal es el lazo de unión de uno a otro; el sensualismo excesivo es el lazo que ahoga al hombre, porque le desvitaliza y le degenera. A cambio, la práctica sensual no perjudica a la mujer. A la larga, ésta dominará al hombre.

Pero el sensualismo obra de otra manera.

A consecuencia de un excesivo sensualismo en el hombre, éste adora a la mujer, y de rechazo ésta se considera un ser superior; la mujer es el ídolo del hombre; el hombre es el esclavo de la mujer. Para ella, el hombre es el ser cuya finalidad es mantenerla.

De resultas de considerarse la mujer un ser

superior, ésta, en la generación, no es permeable desde un punto de vista psíquico. Queremos decir que la mujer no admite la influencia del hombre. La mujer quiere que sus hijos, incluso los varones, tengan sus características, rasgos que se amplían y se fijan por la educación feminizada que da este tipo de mujer. De esa manera en esta clase de sociedad se verifica la herencia unilateral femenina.

En los pueblos donde no existe sensualismo es la mujer la que considera superior al hombre y, por consecuencia, en la generación es permeable y dócil. Desea que sus hijos, y especialmente los varones, tengan la huella masculina del padre. De esa manera en esta clase de sociedades se verifica la herencia unilateral masculina.

Vemos, por otra parte, que el sensualismo en la mujer se manifiesta perfectamente, cuando madre, en los extremados cariños al hijo varón desde que nace. Eso perjudica grandemente al hijo porque sirve para sensualizarlo. A la larga crea en el niño una afeminación, una valía inferior a la mujer, lo que trae consigo la dominación por parte de ella.

Tenemos, por tanto, que un excesivo sensualismo por parte de la madre trae consigo de rechazo una afeminación en el niño. Y ya hombre, su propio sensualismo le hace empequeñecerse; es él el que pide a la hembra; por tanto, ésta le dominará.

En los países donde prepondera el sensualismo hay estos dos hechos: el hombre se parece psíquicamente a la mujer; ésta manda, domina. El hombre es una interpretación masculina de la mujer.

En los países donde no hay sensualismo, como el hombre conserva su puesto de dominador, la mujer tiene que suplicar para que éste la mantenga o la dé trabajo. Para agradarle tiene que permitirle que impere su voluntad en todo, ella misma tratará de parecerse a él.

Luego en estos países se verifican estos dos hechos inversos de los anteriores: la mujer se parece psíquicamente al hombre; éste manda, domina. La mujer es una interpretación femenina del hombre.

En los primeros es el hombre el que da importancia a la mujer; es él quien se enamora de la mujer; ésta se deja querer. En los segundos es la mujer quien da importancia al hombre; es ella quien se enamora del hombre; éste se deja querer, lo cual es muy distinto.

Los países sensuales son países de mujeres que dominan y de hombres feminizados dominados. Los países no sensuales son países de hombres que dominan y de mujeres masculinizadas psíquicamente y por él dominadas.

Y aquí está la radical diferencia entre unos y otros pueblos. El sensualismo es lo que ha hecho distinguir unos de otros. Ahora bien;

¿por qué en España ha preponderado el sensualismo, que más bien es lujuria, mientras que en Inglaterra la relación sexual es la justa?

Nosotros no lo sabemos.

Tal vez sea por el clima. Parece ser que el sol hace lujuriosos a las plantas, a los animales y a las personas.

Tal vez sea que la alimentación vegetal, que es la que predomina en España, cree ese sensualismo que no existe en Inglaterra, donde la alimentación es esencialmente carnívora.

Tal vez sea que como el cuerpo de la mujer hispana, efecto de la alimentación o de la quietud o de otras causas, es más excitante que el de la mujer del Norte, haga a su hombre más lujurioso.

En fin, no sabemos la razón, pero conocemos el hecho; el pueblo hispano es excesivamente sensual; el pueblo anglosajón es normal en el sensualismo.

Y fijémonos lo que esto significa, que es tremendo. Este último es pueblo de hombres puros y de mujeres masculinizadas; el primero es pueblo de mujeres puras y de hombres feminizados. Casi podría afirmarse que la raza anglosajona ha sido formada por el mejor tipo de hombre, mientras que la mediterránea ha sido formada por el peor tipo de mujer.

Luego aquí tenemos la gravísima y básica deficiencia del pueblo español, deficiencia de la que

radican todas las demás: su hombre tiene cuerpo de hombre y alma de mujer.

Su hombre no es el dominador; es dominado por su hembra, no porque ésta valga más que él, sino porque él vale menos que ella. No es el hombre quien hace a la mujer a su imagen y semejanza, siguiendo el modo del Supremo Hacedor, sino al modo inverso: es la mujer quien hace al hombre a su imagen y semejanza, lo cual es muy distinto. El hombre, por tanto, es físicamente del género masculino; pero psíquicamente es del género femenino. Así, el pueblo español es un pueblo feminizado.

c) *La anormalidad del pueblo español*

El sensualismo anormaliza a los pueblos, porque donde los hombres no saben serlo las mujeres tratan de reemplazarlos, no en el trabajo, sino en la dirección.

Y así, en la sociedad española ni el hombre es psíquicamente hombre, ni la mujer es esencialmente mujer, no es mujer normal.

La mujer sólo puede darse cuenta de la superioridad intelectual del hombre en el trabajo, en el taller, en la oficina. Por eso la mujer que se hace en el trabajo ve esa superioridad; pero cuando el hombre se hace en la casa (como ocurre en España), entonces la mujer ve la inferioridad de él y la superioridad de ella.

Donde la mujer no puede respetar al hombre, por lo poco hombre que es, ni reconocerle superioridad alguna, por lo ineficiente que es, ¿qué sociedad puede salir siendo ella el elemento directriz y formador?

La sociedad hispana se compone de hombres que valen menos que su mujer y son por ella dominados, y de mujeres indóciles, anormalizadas y ensoberbecidas por creerse superiores y verse dominadoras del hombre, que debería ser su dominador, su superior. Por tanto, esta sociedad es defectuosa en su composición y en su operación; es defectuosa, estática y dinámicamente. No trabaja bien.

d) *La ineficiencia psíquica del pueblo español*

El hombre, para justificar su utilidad y su necesidad social, ha de trabajar. La mujer, para justificar su utilidad y su necesidad social, no necesita trabajar, la basta con ser madre.

El progreso está basado en el trabajo. Los pueblos masculinos progresan porque trabajan. Los pueblos femeninos no progresan porque no trabajan; estos pueblos compran el trabajo ya hecho. Pero el progreso no hay que comprarlo hecho en la tienda, sino generarlo en la fábrica.

El ideal de los pueblos femeninos es vivir, y para eso fundan familias y trabajan agrícola-

mente. La agricultura alimenta y hace vivir, pero no hace progresar. El ideal de los pueblos masculinos es progresar, y para eso fundan fábricas y trabajan industrialmente.

El pueblo español no ha llegado a más por no ser pueblo masculino, y no ha desaparecido, por ser esencialmente pueblo femenino. Sólo los hombres triunfan y fracasan.

Como la hembra es masa y su vida es enteramente zoológica, sólo tiene el desgaste mínimo natural; luego para su existencia requiere muy poca vitalidad. El hombre, por el contrario, como es cerebral, psíquico, tiene un desgaste muy elevado, y para poder existir requiere un mínimo de vitalidad muy superior al de la mujer.

Por eso el pueblo griego, intensamente intelectual, y el pueblo romano, intensamente dominador, desaparecieron en cuanto les faltó (a consecuencia de su intensa inmoralidad carnal) ese mínimo de fondo vital.

El pueblo español sólo ha comido para poder existir bien su hembra, pero no el hombre. Por eso éste está insuficientemente generado, pero no aquélla. (Salvo en parte del Norte y de Cataluña la realidad muestra la verdad de nuestra afirmación. En el resto de España, todo lo agrícola, contrasta la gordura o, a lo menos, la plenitud de carnes de la mujer con la delgadez del hombre.)

Pero, a consecuencia de ser un pueblo excesi-

vamente femenino, tiene las características de la mujer pura, por lo que es tan incomprendido, tan extraño para los pueblos masculinos.

Esa es la razón de por qué el pueblo inglés, que es el pueblo que escribe e interpreta la Historia, no ha sabido entender, ni apreciar, ni valorizar lo que el pueblo español ha hecho en América y en el mundo. La Historia, por ser excesivamente inglesa, es excesivamente masculina, y no puede hacer justicia a lo hecho por un pueblo excesivamente hembra como el español.

Igualmente, el vivir, por ser casi exclusivamente inglés, es excesivamente masculino, y en él no puede triunfar, por estar desajustado, el pueblo español, excesivamente femenino.

Sin embargo, la realidad es lógica; es el hombre el que debe triunfar, la Humanidad debe ser masculina. De aquí que si el pueblo español quiere ir a la lucha y ver si puede vencer, tiene que masculinizarse.

Desde luego que por haber sido siempre femenino y serlo cada día más, el pueblo español está a desventaja para ver su deficiencia básica y para que, de llegar a verla, tenga el carácter necesario para masculinizarse.

Las deficiencias características del español, aquellas que tienen una directa influencia en su trabajo, son deficiencias derivadas de su *ser*, de su sexo femenino, taras psíquicas heredadas de la madre. Las principales son las siguientes:

Falta de carácter. Por eso ha sido dominado siempre.

Falta de inteligencia masculina. Por eso no ve sus necesidades, ni sabe resolver sus problemas, ni tiene el sentido de la proporción, ni ha sabido tomar el trabajo colectivo de más rendimiento. El español no sabe organizar eficazmente su tiempo. Aprende un oficio, porque eso es cuestión de memoria; pero no sabe rendir, porque eso es cuestión de inteligencia.

Falta de actividad. La actividad que mejora al individuo mejora también a los pueblos. La actividad que desarrolló el español en América, le mejoró; pero esa mejora quedó allá.

Los pueblos femeninos sólo trabajan lo suficiente para alimentarse pobremente, y en cuanto a actividad cerebral, sólo sirven para la imaginativa. Por eso producen más arte que los masculinos.

Falta de humanismo y, como consecuencia, de psicologismo. El español no siente al hombre, sólo entiende la cosa. La mayor incógnita para el español es el hombre y lo masculino. La tragedia del hombre feminizado es desconocerse a sí mismo; por eso no tiene vocación profesional y, a consecuencia, carece de dignidad profesional. Se deduce de esto su poca apetencia por aprender. El deseo de aprender no está tanto en razón directa de las necesidades profesionales cuanto del humanismo del hombre, o sea de la

curiosidad por conocer al otro hombre. Y como recíproca, carece de la facultad ingénita de enseñar y educar.

Falta del entusiasmo vital y del deseo de superación. Por eso el español está conforme con la insignificancia que es. Para el hombre puro, vivir es trabajar para conseguir un objetivo triunfador; pero para la mujer, vivir es usar el espacio para malgastar el tiempo.

Falta del sentimiento social. Por eso es insolidario (vive aislado en espacio de sus semejantes) e incontinuo (vive aislado en tiempo de las generaciones anteriores). No aprende de los de ayer ni de los de hoy. Por eso no puede progresar.

Falta de influencia espiritual. El español no se proyecta espiritualmente en los demás, ni siquiera en sus hijos. El hijo hereda el dinero del padre, pero no el conocimiento de vida adquirido por éste. El español no es permeable espiritualmente, y por eso los demás no se adentran en él, ni él en los otros. A consecuencia, no sabe dirigir masas de hombres, ni sabe sacar rendimiento al hombre. Sabe ser obrero, pero no sabe ser patrono.

Falta del sentido patronal. El español sólo conoce la función obrera: hacer cosas; pero está inhabilitado para sentir, conocer y practicar la función patronal: descubrir los mejores hombres y servirse de ellos.

Falta de docilidad hacia el prohombre. El español no se deja guiar por el prohombre. El español, en general, considera una falta el ser hombre masculino, y a veces lo considera un delito, lo que no es de extrañar en una sociedad feminizada. La actuación a lo hombre está a destono siempre.

Falta de valor para luchar por la vida. Así como la mujer progresa, no por su esfuerzo, sino por el favor de un hombre, así también el hombre feminizado quiere que otro le mejore a él. Por eso el pueblo español pide al gobierno que le resuelva sus problemas y le provea sus necesidades. A la mujer que pide a los santos corresponde el hombre que pide a los gobiernos.

Falta del espíritu de responsabilidad. La cobardía moral del español es característica. El ciudadano no es culpable de nada; el gobierno es culpable de todo.

Falta de la cualidad de enmienda. La mujer hispana se cree un ser perfecto; por tanto, no tiene necesidad de enmendarse. Al hombre hispano le es imposible ver y creer que tiene defectos. Como consecuencia, uno y otro se creen indiscutibles.

Falta de practicismo. Los pueblos femeninos desean la perfección absoluta, pero son los más imperfectos. No saben ver la realidad.

Falta del sentido mercantil. El hombre feminizado tiene el defecto de la mujer: dejarse en-

gañar por el hombre masculino. Los pueblos femeninos siempre salen perdiendo en la relación diplomática y comercial con los pueblos masculinos.

Falta de habilidad en el uso del dinero. El dinero, que a otros enriquece, al español le empobrece. El dinero, en manos del español, es un peligro, como la *Star* en manos de un niño: lo emplea para suicidarse.

Falta de la cualidad directriz. El español es el ser más ineficiente y el más incapaz para la dirección que existe en el mundo.

Falta de liberalidad en la remuneración profesional. En los pueblos femeninos, el trabajo está mal considerado y peor remunerado. Además de otras, ésta es una razón de por qué en esta clase de países no existen profesionales de verdadera valía, y, como consecuencia, los negocios rinden poco.

Falta de patriotismo económico. El español sólo siente el patriotismo hembra, el de la unión del hombre con la madre tierra. El español está incapacitado para sentir el patriotismo masculino: el de la unión del hombre con su propio trabajo.

Falta del sentido economista, del sentido cívico y de capacidad gobernante. Es imposible que la economía y la ciencia de la gobernación puedan ser entendidos por una mujer. Y como la mujer físicamente es para sus hijos y psíqui-

camente sólo para sí misma, tampoco puede sentir el civismo. Por eso en España no hay economistas, ni gobernantes, ni ciudadanos y, mucho menos, héroes cívicos, que existen hasta en China, en la India y en Egipto. El hombre feminizado siente tan poca apetencia por tener personalidad cívica propia como la mujer por tener personalidad social propia.

e) *La tragedia de los pueblos femeninos*

El no ser hombre masculino es carecer de dos atributos, que sólo han conseguido tener los hombres, las hembras carecen de ellos: el carácter y la inteligencia.

Con el carácter se es libre; con la inteligencia no se es pobre. Con una y otro se es dominador.

Un hombre sin carácter es un hombre femenino; un hombre sin personalidad, sin respetabilidad.

Un hombre sin inteligencia no vale más que una mujer. Porque un hombre sin inteligencia sólo podrá trabajar con la azada, con la hoz, con la sierra, con el martillo. Y la azada y el martillo son al hombre lo que la escoba y el estropajo son a la mujer.

El no ser hombre es la imposibilidad de ser eficiente, es la imposibilidad de saber ver y resolver los problemas que trae la vida, es la imposibilidad de aprender a trabajar eficazmente.

El hombre feminizado está incapacitado para las tres grandes profesiones del hombre: maestro, patrono y gobernante; o sean las que valorizan al otro hombre personalmente, socialmente y nacionalmente.

La tragedia de los pueblos femeninos consiste en la falta de homogeneidad entre la masa y los hombres cumbres.

En primer término, los pueblos femeninos producen pocos hombres cumbres; pero lo peor es que como éstos son siempre esencialmente masculinos en inteligencia y carácter, la masa, por ser de distinto sexo, no es permeable psíquicamente a la influencia de esos hombres cumbres. Por el contrario, se rebela contra ellos y los aniquila.

La mujer pura busca al hombre para que la mantenga, pero no para que la mande y dirija, y esa indocilidad la hereda el hombre.

Notemos un hecho notable en la historia del pueblo español: Hernán Cortés, Pizarro y todos los demás fundadores de las nacionalidades hispanoamericanas sólo pudieron desarrollarse en América, pero no fueron aprovechados en España cuando el trabajo que hicieron allá era tanto o más necesario en la Península. Y es que en España, por el predominio de la mujer psíqui-

camente pura —aquella que no ha sido masculinizada cerebralmente—, es casi imposible que triunfen los hombres cumbres.

Si los españoles pudieron hacer el inmenso trabajo que supone el desarrollo de América fué por haber dejado sus mujeres en España. Y la razón de por qué el español de ahora triunfa mercantilmente en Hispamérica es por no llevar allí la mujer hispana. Demos el dato de que la riqueza por cabeza de cada español de España son 9.000 pesetas; por cada español de Hispamérica son 30.000.

En los pueblos masculinos, la masa y la aristocracia intelectual son del mismo sexo psíquico; esa homogeneidad es causa de que el pueblo triunfe.

Una aristocracia intelectual sólo tiene eficacia social cuando existe una masa capaz de entender y aceptar lo que aquélla dice; porque la aristocracia no hace, piensa. Cuanto más inteligente y permeable es la masa tanto más eficaz es la aristocracia.

A su vez, una masa popular rinde muy poco en el trabajo sin una aristocracia intelectual que la hace multiplicar su rendimiento. Cuanto más originadora y fuerte en el mando es la aristocracia tanto más eficaz es la masa.

Y aun hay otra faceta en la tragedia.

Los pueblos femeninos han sido los primeros en desarrollarse, los primeros en enseñar a la Humanidad. Pues bien, todo eso ha servido para favorecer el desarrollo de los pueblos masculinos.

Como el ideal de la mujer es simplemente vivir, los pueblos femeninos han sido únicamente agriculturistas para así mantenerse. Pues bien, esa agricultura ha mantenido también a los pueblos masculinos y, a cambio, éstos han dedicado sus actividades a dominar aquéllos. La hembra es demasiado ingenua y poco mercantilista. Si bien el hombre es el que trabaja para mantener a la mujer, colectivamente ocurre lo contrario. Tanto unos como otros pueblos trabajan; pero el trabajo agrícola de los femeninos mantiene a los pueblos masculinos, y el trabajo industrial de éstos sirve para dominar, para esclavizar a los primeros.

Los descubrimientos científicos y las obras hechas por pueblos más o menos femeninos han venido a beneficiar a los pueblos masculinos, esencialmente mercantilistas. El oro extraído de América por españoles e indios fué a parar totalmente a los pueblos masculinos de Europa. El canal de Suez, que fué hecho por Francia, es controlado por Inglaterra. El de Panamá, que fué iniciado también por los franceses, ha ido a parar a los yanquis.

El pueblo femenino español descubrió Améri-

ca, la puso en condiciones de habitabilidad y de producir comida; la pobló, uniéndose al indígena; tardó cuatro siglos en hacer todo eso, y en la actualidad Norteamérica se ha beneficiado de ello en cuatro días. Toda Hispamérica es una colonia económica, en mayor o menor grado, de Yanquilandia.

Y como final diremos que a medida que la vida se hace más masculina se hace más mecánica, más cerebral y, como consecuencia, los pueblos femeninos, esencialmente primitivos, van fracasando más.

Pero probablemente muchos considerarán exagerada la influencia negativa de la mujer pura sobre el hombre y sobre el progreso, basándose en que los primeros pueblos de que habla la Historia oficial han sido pueblos del Mediterráneo, pueblos femeninos, y que entonces los pueblos masculinos eran desconocidos y que, a consecuencia de ello, tienen confianza en que los pueblos femeninos llegarán otra vez a dominar.

Efectivamente, así ha sido. La historia de la Humanidad organizada o nacionalizada ha empezado por los pueblos femeninos.

El hombre es un ser más delicado y más complejo que la mujer, y ha tardado en formarse psíquicamente más tiempo que ella.

Empiécese por considerar que el hombre no ha podido llegar a desarrollarse plenamente hasta que ha aprendido a producir cierta clase de alimentación y ha conseguido un cierto grado superior de vida. Por eso un pueblo masculino como el anglosajón no se ha desarrollado plenamente hasta que las condiciones de vida eran casi como las de hoy.

La mujer se alimenta de cualquier cosa y vive de cualquier manera (la mujer sólo necesita adornos) ; pero el hombre masculino, el hombre cerebral, necesita unas condiciones de vida muy superiores a las de la mujer.

Hace pocos siglos el pueblo español era superior al anglosajón porque las condiciones de vida, bastante pobres en los dos países, eran, sin embargo, suficientemente buenas para el pueblo femenino español, pero insuficientes para el pueblo masculino inglés.

Como el hombre no es más que un instrumento inteligente de trabajo manual y cerebral, necesita una abundante comida y unas buenas condiciones de vida y un reposo agradable. Si carece de todo esto, su eficacia laborante es casi nula.

Por ese motivo cuando el pueblo inglés se mantuvo de la agricultura y comía poco, valía poco; pero cuando, a consecuencia de su industrialización, ha podido comer abundantemente y ha podido vivir con calefacción y sus *business*

men han podido tener la tarde del sábado *off* para jugar al *golf*, su progreso ha sido rapidísimo, espectacular, vertical.

La historia del pueblo inglés se compone de dos partes: la de su época pobre, que ha consistido en luchar para buscar y controlar fuentes de alimentación y mercados de venta, y, ya conseguido esto, la historia de su época rica, que ha sido la dominación de otros pueblos y la dirección internacional. Por decirlo así, el cambio ha sido de la noche a la mañana.

Pero el pueblo español no sabe aprovecharse de la mejora en las condiciones de vida. Como femenino que es, sólo toma del progreso los adornos. Salvo algunos adornos de modernidad, el pueblo español vive hoy tan mal como hace cuatro siglos. Ni come mejor, ni vive mejor, ni reposa mejor que entonces. A consecuencia, no piensa mejor, ni trabaja mejor, ni se administra mejor, ni se gobierna mejor que entonces.

El español de Hispamérica es más hombre que el de España, porque come mejor y vive mejor. Y porque es más hombre, trabaja más, rinde más y piensa más.

Pero aquellas condiciones pobres de vida, que eran suficientes para los pueblos femeninos e insuficientes para los pueblos masculinos, han pasado y no volverán. Cada día la Humanidad es más eficiente y, consecuentemente, es más rica

y, por tanto, el porvenir será para los pueblos masculinos, como ya es el presente.

Por eso en España todo programa de verdadera gobernación sólo puede ser el conseguir aumentar la producción y la riqueza, para que el español se haga hombre a fuerza de comer.

EL ESPAÑOL DEBE APRENDER A GENERARSE SUBSTANTIVAMENTE

a) *Substantividad y adjetividad*

El hombre se compone de substantividad y adjetividad. Lo primero es lo que el hombre es, lo segundo es lo que el hombre adquiere. La substantividad es dada por los padres, la adjetividad es adquirida consciente o inconscientemente por el individuo en el trabajo y en la vida.

La substantividad no puede ser aprendida en libros, escuelas, viajes, ni en parte alguna. La vida, que es el contacto y el trato con otros hombres, hace que el hombre aprenda a usar su substantividad y a sacar de ella el mejor partido posible; pero no la aumentará, porque ya viene dada desde el nacimiento.

La verdadera valía del hombre está en su substantividad. El hombre sólo es adjetivo par-

te de su tiempo, pero es substantivo todo su tiempo. El hombre resuelve problemas de cosas con su adjetividad, pero los problemas de hombre a hombre (personales y sociales) se resuelven únicamente con substantividad. Por eso es una tremenda equivocación querer resolver los problemas sociales (que son encuentros entre hombres, no encuentros entre ideas) adjetivamente, por medio de leyes. La experiencia muestra que no se resuelven.

El hombre empleará su adjetividad para ganarse el pan; pero esa adjetividad no le servirá para ganarse el respeto del otro hombre. Y sólo un hombre de fuerte substantividad podrá ganarse la admiración y la sumisión del otro hombre.

El adjetivismo es el que construye la manufactura, pero es el substantivismo el que dirige el negocio. El primero podrá llegar a dar el 10 por 100, pero sólo el segundo puede llegar a dar el 100 por 100 de ganancia.

La substantividad positiva es la inteligencia, el carácter, la voluntad, la hombría, la valentía, el amor al trabajo, la dignidad, el dar cara a la responsabilidad, el amor a la justicia, etc.

La substantividad positiva hace a un hombre servir bien para todo: para ser rico, para ser pobre; para ser aristócrata, para ser demócrata; para dirigir, para ser dirigido; para ser ciudadano, para ser soldado; para triunfar sin vani-

dad, para aceptar la derrota sin desmoralización; para luchar solo, para luchar acompañado; para ganarse la vida sabiendo una profesión, o no sabiendo ninguna, etc.

El hombre substantivo es esencialmente vital, esencialmente valiente, esencialmente hombre. Este tipo de hombre se preocupa más de su hombría, de su masculinismo y de su ciudadanismo que de su profesionalismo. El hombre substantivo es el que defiende más el fuero que el huevo. Es el que trabaja más por el triunfo que por el dinero, si patrono; o bien, el que se ocupa más del respeto a su dignidad que del sueldo, si empleado.

La adjetividad se refiere a cualidades que el hombre adquiere en el trabajo a que se dedica. El trabajo que enseña mejores cualidades es el de "hombre a hombre". El trabajo de "hombre a cosa" no enseña cualidades adjetivas valiosas y, en general, empeora las substantivas.

El trabajo de hombre a hombre enseña psicología, dominio de sí mismo y de otros, disciplina, iniciativa, audacia, organización, responsabilidad, dirección, etc. El trabajo de hombre a cosa va reduciendo el humanismo del hombre hasta extinguirlo.

La valía substantiva se caracteriza por la facultad dominadora o, a lo menos, por la cualidad de no dejarse dominar por otros. La valía adjetiva es la facultad de saber producir cosas.

Sólo el hombre substantivo sabe trabajar sobre hombres, el hombre adjetivo sólo puede trabajar sobre materiales.

El gobernante substantivo sabe que gobernar bien es mejorar a los ciudadanos; el gobernante adjetivo cree que gobernar bien es mejorar las leyes.

El substantivismo crea la solidaridad por el hombre, el adjetivismo crea la solidaridad por la idea. Lo primero hace querer al hombre, lo segundo hace querer a la cosa. Así, el hombre adjetivo da más importancia a las cosas que se ofrecen a las imágenes que a los hechos personales que se ofrecen a Dios.

El hombre substantivo lucha para que triunfe el hombre; el hombre adjetivo lucha para que triunfe la idea. Pero las luchas para que triunfen los hombres unen a éstos; las luchas para que triunfen las ideas los dividen.

La buena substantividad es función de la religiosidad en el hombre. Cuanto más religioso es un hombre tanto más substantivo será. Y como un hombre religioso es siempre moral imparte a sus hijos su buena substantividad. Podemos decir que sólo la religiosidad engendra buena substantividad.

La valía de un pueblo es función de la valía substantiva de sus ciudadanos, no de la valía adjetiva. El anglosajón es el único que ha visto esta verdad; por eso su principal ocupación es

hacer hombres substantivos, no cosas, como el español. El anglosajón cree en el hombre casi lo que cree en Dios, y ama al hombre casi lo que ama a Dios. Por eso lo hace con unción religiosa, por ser el único dios que puede hacer.

El anglosajón rinde culto a la substantividad; el español, a la adjetividad. Para el primero el hombre vale por lo que es moralmente; para el segundo el hombre vale por lo que es profesionalmente o jerárquicamente.

Para el primero el mundo es un conjunto de hombres; para el segundo, un conjunto de ideas y cosas. Para el primero vivir es trabajar para que triunfen los hombres; para el segundo vivir es trabajar para que triunfen las ideas. Por eso la vida en los países anglosajones es humana; en España es mineralógica, tiene la poca vida que puede tener una cosa.

El orgullo del anglosajón es producir hombres que superen en substantividad a todos los demás del mundo; la vanidad del español sería poder producir cosas que fueran premiadas en Exposiciones.

Por eso el anglosajón progresa. Como el hombre está hecho de tierra, progresar es ir dejando de ser mineral; progresar es tender a ser animal; progresar es tender a ser hombre; progresar es tender a ser la imagen de Dios. Para el español, progesar es comprar adornos extranjeros.

El español, por su adjetivismo, es el hombre que más ama a las cosas, a los sistemas, a los dogmas, a las teorías. Es el hombre que menos ama a los hombres. Es el hombre que tiene más concepto *cosa* de todo.

El substantivismo del anglosajón es a consecuencia de su masculinidad; el adjetivismo del español es a consecuencia de su feminidad.

Los países que dominan son los de hombres humanos, aquéllos en los que el hombre vale más que la idea. Los que fracasan son los otros.

b) *La práctica eugenésica del español es negativa*

Como el hombre es una manufactura, no se escapa de las mismas leyes de producción que ésta.

De igual manera que en las manufacturas tenemos en cuenta la calidad de la materia prima y la mano de obra, también debemos tener en cuenta para valorar al hombre la calidad de su materia prima psíquica que le viene dada en su generación.

Si el hombre está bien hecho, viene al mundo con buenas cualidades; si el hombre está mal hecho, viene al mundo con malas cualidades: eso es todo. Y aunque sucediera que las demás agencias de formación del español fueran buenas, que

no lo son, no puede el español desechar las malas cualidades de la mala hechura.

Para que los padres hagan bien se necesita ante todo la voluntad, el deseo de ello. Si los hijos no nacen del deseo de tenerlos, y sí únicamente del contacto carnal, nacen pedazos de carne que después en la vida serán piltrafas.

Para producir bien un hijo se necesita el deseo de ello por parte de los padres, y para eso se precisa el conocimiento de que la función genésica es distinta de la función erótica, aunque el acto y los órganos son los mismos. Todo es igual, salvo la voluntad.

El hijo no debe nacer a consecuencia de un acto erótico, sino a consecuencia de un deliberado, pensado y decidido acto genésico; sólo así habrá en él buena materia prima humana. Debe haber una completa diferenciación entre el acto sexual por erotismo y el de la procreación.

El español debe adquirir un nuevo punto de vista en su unión sexual. El casamiento no debe tener por finalidad sino la de poder llevar a cabo el deseo (que debe existir) de tener hijos inteligentes y valiosos, debiendo desecharse todos los demás motivos. A la hora actual, los más de los casamientos son debidos, por parte del hombre, a conveniencia o lujuria, y por parte de la mujer, para tener casa y así mandar y disponer.

El casamiento debe estar basado en el amor,

pero amar no es quererse dos individuos de sexo contrario, eso es erotismo; amar es desear tener hijos inteligentes y valiosos.

Y a esta deficiencia mental hay que añadir otra, práctica: el español, como todos los pueblos del Mediterráneo, excluye de la maternidad a sus mejores mujeres. De no hacerlo, esta minoría (que lo sería) daría origen a la minoría selecta de hombres sin la que un pueblo no puede progresar porque le faltan los ideadores y promotores del progreso.

Y así, en el matrimonio español, que no hay amor, no hay siquiera entusiasmo erótico que podría suplirlo, no enteramente, pero en parte. ¿Qué fruto puede dar eso?

El español nace con desventaja; es un producto de indiferencia, a veces de casualidad, a veces de despego. La materia prima psíquica de que está hecho es mala.

¡Y se le pide al español resultados! Cuando un hombre tiene negativa la mentalidad para hacerse a sí mismo, para perpetuarse a sí mismo, ¿se puede esperar que tenga positiva la mentalidad para hacer una nación? Donde el hombre emplea la inconsciencia en hacer hijos, emplea la imbecilidad en hacer pueblos.

Vemos, pues, que la falta de religiosidad en el español lleva aparejada (indudablemente como castigo) la falta de conocimiento y de instinto

eugenésico, o sea el instinto de superación de la raza.

A consecuencia, el español viene al mundo faltándole la vitalidad psíquica necesaria para ponerse en condiciones de luchar por la vida; irá a la escuela, y no podrá aprender a memorizar; irá a la Universidad y no podrá aprender a razonar; irá a la escuela técnica y no podrá aprender a inventar; irá al mundo y no podrá aprender a dominar, ni impedir ser dominado.

Dios es la bondad, la verdad, la moralidad y la religiosidad; pero al mismo tiempo Dios es la inteligencia, la laboriosidad, la fuerza y la vitalidad. Y el hombre y el pueblo que no QUIEREN tener las primeras, no PUEDEN tener las segundas.

EL ESPAÑOL DEBE APRENDER A FORMARSE POR EL TRABAJO DE HOMBRE A HOMBRE

a) *Influencia del trabajo en la formación de los pueblos*

El factor más importante en la formación directa de un pueblo es el hombre, pero no es el único. El que le sigue en importancia es el trabajo a que ese hombre se dedica, lo que se refle-

jará de una manera directa en el hombre e indirecta en la sociedad.

El hombre ha tenido que pensar en mantenerse, lo que le obliga a hacer un trabajo que será más o menos remunerador y más o menos influenciador.

Es muy lógico que el trabajo marque huellas en el hombre. El hombre es blando, el trabajo es duro.

Imaginemos que en un país todo el mundo trabaja casi todo con sus manos y casi nada con su cerebro en labores independientes y sin relacionar; en labores de hombre a cosa, como son el trabajo agrícola y el industrial de objetos simples. Imaginemos que cada hombre trabaja así y que no hay un solo hombre que trabaje sobre otros hombres; esto es, mandando trabajar y dirigiendo el trabajo de otros.

Tendremos entonces que, como el trabajo es un máximo manual, las facultades psíquicas no se afinan; por el contrario, el hombre se embrutece porque es una máquina humana de hacer cosas. A la larga, será una cosa más. Un hombre que trabaja de esa manera vale poco, y la sociedad formada únicamente por esos hombres vale menos, por ser suma de valores negativos.

El hombre de esa sociedad no entiende de hombres, no comprende sus necesidades. No conoce la cooperación en el trabajo ni la solidaridad en la sociedad. Esta clase de hombres no se

proyectan en otros: empiezan en sí mismos y terminan en sí mismos. Son hombres de dos dimensiones, hombres-círculos, que cuando más sólo pueden tener un punto de contacto con los otros. La sociedad formada por ellos es del tipo sociedad-plano.

Este tipo de hombre es esencialmente personalista, carece del sentido social. El sentido social es simplemente la cantidad del *otro* ciudadano, del *otro* hombre que lleva un hombre dentro. Sólo llevando dentro al *otro* es como un hombre puede entender a los demás. Sin sentido social no puede haber sociedad, ni nación como fuerzas organizadas y vitales.

En los países donde se trabaja en cooperación la sociedad se forma naturalmente, puesto que es una prolongación de la reunión en el trabajo, la sociedad es una organización dinámica; y en ellos mandan a los hombres quien manda en el trabajo. Pero en los países donde el trabajo es independiente —o sea cuando la obra es hecha totalmente por la misma persona— la sociedad no puede ser creación natural, sino artificial, y en ellos ningún hombre manda a los otros, y como el hombre después de trabajar se encierra en su casa, manda a cada uno quien manda en la casa: la mujer.

En aquella clase de países, el hombre vive más fuera de su casa que dentro de ella y, como consecuencia, sólo es normalmente sensual porque

su tiempo lo emplea en actividades con otros hombres. En la segunda clase el hombre vive más dentro de su casa que fuera; su actividad es mucho menor que la del otro tipo; como consecuencia, se hace sensual; la mujer le dominará. A las posibles causas que expusimos en otro lugar sobre el excesivo sensualismo del español es necesario añadir esta otra importantísima.

Puesto que cada hombre hace su trabajo sin que haya otro que le mande ni le pida cuenta de su rendimiento, no admite jefes; cada hombre se manda a sí mismo y ninguno vale más que los demás, y, por tanto, para que se forme sociedad es necesario que haya alguna forma de obediencia, no de unidad de acción, cosa imposible en ellos. Son dos cosas distintas, porque la obediencia es una forma de inercia, la unidad de acción es una cualidad positiva y activa. Para conseguir esa obediencia, los hombres acuerdan acatar no a alguien, sino a algo, a una cosa: la ley. Para ellos la ley es superior al hombre y al prohombre. Por cumplir la ley en esos países se sacrifican física y civilmente hombres siempre que es necesario.

La sociedad en estos países se ha formado políticamente, de fuera a dentro, no económicamente de dentro a fuera, que es como debe ser. La primera es una formación artificial, la segunda lo es natural.

En este tipo de sociedad cada hombre se ocu-

pa de sí y nadie se ocupa de unos pocos, y menos habrá alguien que se ocupe de todos. Esta sociedad no produce naturalmente al patrono ni al gobernante. Sólo tiene fabricantes y ministros; hombres que se ocupan de cosas.

Pero imaginemos que por alguna causa (que no puede ser otra sino la clase de ocupación, ya sea ésta la caza en conjunto, el robo organizado, el saqueo, el corsarismo, el feudalismo, la guerra o la industria) en una sociedad, además de los hombres que trabajan más con sus manos que con su cerebro, haya otros que no quieran trabajar así, sino con su carácter, mandando hombres, o con su inteligencia o cultura, dirigiendo hombres; ¿qué sucederá? (Puede entenderse que este tipo de hombres se desarrolla con la clase de ocupación, pero ésta no los crea. Esta clase de hombres son los substantivos de que nos hemos ocupado anteriormente.)

Pues sucede que aquí tenemos un tipo distinto de hombre: el hombre que trabaja sobre el hombre, el hombre que organiza el trabajo y dirige a otros hombres. El hombre que va a crear un tipo de sociedad superior a la estudiada anteriormente. Una sociedad que tendrá personalidad inversamente al amorfismo del tipo anterior.

Los dos tipos de hombres son distintos. Un tipo de hombre es aquel cuyos instrumentos de trabajo son herramientas; otro es aquel cuyos

instrumentos de trabajo son hombres. Vivir para el primero es relacionar cosas con él: un acto externo y heterogéneo. Vivir para el segundo es relacionarse con otros hombres: un acto interno y homogéneo. Trabajar para el primero es producir cosas, trabajar para el segundo es producir ganancias.

Como este tipo de hombre no quiere trabajar sobre cosas, no necesita saber nada de ellas; pero como trabaja sobre hombres necesita saber todo lo concerniente al hombre. De esa manera irá desarrollando el tipo de inteligencia más elevado: el de la inteligencia psicológica. Y el trabajo le desarrolla la cualidad más importante del hombre: el carácter. Igualmente desarrollará el espíritu de observación. Para mandar al otro hombre tendrá que usar carácter, y a la larga, creará la facultad dominadora. El hombre que trabaja haciendo cosas no tiene necesidad de tener carácter para mandarlas; por eso no lo ha desarrollado. Ya se puede comprender en qué relación están uno y otro tipo de hombres; el que trabaja sobre hombres es el dominador, el que trabaja sobre cosas es el dominado.

Fácilmente se ve que el hombre dominador sólo formará minoría en la sociedad; pero será él el que la modela y será, por tanto, *su* tipo de sociedad.

Como a este tipo de hombre no le conviene

el hombre-cosa, porque para él no tendría valor, tratará de que los hombres cuya ocupación es producir cosas sean lo más *hombre* posible, porque de esa manera saca más utilidad de ellos. La verdadera valía del hombre medio ha empezado a generarse cuando ha habido hombres que han vivido de la valía de él. Un hombre empieza a ser valioso cuando se le obliga a vivir de su rendimiento. Una sociedad empieza a ser valiosa cuando tiene una minoría de hombres que viven de la valía de los demás. La necesidad obliga a trabajar, pero el patrono obliga a rendir.

La sociedad formada por este tipo de hombres será una sociedad-cuerpo, será una estructura. Habrá patronos de hombres productores de cosas y habrá patronos de patronos.

En la otra sociedad se obedece a una cosa; en ésta se sigue a un hombre. Serán dos tipos distintos de sociedad. El primero será político; en ella, el hombre no se relaciona con el hombre, no regula su vida por la del otro hombre, sino por la ley. La ley es la síntesis de la sociedad política. El segundo tipo de sociedad será economista; en ella, el hombre se relaciona con el otro hombre en el trabajo, regula su vida por la del otro hombre. La relación social y laborante es la síntesis de la sociedad economista. En el primer tipo el hombre ha de vivir dentro de la ley; algo circunstancial, dogmático y temporal. En el segundo, el hombre ha de vivir dentro de la con-

veniencia de todos, dentro de la moralidad, que es algo verdadero, eterno y necesario.

La sociedad de los países agriculturistas es un conjunto de hombres sin dirección; la sociedad de los países industrialistas es una organización de hombres con uno director. ¿Cuál valdrá más?

Porque a la hora actual, los países que desde hace siglos tenían esa minoría de hombres, se han convertido en industriales, tengan o no las materias primas para ello. La industria de un país no depende de la cantidad y calidad de materias primas industriales que haya en él, sino de la cantidad y calidad de los hombres que saben trabajar sobre otros hombres; depende de los hombres con mentalidad de patrono que haya en el pueblo. La industria inglesa no depende de su carbón, sino de sus patronos. Hoy no es la primera, no porque haya variado la calidad de su carbón, sino porque los patronos yanquis son mejores que sus colegas ingleses. La función del fabricante es producir manufacturas, cosas; la función del patrono es producir hombres eficientes.

Y así como un país depende de su industria, así un pueblo depende de sus ciudadanos patronos. Un pueblo que no sepa generar patronos sólo tendrá esclavos. La verdadera libertad no se decreta con leyes, ni se impone con fusiles; se consigue con fábricas.

El patrono es un producto esencialmente mas-

culino; no se da en los pueblos feminizados. El patrono es el mejor hombre que tiene la sociedad, porque es el hombre que obliga a otros a vivir de su rendimiento personal. Este tipo de hombre sólo es necesario en los países industrialistas, porque en los agriculturistas los hombres viven del rendimiento de la tierra, y ésta produce lo que puede. El hombre más apto no la hace aumentar su rendimiento propio.

En esta clase de pueblos la diferencia de riqueza no es consecuencia de una diferencia de valía personal, sino consecuencia de una mayor cantidad de tierra a su disposición; por eso el ideal de riqueza es inmoral, anticristiano, porque cuanto más tierra tiene uno, menos tienen los demás. En los pueblos industrialistas la lucha por la riqueza es noble, puesto que la riqueza es consecuencia de un mayor rendimiento; pero el mayor rendimiento de uno no es a costa de un menor rendimiento en otro. Y lo mismo sucede si la causa de la riqueza es una mayor habilidad para rebajar costos de producción.

En los países agriculturistas la colectividad tiene que oponerse a que triunfen los mejores, puesto que éstos habrían de apoderarse de toda la tierra y los demás no podrían vivir, sino en condiciones de inferioridad. En los países industrialistas la sociedad necesita y ayuda a que triunfen los mejores, puesto que éstos son los que tienen una excepcional habilidad para hacer

rendir más a los demás y, consecuentemente, este mayor rendimiento o producción favorece a todos.

En los primeros países la lucha por la riqueza no hace progresar a la sociedad, porque se reduce a un cambio de propiedades: unas familias bajan lo que otras suben; la valía media es la misma. En los segundos sí hace progresar, porque obliga al mejoramiento y a la superación de todos, que es el verdadero progreso.

Y para mayor abundamiento, este tipo de sociedad ha creado, naturalmente, como proyección lógica del patrono, al hombre gobernante. Gobernante es el patrono de todos: el hombre que obliga a ser valiosos a todos los demás. Este tipo de gobernante es un benefactor social, puesto que obliga a los demás hombres a mejorarse.

Pues bien, el pueblo anglosajón ha sido modelado por esta clase de hombres; el pueblo español ha carecido de ellos. Y sigue careciendo. He ahí su inferioridad.

Hemos visto que el trabajo sirve directamente para valorizar a los hombres y los pueblos en dos clases, una muy superior a la otra. Pero obra también de una manera indirecta.

Un hombre puede vivir de la remuneración

de sus servicios; pero un pueblo vive de la ganancia que deje el negocio a que se dedique la mayoría.

La inmensa mayoría del pueblo español trabaja la tierra; el rendimiento de ésta es pequeñísimo, se puede calcular que es la tercera parte de otros países. Pues bien, esta pobreza de rendimiento, esta escasez de ganancia es la que da la pauta, la unidad de medida, la base de remuneración para los demás trabajos. Los pocos productos manufacturados que aquí se hacen tienen que ser vendidos a precios tales que puedan ser comprados por esa inmensa mayoría que viven del pobrísimo rendimiento agrícola. Luego esas manufacturas dejarán muy poca ganancia por unidad y por totalidad de venta y, por consecuencia, las ganancias de los que las producen y venden son también muy pequeñas. Sería imposible que en el mismo país convivieran un jornal y un dividendo agrícola, estilo español, y un jornal y un dividendo industrial, estilo yanqui. Luego en España, por dedicarse la mayoría a un trabajo de rendimiento pobrísimo y de escasa ganancia, tiene que ser pobre todo el mundo: los agricultores y los industriales, y, desde luego, todos los demás.

Cuando la pobreza se hace crónica, como ocurre en España, se engendra la miseria fisiológica. Esto significa que el hombre no será lo bastante fuerte, físicamente ni psíquicamente, para

la lucha por la vida, tanto en el aspecto individual como en el colectivo o nacional.

Para luchar se necesita valentía y resistencia física y psíquica. Un hombre y un pueblo mal alimentados no pueden tener esas cualidades. Las características de los pueblos insuficientemente alimentados son la imbecilidad y la cobardía. Una es carencia de vitalidad psíquica; otra es carencia de vitalidad física.

Lo que más llama la atención en el pueblo inglés es su decisión de vencer, de predominar y su tesón por conseguirlo. El pueblo inglés ha triunfado porque ha sido siempre el pueblo mejor alimentado del mundo. La valentía de un pueblo mal alimentado es ficticia, porque sólo puede ser espasmódica, ocasional, muy de tarde en tarde, y, además, variable en intensidad. Para la lucha colectiva por la vida no tiene valor alguno, porque en ella vence el pueblo de valentía constante y siempre presente.

La inteligencia está reñida con la miseria fisiológica; la imbecilidad es hija de la miseria. Los pueblos mal alimentados no han producido sabios, ni hombres de inteligencia media, ni siquiera hombres de sentido común. Es más; un pueblo insuficientemente alimentado será siempre un pueblo de analfabetos, porque no tiene capacidad intelectual para aprender y recordar el abecedario, que es lo que ocurre en España. Las provincias españolas más analfabetas son

aquellas en las que se come menos y peor: las productoras de más verdura.

En cambio, los pueblos bien alimentados han sido los productores de los hombres inteligentes y de carácter.

La América fué conquistada y poblada por españoles de regiones cuya alimentación era carne y trigo, por eso pudieron sobrellevar tanta penalidad.

Los yanquis, que saben ser patronos, contrataron varios miles de obreros hispanos para construir el canal de Panamá. No los buscaron en Levante y Andalucía, como hubiera parecido lógico, por la semejanza del clima, sino en Zamora, Salamanca y Vasconia, donde los hombres comen y pueden resistir un trabajo intenso.

Mientras el pueblo hispano se dedique al trabajo agrícola, la vida será miserable y no existirá entre los hombres la bondad necesaria, porque creen que la causa de su pobreza está en el otro hombre. El español es bueno cuando se gana la vida en países donde el rendimiento es grande, como en América.

Necesariamente, donde llega a constituir un grave problema, una constante preocupación, el encontrar trabajo y conservarlo se engendra una sordidez de sentimientos y una maldad espiri-

tual, que a la larga ha de repercutir en la substantividad del hombre. El hombre que gana veinte reales al día sólo puede tener un corazón de cobre.

A consecuencia de la ausencia de bondad y cooperación en el español, éste no parece tener la facultad de la iniciativa; pero no carece de ella, porque para esto sólo se precisa inteligencia y cultura, y hombres hay en España que tienen una y otra; pero como para realizar una iniciativa se necesita la cooperación de otros, y ésta no existe, la iniciativa no sale de quien la idea. Porque, ¿qué es lo primero que encuentra el hombre de iniciativas honradas en España? Con la maldad de los demás en forma de burla. Y en segundo lugar, ¿con qué se encuentra? Con la maldad de los demás en forma de oposición a sus propósitos.

En los pueblos de hombres malos, las iniciativas honradas de otros son siempre fracasos. Y como alguien está en el mundo para administrar justicia, sucede que donde los hombres son malos para sus hermanos, son buenos para sus enemigos. Por eso los españoles que hacen fracasar las iniciativas honradas de algunos de sus compatriotas para llegar a ser libres, sirven de proveedores monetarios de las iniciativas de los extranjeros para ser esclavos. Así están tan desarrolladas la economía y la finanza extranjeras en España con dinero de los españoles.

Cuando en un país o colectividad no existe la bondad y moralidad necesarias para cooperar a la realización de las ideas prácticas y laborantes de los individuos inteligentes, ideas que favorecerían a todos, la actividad cerebral de éstos se dedica a propósitos o ideas sin practicidad ni valor social alguno. A la larga, la producción cerebral en esos países (como ocurre en España) se compone de novelas, poesías, ideologías, teorías filosóficas, traducciones, etc. O tal vez la actividad cerebral y volitiva se dedique a empresas perjudiciales para la sociedad.

La practicidad anglosajona se ha desarrollado, no por el cerebro, sino por la cooperación, bondad y practicidad anglosajonas. El anglosajón tiene desarrollado en alto grado su sentido social. El español carece de él. El español se opone al triunfo de lo bueno y del bueno. Se opone a su progreso y a su mejoramiento. La impracticidad y la ineficacia social españolas son consecuencia de la maldad social.

La bondad social es el factor más importante para la existencia y el progreso de un pueblo. Pero este factor sólo puede desarrollarse donde el trabajo colectivo es remunerador. Es cosa mala ser pobre, no por el poco dinero que hay en el bolsillo, sino por la poca bondad que hay en el corazón.

b) *El trabajo agrícola no mejora al hombre*

El trabajo agrícola degenera la substantividad del hombre que a él se dedica y le forma una adjetividad que es de inferior cualidad a la que produce la industria. Bastaría como prueba comparar el hombre de la ciudad con el del campo.

El trabajo agrícola no hace usar la inteligencia, ni el raciocinio; únicamente la memoria. No enseña cooperación, fraternidad, ni conocimiento de hombres, por ser un trabajo individualista y sobre cosas. Crea la insolidaridad, el desconocimiento y la desconfianza.

El trabajo agrícola no crea el tipo de luchador por la vida, que sólo puede existir en los países industriales, porque necesariamente tiene que basarse en un entrenamiento psicológico. El labrador español hace recaer la responsabilidad de la cosecha en el santo patrón de su lugar, y la responsabilidad de la venta de sus productos en el gobierno del país.

Crea el tipo del hombre milagrero, del hombre temeroso y del hombre débil de espíritu, porque el resultado de sus esfuerzos no depende del hombre, sino de algo que éste no controla. Pero tampoco crea el tipo del hombre realmente religioso, porque el agricultor, al depender de los elementos y no mostrarse éstos convenientes, tiene que dudar de Aquel que los hace. Su reli-

giosidad es enteramente mercenaria, mercantilista; no es religioso por él, sino por sus cosechas. El hombre industrial es el único que puede ser razonadamente y, por tanto, seguramente religioso, porque la seguridad en la Divinidad la adquiere a través de sí mismo en su trabajo, y éste no falla mientras el hombre no quiera.

El trabajo agrícola ha creado el ritmo lento en el pensamiento, en la acción y en el trabajo. El trabajo agrícola es causa de la pereza mental de los españoles.

Como el trabajo agrícola entrena en la dependencia de una fuerza fatalista y superior al hombre, hace caer a éste en una mansedumbre, de lo que se aprovecha el hombre industrial (que en España es extranjero) para esclavizar al agrícola.

El trabajo agrícola no enseña nacionalismo económico, porque esto es simplemente un culto cívico al trabajo neto del hombre: el culto cívico a la manufactura nacional.

El trabajo agrícola impide el total desarrollo del hombre, porque éste se adquiere por la relación con otros hombres.

El hombre agrícola es un ser incompleto e inferior. Y desde el punto de vista social y profesional, vale poco, porque ningún otro hombre le obliga a valer, a consecuencia de ser el agrícola un trabajo individualista.

c) *El trabajo agrícola no hace progresar, porque no crea cualidades sociales*

Toda sociedad bien constituída debe tender hacia el progreso, hacia la superación, hacia la eficiencia, y cualquiera habrá notado que los países agrícolas no engendran progreso desde dentro, y muchos lo obstaculizan si viene de fuera.

Si comparamos el mundo de hoy con el que hubo hace diez mil años, supongamos, vemos que difiere en dos cosas complementarias: hay menos Naturaleza y hay más *hombre*.

Hay menos Naturaleza, porque hay menos árboles, menos animales salvajes, menor cantidad de carbón de piedra, petróleo y minerales, etc. Hay más *hombre*, porque hay más cosas hechas por el hombre. Este, de las hierbas que no podía comer, ha hecho otras que puede digerir; de animales salvajes, ha hecho otros que le ayudan en su trabajo; de los minerales ha hecho máquinas; del agua ha hecho fuerza, etc. Si a todas esas cosas hechas por el hombre lo llamamos progreso, diremos que Dios ha hecho las materias primas, el hombre una de ellas, y éste ha hecho el progreso.

El objeto del trabajo agrícola es alimentar al hombre, el objeto del progreso es el bienestar del hombre.

El progreso es la vida consciente del hombre.

El hombre hace las funciones naturales de un modo inconsciente y generalmente peor que los animales. Las funciones humanas son las que le distinguen de los animales porque son hechas conscientemente y con los objetos creados por él. La *humanidad* del hombre está en razón directa de su apetencia por el progreso.

El progreso lo hace el hombre individualmente, colectivamente y nacionalmente.

El inventor individual, el creador del progreso necesita visión, inteligencia, tenacidad, laboriosidad, fe y entusiasmo.

Cuando el progreso es hecho por las colectividades a ello dedicadas, el trabajo está organizado y especializado; en general, unos hombres ponen el máximo de inteligencia, otros el máximo de cultura, otros el máximo de carácter y otros el máximo de desteridad manual.

Desde luego, cada individuo pone en su propio trabajo los ingredientes básicos del progreso; pero en este caso se necesita una cualidad más. Fijémonos en que el trabajo se hace diferenciado, así que fallaría si no hubiese concordancia, si no existiese entre todos los individuos un deseo de hacer bien el trabajo, y para eso se precisa una solidaridad de voluntades.

Y ésta es una nueva cualidad que necesita el individuo en la colectividad: solidaridad con el otro; lo que implica una buena voluntad en el hombre hacia el otro hombre.

Cuando el progreso se hace nacionalmente, cuando la entidad progresadora es la nación aun se necesitan más cualidades de las dichas.

Desde luego, la idea matriz viene de algún individuo que la desarrollará a solas o por medio de alguna organización adecuada, ya sea una empresa industrial o una Universidad o un gobierno, porque el progreso lo mismo es una máquina, o un teorema, o una nueva forma de representar ciudadanos, etc. Pero como en la sociedad lo que más abunda es el hombre que por falta de inteligencia no puede generar progreso, ¿cuál ha de ser la posición de éstos? Muy sencillo: ya que no son capaces de generar progreso, deben ser sobradamente capaces de admitirlo.

Para esto se precisan otras cualidades: permeabilidad para entender y docilidad para aceptar.

Para que una comunidad sea normal se precisa que tenga una minoría de hombres que genere progreso y una mayoría dócil que lo acepte. Y en una nación normal habrá una minoría de máximo carácter, que será la directora; una minoría de máxima inteligencia, que será la creadora, y una mayoría de máxima docilidad, que será la dirigida. Si así sucede, podríamos decir que la calidad del progreso depende de la inteligencia de la minoría creadora, la cantidad del progreso depende de la calidad de la minoría di-

rectora y la velocidad del progreso depende de la docilidad de la mayoría dirigida.

Pero si una comunidad tuviera una mayoría absolutamente indócil, impermeable, como ocurre en los países agrícolas, la comunidad será más o menos zoológica, porque no admitirá los objetos y los servicios que el hombre ha creado para su comodidad.

Pero aun falta algo más: el verdadero patriotismo, que es el nacionalismo económico.

El ciudadano es algo distinto del hombre: el ciudadano es el hombre con una marca de fábrica. La valía social de un artículo no es mayor que el crédito que tenga su marca de fábrica. Y por eso el hombre ciudadano debe desear y actuar acordemente para que el máximo del progreso lleve la marca de su nación, y eso es un ideal nacional, un patriotismo, un nacionalismo.

Esa solidaridad, esa docilidad y ese patriotismo son cualidades sociales.

Para vivir hoy, el hombre, además de sus cualidades personales, necesita en más alto grado las cualidades sociales; si carece de éstas, su vida será precaria.

La eficacia actual del hombre no está en relación de su valía personal, sino en relación de su acomodabilidad social, de su concordancia volitiva con el otro hombre.

Pues bien; nada de esto produce el trabajo agrícola. No produce apetencia por el progreso, ni produce cualidades sociales.

EL ESPAÑOL NO GANA PARA COMER LO SUFICIENTE POR SER AGRICULTURISTA

a) *España no sirve para el negocio agrícola*

¿Sirve España para la agricultura como negocio?

El español no sólo cree que su país sirve para la agricultura, sino que le cree un país privilegiado. ¡Qué equivocación más tremenda! ¡Servir para producir vegetales una tierra especial para el adobe! ¡Suponer que el clima es excelente para la producción de clases superiores de vegetales, cuando no puede producir naturalmente hierba, que es la más inferior! ¡Llamar riqueza al trabajo que genera hierbas y degenera hombres!

España, el país ideal para la agricultura, no puede alimentar a 22 millones de habitantes, que comen muy poco, y tiene que importar todos los años cebada, maíz, legumbres secas, salvado, patatas, algarrobas, huevos, aves, ganado y, a me-

nudo, trigo; todo por un valor anual superior a 400 millones de pesetas.

Sólo en un país donde la mitad de la gente no sabe leer y la otra mitad no sabe pensar puede haber tamaña equivocación. Porque las estadísticas prueban que España rinde menos que otros países en cualquier cultivo.

Con relación al país que más, España rinde:

En trigo	el 29	por 100.
En centeno	el 44	—
En cebada	el 40	—
En avena	el 40	—
En maíz	el 40	—
En patatas	el 53	—
En remolacha	el 77	—
En uvas	el 40	—

Luego los cereales, que forman el 46 por 100 del total de la producción agrícola española, sólo rinden el 35 por 100 del país que más, y la totalidad de la producción no llega a rendir el 40 por 100 del máximo posible.

Parece una contradicción, pero es un hecho, que los países considerados en Europa como agriculturistas rinden menos que los considerados como industrialistas, lo cual prueba que la leyenda es contraria a la realidad. También parece una contradicción, pero es un hecho, que los únicos países que han padecido hambre han sido los agriculturistas. Nunca ha sucedido que

les haya faltado comestibles a los industrialistas. En España, ahora que hay trabajo industrial se come; antes, cuando se vivía únicamente de la agricultura, se pasaba hambre. La agriculturista India inglesa padece de hambre muy a menudo; la industrialista Inglaterra come muy abundantemente.

Además del rendimiento, hay que tener en cuenta el costo de producción y el precio de venta. La agricultura es producción y negocio, y como tal hay que considerarlo. En España los tres factores son negativos: el rendimiento por el mal clima y la mala tierra es pequeño; el costo de producción es altísimo, porque por la forma de cultivar hay que emplear muchos jornales; y los precios de venta son bajos para los productos exportados, y aunque en relación a los extranjeros son altos los precios de los productos vendidos en España, dejan poquísima ganancia, si alguna. El negocio agrícola en España sólo rinde para que los labradores y peones vivan muy miserablemente, como comprueba la realidad.

Un economista español ha calculado en 10.000 millones de pesetas el débito de la tierra española, lo que da idea de la ganancia que deja. Y dice también que por débito de contribución hay siempre cerca de un millón de fincas embargadas. Y añadimos nosotros que ese número sería muchísimo mayor si la recaudación por contri-

bución rústica se llevara con la dureza que se lleva la contribución industrial. Si así se hiciera, habría pueblos enteros embargados.

Según cálculos de los hacendistas, si a la agricultura se la hiciera rendir por contribución sólo el 5 por 100 del producto, debería dar anualmente 450 millones de pesetas; sólo da 150 millones. Para cubrir ese déficit anual de 300 millones es por lo que hay en España esa multitud de pequeños impuestos. Toda esa millonada que el agricultor deja de pagar, la paga el hombre de la ciudad. Muchos pueblos no dan en contribución lo que en ellos gasta el Estado en los servicios más importantes.

¿Qué negocio es ése que sólo puede dar al Estado la tercera parte de lo calculado, y que tampoco sirve para mantener al que lo trabaja? Un negocio así es un fracaso.

A cambio, aun teniendo en cuenta la poca industria que hay en España, la contribución industrial, directa e indirecta, rinde al Tesoro anualmente 800 millones de pesetas.

Fíjense en eso. La producción industrial española, que en valor monetario es menor en 1.000 millones a la producción agrícola, da de contribución al Estado una cantidad que es cinco veces mayor, lo que da idea de la justicia del régimen fiscal español. Pues a pesar de eso y de la competencia extranjera, la industria ma-

nufacturera felizmente progresa; en cambio, la agricultura decae, la tierra rinde menos cada día.

Se llama agrícola a un país que sólo produce 443 pesetas por hectárea de terreno, y que obliga a importar anualmente más de 400 millones de pesetas de comestibles. De vivir únicamente de la agricultura, cada español tendría 415 pesetas para pagar todo.

Se basa un régimen fiscal y una práctica recaudatoria para favorecer a los contribuyentes agrícolas, que sólo dan al Estado 150 millones de pesetas, mientras los industriales dan 800 millones.

Se basa una política, un sistema de propiedad y un Parlamento para favorecer a los productores agrícolas, que sólo producen 1.900 pesetas al año por trabajador, mientras la industria produce 8.000 pesetas por año y trabajador.

Se basa una política exterior y se hacen tratados de comercio para favorecer a los negociantes agrícolas, que sólo pueden exportar 123 pesetas al año por trabajador, mientras que los industriales exportan 420 pesetas por trabajador y año.

¿Hasta cuándo va a durar en España el mito de que es agrícola? Los hechos prueban que España no sirve para ello.

Y aunque no somos expertos en la materia, queremos indicar los hechos que a nuestro jui-

cio se oponen a que España sea considerada como país agrícola.

Los hechos:

Falta de superficie.—En España casi no hay terreno para labrar. Basta ver un mapa en relieve y se notara que casi todo él está ocupado por sierras, montes y cerros más o menos altos. Además, tiene nueve millones de hectáreas desérticas y otros ocho millones del litoral invadidos por la arena. Añadamos a eso las dunas y el barbecho. La excesiva parcelación en los más de los sitios resta también superficie aprovechable. Y a eso añádase el terreno improductivo que es, en términos generales, todo lo montañoso.

Demasiada elevación.—Esa elevación es contraria a la producción agrícola intensa porque el rendimiento de las tierras elevadas es escaso. La meseta central de España, que tiene una elevación media de 500 metros, es más de 200.000 kilómetros cuadrados, o sea que casi la mitad de la superficie total está demasiado elevada y es de muy poco rendimiento.

Pero todavía hay otro dato. La superficie de España, colocada a una altura no mayor de 200 metros, viene a ser la décima parte del total y ésta es la que realmente sirve para el cultivo.

El terreno quebrado.—Si suponemos que cortamos España de Norte a Sur y de Este a Oeste a distancias de kilómetros, las secciones parece-

rán los dientes de una sierra. Y la agricultura necesita de grandes extensiones de terreno llano.

Poco fondo.—España es una pura roca. España sólo tiene, y no en todos los sitios, una piel de 20 centímetros de espesor de tierra arable, y eso no basta.

La Historia ha recogido el dato de que un embajador veneciano de la época de Felipe II dijo "que la Península Ibérica era árida, porque a veces no tenía lluvias en un año entero, ni permitía su terreno que se le introdujera dos dedos de arado".

Mala calidad de tierra.—La tierra de España es admirable para hacer adobes, la materia castiza para la edificación en todos los pueblos. La tierra de España es totalmente mineralógica; la falta el mantillo, que es lo que la hace agrícola.

Además, en muchas comarcas hay que tener en cuenta la calidad desigual de la tierra en los mismos trozos pequeños de cultivo.

Falta de humedad y excesiva sequedad.—La humedad es a la planta lo que el aire es al hombre. Excepción hecha de la franja comprendida entre los Pirineos y el Cantábrico, no hay en el resto de España humedad necesaria para el armónico desarrollo de la planta. Existe una excesiva sequedad que hace que todo lo vegetal y hasta lo humano se desarrolle anémicamente. Más importante que el sol es la humedad, y de ésta se carece en España.

Demasiado calor en el verano y demasiado frío en el invierno.—En la meseta central que comprende alrededor de la mitad de la superficie total, el calor es tan excesivo en el verano y el frío tan intenso en el invierno, que paraliza la vida vegetal algunos meses del año. Esto quiere decir que no durante todo el año es agrícola el clima de España. En otros países se neutraliza el frío con la nieve y el excesivo calor con humedad, de las que casi se carece en España.

Demasiada diferencia entre la temperatura del día durante el sol y la de la noche.—En casi toda España durante cinco y seis meses del año, y en algunos sitios más, la vida vegetal está paralizada desde que se pone el sol hasta que sale, lo que quiere decir que en el invierno durante catorce o más horas la planta no trabaja. Además, esa diferencia de temperatura perjudica enormemente a la planta. Luego en España se juntan cuatro males: falta de sitio, falta de tierra, falta de mantillo y falta de tiempo.

La escarcha.—Esto anemiza si no mata a la planta.

Falta de agua de lluvia.—España es de los países donde menos llueve y desde luego no llueve lo bastante para las plantas. El 90 por 100 de la tierra no recibe el agua que necesita. En las regiones donde se suple esta deficiencia con riegos éstos no resuelven el problema mercantilmente porque el agua de riego aumenta el ren-

dimiento en proporción aritmética y los gastos en proporción geométrica, luego la ganancia disminuye. El labrador más pobre de España es el de regadío. Al propio tiempo, la tierra se estropea.

Perjuicio del agua torrencial.—En casi toda España desde el final de primavera hasta mediado el otoño, muy a menudo, llueve torrencialmente, lo que perjudica a las plantas y a las tierras llanas y arrastra de los montes sin árboles la película de tierra que tienen, tierra que paulatinamente va cegando los ríos. Un buen número de los ríos de España eran navegables en tiempos de los romanos; ahora, ninguno.

Falta de nieve.—La nieve protege a las plantas del frío, permitiéndolas trabajar durante el invierno succionando los jugos de la tierra. Sirve al propio tiempo para humedecer ésta.

El granizo.—El granizo para el campo es como la viruela para el hombre.

Malos vientos.—En una localidad hay en el mismo día vientos fuertes fríos que hielan y vientos fuertes cálidos que secan. Tan perjudicial es lo uno como lo otro.

Cambios bruscos de temperatura.—Esto anemiza o mata a las plantas.

Falta de armonía entre la época del año y los factores atmosféricos.—En España ocurre tener inviernos templados y primaveras frías. Esta

discrepancia perjudica enormemente a las plantas y reduce las cosechas.

Falta de arbolado y de ganadería.—Al no haber árboles, ni hierbas, falta ganadería, y, a consecuencia, falta el abono animal del que necesita muchísimo el terreno español para suplir al mantillo, que ya ha desaparecido.

Falta de ajuste entre el cultivo y el clima.—En España, por la falta de terreno realmente agrícola, se llevan en los mismos centros de producción cultivos de variedades vegetales que requieren distintas condiciones climatológicas. Nunca ocurre que el clima sea bueno para la producción vegetal completa de un pueblo. Esa falta de ajuste hace disminuir el rendimiento, aumentando el trabajo y los gastos.

Hasta aquí hemos demostrado que España no sirve física ni económicamente para la agricultura; pero puede igualmente demostrarse que no sirve mercantilmente para el negocio agrícola.

En España, como se cultiva por pequeños trozos y en núcleos agrícolas separados por obstáculos, se tienen que emplear muchos intermediarios y muchos gastos para recoger esas pequeñas cantidades de cosecha y llenar almacenes, y como hay muchos núcleos pequeños de población, se necesitan también demasiados intermediarios

para repartirlos. Eso hace que los dos trabajos necesarios y opuestos de recoger y repartir productos salgan más caro de lo debido.

Pero aun hay más. España, como colonia económica que es, no puede poner precio de venta a sus exportaciones agrícolas. Los extranjeros pagan por ellas lo que quieren; las compran a su precio, no al nuestro. Los yanquis investigan el costo de producción de los productos agrícolas que importan para acondicionar sus tarifas y no pagar mucho. En los más de los casos, los productos agrícolas españoles (frutas que se estropean muy fácilmente) se subastan en el país de venta después de medio mes o de un mes de viaje. Ya se puede comprender qué precio recibirán. El autor ha visto subastar en Nueva York partidas de la exquisita uva almeriense a razón de 75 centavos (3,75 pesetas a la par) por barril de 60 libras neto, con lo que no hay para pagar el embalaje. Y lo mismo se hace en Inglaterra y otros países con la naranja y la cebolla valencianas. Si el pueblo español tuviera sentido mercantilista, impediría la exportación de frutas.

En definitiva: España, ni física, ni económica, ni mercantilmente sirve para la agricultura, ni para el negocio agrícola internacional.

b) *El español no sabe ser agricultor*

Supongamos que estuviéramos en una localidad de buen clima para la agricultura, y en la que, como ocurre en la realidad, hubiera buenos y malos trozos para el cultivo. Nos confrontaríamos con el hecho de que la tierra buena tendría una exuberante vegetación, al paso que los malos trozos estarían desprovistos de ella. Razonemos sobre el particular.

La diferencia no podría consistir en el clima, puesto que es igualmente bueno para ambas clases. Aquellos elementos que las plantas toman del aire pueden ser igualmente tomados en los dos casos. La diferencia está únicamente en la clase de tierra.

Las plantas toman de la tierra una gran parte de su alimento; pero un análisis químico de las dos clases de terreno demostraría que ambos tienen las materias propias para la formación vegetal. La diferencia, por tanto, tampoco está en la composición química de una y otra clase de terreno.

Veamos dónde está la diferencia.

La diferencia está en las materias orgánicas que existen en el buen terreno y que faltan totalmente en el malo. En el terreno vegetal existe la acumulación de siglos y siglos de materia orgánica, proveniente de plantas y animales ya

muertos. Y al propio tiempo existe una infinidad de raicillas y de animales, pequeñísimos algunos y más grandes otros, todos vivientes.

El papel de la materia orgánica descompuesta, llamada mantillo o humus, es el de alimentar a la planta y el de succionar y retener el agua de lluvia, y esa humedad hace dos papeles: por una parte sirve al trabajo mecánico de partir los granitos de tierra, o sea de convertir en polvo fino la tierra vegetal —tierra que se ha ido formando de la descomposición de rocas—, y, por otra parte, sirve para la disolución de las sales solubles de que se compone la tierra, y que necesitan los vegetales. El trabajo previo mecánico de reducir a polvo finísimo la tierra es necesario, porque sin él no es posible la disolución de las sales. Se puede comprobar que si se colocara un pedazo de roca en una vasija con agua, y en otra, también con agua, colocamos otro pedazo del mismo peso, previamente molido a polvo impalpable y revolviendo esto el tiempo necesario, se notará que en la primera vasija el agua no ha sufrido modificación, al paso que en la segunda se encontrarán cantidades apreciables de algunas sales y vestigios de otras. O sea, que en el primer caso no ha habido disolución, pero en el segundo el agua ha disuelto parte de las sales solubles que había en la roca.

Luego la humedad es necesaria para el trabajo mecánico de reducir a polvo finísimo los

granitos de tierra y para el trabajo químico de disolver las sales que están en ésta.

Estas sales solubles son succionadas por las plantas directamente; pero al mismo tiempo la tierra tiene también sales insolubles, que son igualmente necesarias para la formación vegetal. Y el trabajo de poner en condiciones de asimilación las sales insolubles del terreno es hecho por esa multitud de raicillas y animalillos que existen en la tierra verdaderamente vegetal y no existen en la mala tierra.

Como quiera que esos animalillos y raicillas están constantemente en la tierra sucediéndose unos a otros, tienen tiempo de hacer ese trabajo de disolución de que las plantas cultivadas carecen. Al propio tiempo, cuando mueren sirven para la alimentación vegetal, porque ellos han efectuado en sí mismos el trabajo de la asimilación de esas sales insolubles y de otros cuerpos químicos. Esas raicillas y animalillos hacen, con relación a los vegetales, lo que éstos y los animales hacen con relación al hombre: los alimentan.

Luego, desde el punto de vista del rendimiento agrícola, la valía de una tierra no depende realmente de su composición química. Todas las tierras son buenas, puesto que todas tienen algunos de los elementos necesarios para los vegetales y ninguna los tiene todos. La valía de una tierra depende de la cantidad de mantillo y de

raicillas y de animalillos que tenga, puesto que son éstos quienes hacen el trabajo de asimilar las sales insolubles, y el mantillo sirve para conservar la humedad, que pulveriza la tierra y disuelve las sales solubles, además de alimentar directamente a los vegetales.

En las tierras faltas de mantillo, raicillas y animalillos es la propia planta la que tiene que hacer directamente el trabajo de disolver y extraer las sales de la tierra, y ese trabajo nada tiene que ver con el de su alimentación. Las plantas cultivadas no están en la tierra el tiempo suficiente para hacer esos dos trabajos. Podíamos decir que si una planta estuviera ocho meses en una tierra sin mantillo, seis los dedicaría al trabajo de extraer su alimento y dos al trabajo propiamente dicho de su alimentación. Mientras que en las tieras buenas, el trabajo de extracción del alimento no es hecho por la planta, sino por otros medios, y las plantas dedican todo el tiempo de estancia en la tierra a su alimentación, por eso crecen más que las cultivadas en mal terreno. El arte de la agricultura es el de economizar a la planta el trabajo de extracción de las sales y óxidos de la tierra.

No hay diferencia alguna en la composición mineralógica y química de las tierras de España y Dinamarca, por ejemplo; pero sí hay mucha diferencia entre su valía vegetal. Y la diferencia que hay entre el trigo (planta) de España y el

de Dinamarca es la diferencia que hay entre un niño amamantado dos meses y otro amamantado ocho meses: pesa más. Por eso el rendimiento de trigo de Dinamarca es casi cuádruplo que el de España.

Y no se crea que los abonos minerales harían el milagro de cuadruplicar el rendimiento de trigo en España o el de aumentar su rendimiento agrícola. Las plantas, para asimilar esas sales, necesitan de esos intermediarios; de no existir éstos, los abonos no pueden ser aprovechados. Por eso los abonos minerales no rinden en España lo que en los países cuya tierra tiene el mantillo, las raicillas y los animalillos de que hemos hecho mención.

Pero se preguntará: ¿qué tiene que ver el agricultor con eso?

Veamos lo que el agricultor español hace para poner un terreno en condiciones *ideales* para el cultivo.

El agricultor español ha despojado de árboles a toda España, ha aniquilado los pájaros, ha despojado los montes del conjunto de plantas, a las que se llama monte bajo; ha quitado la hierba, ha despojado de mantillo al terreno, y cada pieza de cultivo la limpia de raicillas y de animalillos hasta dejarla totalmente mineralógica, *químicamente pura*. O sea que el agricultor español quita al terreno los intermediarios que necesita

la planta para su alimentación. Sin ellos, una planta se alimenta muy poco.

El agricultor español es un hombre que sabe un oficio, pero no tiene instinto de productor agrícola.

c) *Lo que perjudica la agricultura al pueblo español*

La alimentación influye poderosamente en la formación de los pueblos. El hombre es hijo o producto de su alimentación. Aunque el trabajo le obligue a pensar, si su alimentación no es lo suficientemente fuerte, no podrá hacerlo. Y si el trabajo no obliga a pensar a todos los hombres, la vida obliga; pero sólo aquellos hombres que tengan inteligencia podrán hacerlo.

Así como la insuficiente alimentación en los animales se nota por la escasez del rendimiento propio, la alimentación insuficiente en los hombres se nota por la dificultad o imposibilidad de pensar.

En España, a causa de una insuficiente alimentación, el hombre medio de la ciudad encuentra dificultades para pensar. Razona, pero lo hace o mal o incompletamente. A veces no sabe ver sus problemas; otras no sabe hallar verdaderas soluciones. La actividad política y la gubernamental son palpables ejemplos de ello. La

actividad económica lo es más todavía. Y a causa de una mayor insuficiencia en la alimentación, el hombre del campo no puede pensar, lo que comprueba la realidad diariamente.

Así, pues, el pueblo español se compone de una gran mayoría que no puede pensar y de una minoría que lo hace o mal o incompletamente. Hay además, como todos sabemos, un pequeño grupo de hombres con inteligencia creadora repartidos en algunos campos científicos.

En España existe una anemia en todos los reinos: el vegetal, el animal y el humano.

Según las estadísticas, el trigo (planta) español rinde en peso la cuarta parte del país que más. Las gallinas, tomadas como ejemplo típico de rendimiento animal, rinden en huevos la quinta parte del país que más. Y los hombres rinden en trabajos cerebrales lo poquísimo que todos sabemos. Y el coeficiente del carácter personal y de heroicidad cívica es muy bajo, como también sabemos. La alimentación diferencia a los hombres, como diferencia a los animales. La hierba sólo genera bueyes.

Y todo ello es debido a una sola causa: insuficiencia de alimentación. El vegetal no se alimenta lo suficiente de la tierra; el animal no se alimenta lo suficiente de vegetales, y el hombre no se alimenta lo suficiente de carne. Y la causa de todo esto es también única: la de querer ganarse la vida únicamente del trabajo agrícola y

dedicarse a la agricultura en un terreno y con un clima que no sirven para ello. España no sirve para la agricultura; no se puede ir contra ese imposible.

Como quiera que el pueblo hispano no ha tenido otros medios de ganarse la vida que le hubieran permitido comprar el déficit de alimentación, ha tenido que alimentarse únicamente de lo que ha rendido su tierra, que nunca ha sido bastante, y ahora menos que nunca, porque el rendimiento de ésta disminuye y la población aumenta, por no haber casi emigración. La consecuencia ha sido crear en escasa cantidad vegetales anémicos, que han servido para producir animales también anémicos, y vegetales y animales han producido a su vez al hombre hispano anémico en su totalidad y anormal en su mayoría.

La alimentación influye en el hombre no sólo en relación a la cantidad, sino en relación a la integralidad. El hombre no es como los vegetales y animales, que sólo aceptan una determinada clase de alimentación. El hombre, para hacerse normal, ha de comer de toda clase de alimentos, y para hacerse fuerte ha de comerlos en cantidad suficiente. La escasez le anemiza y la *unilateralidad* le anormaliza.

Sabemos que el hombre de la ciudad (en España no mucho más de tres millones de personas) tiene a su disposición toda clase de alimen-

tos; de no poder comer en la cantidad debida, se anemizará, pero su comida será integral, más o menos. Pero el hombre del campo (en España alrededor de 18 millones) sólo tiene a su disposición una determinada clase de alimentación (la que se produce en el mismo pueblo); así, pues, su alimentación no es integral, es de una sola clase: verduras y legumbres. Esa *unilateralidad* desbalancea biológicamente al individuo, lo anormaliza. Y si, como ocurre, el hombre del campo no puede comer en su mayoría con la abundancia debida, tendremos que en el pueblo español habrá un mínimo de 15 millones de seres anémicos y anormalizados.

Uno de los estudios más importantes sobre un pueblo es el de hallar su coeficiente de productividad humana eficiente y su distribución por las distintas capas sociales.

Esta expresión, "productividad humana eficiente", se refiere a la producción de hombres de valía.

Sabido es que los hombres de valía son necesarios en un pueblo, porque ellos son los promotores del progreso.

Inglaterra produce hombres de valía, pero su distribución no tiene igual densidad en las distintas capas sociales. Los sectores sociales que

más producen son la clase media y la aristocrática. Estados Unidos de América también produce hombres de valía y su distribución es proporcionada. Las tres clases sociales, baja, media y alta, contribuyen.

Un estudio detallado de este asunto nos conduciría a consideraciones muy interesantes. Veríamos, por ejemplo, que cada clase social produce sus clases de hombres valiosos. La clase aristocrática inglesa produce al gobernante, al diplomático, al político: el tipo conveniente para hacer políticamente un imperio, para subyugar colonias y para forzar una producción manufacturada cara a países agriculturistas; pero es totalmente inhábil para rebajar costos de producción. Dicho más "económicamente": el tipo conveniente para triunfar en el comercio internacional y así conseguir una gran abundancia en el país, pero inhábil para triunfar en la industria nacional y así conseguir una gran baratura. Por eso Inglaterra no puede resolver su problema actual. Y nos daríamos cuenta que el tipo yanqui capitán de industria es casi desconocido en Europa porque viene de la clase baja, y la clase baja europea no produce hombres de valía.

Pero vamos a fijarnos sólo en el hecho de que la clase baja americana produce hombres de valía mientras que la homóloga inglesa casi no produce ninguno. ¿Por qué es así?

La razón es muy sencilla.

La clase baja yanqui, a consecuencia de una gran eficiencia productiva en el país, tiene un costo de vida bajo y una remuneración alta; luego es optimista.

La clase baja inglesa, a consecuencia de una pronunciada ineficiencia productiva en el país, tiene un costo de vida alto y una remuneración baja; luego es pesimista.

La primera es relativamente rica y tiene un porvenir risueño. La segunda es absolutamente pobre y tiene un porvenir obscuro.

Ahora bien; el optimismo y el pesimismo del hombre, ¿no han de influir en la generación del hijo?

Necesariamente, un hombre optimista, un hombre triunfador tiene que engendrar un hijo valioso, un hijo que triunfará también.

Y, por el contrario, un hombre triste por la pobreza tiene que engendrar un hijo débil de espíritu; un hombre derrotado tiene que engendrar un hijo inepto.

Pues bien; esto es lo que pasa en España. El pueblo español, por vivir de una agricultura que no da para comer, es un pueblo pobre, un pueblo triste, un pueblo derrotado; como consecuencia, engendra un pueblo inútil.

El coeficiente de productividad humana eficiente del pueblo español es muy bajo, es casi nulo, como lo demuestra la realidad.

Sólo se pueden engendrar hijos de valía cuando se vive en un estado de optimismo, y para eso se necesita vivir con abundancia, con bienestar, con tranquilidad y con seguridad en el porvenir.

En España habrá gobiernos que sepan gobernar cuando se dediquen exclusivamente a aumentar la riqueza y la producción para que el pueblo viva en un estado de optimismo que le permita proyectarse en generaciones cuyo coeficiente de valía vaya en aumento.

Al querer el pueblo español ganarse la vida trabajando agrícolamente, tiene que vivir en las pequeñas hondonadas de terreno algo fértil y algo llano, que dan algún rendimiento, separadas unas de otras por montes, barrancos y otros accidentes, siendo muy difícil el acceso y la comunicación entre ellas.

Como consecuencia, entre los habitantes de los distintos centros urbanos no hay el conocimiento, la amistad, la comprensibilidad y la unión y solidaridad necesarias para formar pueblo. Unos son extraños a otros.

Y debido a eso, entre los habitantes de esas hondonadas (o planicies en algunos casos) no hay mezcla sanguínea. Y aquí tenemos un gran

mal. En lo que hoy son pueblos no hay renovación fisiológica; los casamientos son consanguíneos, lo que origina la ineptitud característica de sus habitantes.

El vivir así ha anormalizado el carácter de los hombres, porque en un sin número de sitios hay un pequeño oasis de producción agrícola al lado de montañas peladas, que nada producen, por no tener ya ni tierra; la vida se hace en un fondo de miseria con un frente de bienestar, una apariencia de algo y una realidad de nada. Así se ha modelado el modo de ser de los más de los españoles: el contraste entre una realidad pobre y una apariencia rica; en la calle, lujo; en la casa, pobreza. La preocupación del español es no parecer pobre.

Al propio tiempo, la alternativa de buenas y malas cosechas crea una anormalidad en el vivir.

Por otra parte, el trabajo agrícola es un trabajo de ocupación, no de organización. Y como la geografía hispana no se ajusta al negocio agrícola, mientras los españoles sean agricultores estarán desorganizados. España será un conjunto de pueblos, unidos entre sí por las páginas de la *Gaceta*. Lo que la perjudica grandemente, desde el punto de vista económico, porque un

conglomerado de individuos sólo tendrá eficacia, sólo tendrá valía, cuando esté organizado, y entonces será pueblo.

Con la organización se aumenta el rendimiento y se disminuye el costo; lo que aumenta la ganancia. La organización industrial puede mantener a los en ella empleados, que de trabajar aisladamente no ganarían lo suficiente. Así que todo pueblo que quiere vivir bien tiene que organizarse industrialmente; de lo contrario, vivirá muy pobremente. Por eso notamos que la emigración se verifica de los pueblos desorganizados a los organizados.

Para que un pueblo agrícola pueda organizarse (si bien dentro de ciertos límites) es necesario que el terreno que habite sea llano, que no tenga, como en España, soluciones de continuidad. Esa continuidad no es necesaria en los países industrialistas, porque el negocio industrial se lleva por unidades fabriles, colocadas en el sitio que al hombre le parece mejor, y la unión necesaria entre ellas es de comunicación, y ésta es fácilmente conseguible.

Así es que el pueblo español está desorganizado políticamente, porque la economía o medio de trabajar que ha querido tener no se ajusta a la geografía, que es un hecho fatal.

En España, a pesar de la homogeneidad entre el agriculturismo del pueblo y el ruralismo de la gobernación, hay una absoluta divergencia entre ambos. Ni el pueblo está satisfecho de la gobernación, ni ésta del pueblo.

La gobernación, con relación al pueblo, es un organismo cuya finalidad es multiplicar el rendimiento laborante y el ingreso neto del pueblo (la necesidad de éste es ganar bastante y no tener que gastar mucho en el vivir) ; si no sirve para ésto, no tiene utilidad, no tiene razón de ser. Pero la gobernación no puede multiplicar dentro del país el rendimiento laborante ni el ingreso del pueblo, porque es absolutamente imposible (ahí es donde fracasan todos los Gobiernos) mientras el pueblo español sea agriculturista, y, por desgracia, tiene que disminuirlos en la relación comercial internacional, por las razones que se explicarán más adelante. (En España se verifica la paradoja de que cada vez que se exporta una peseta en un producto agrícola se gana una peseta y se pierden tres.) Luego el pueblo español cada vez gana menos y le cuesta la vida más. Consecuencia: el pueblo no está satisfecho de la gobernación.

Y el pueblo, en relación a la gobernación, es un proveedor de dinero para que ésta pueda desarrollar planes de engrandecimiento nacional. Pero como el pueblo español al ser agriculturista puede dar muy poco dinero, la gobernación no

puede desarrollar grandes iniciativas. (El Gobierno español tiene un presupuesto para 22 millones de habitantes, inferior al del Municipio de la ciudad de Nueva York para seis millones, y nótese que un Municipio no tiene presupuesto de Casa Real, ni Ministerios de Estado, Guerra y Marina, ni subvención al clero, etc.) Consecuencia: la gobernación no está satisfecha del pueblo.

Y consecuencia de las dos consecuencias: falta de afinidad espiritual, de buena voluntad y de colaboración entre ambos.

Y recíproca de esta última consecuencia: ausencia de honradez en su relación; se engañan mutuamente.

El negocio agrícola es un negocio de pérdida en todos los países. Según la estadística general de precios de venta y costos de producción para el año agrícola 1925-26 había una diferencia de 13,7 en contra. O sea que todo eso costaba de más la producción sobre el precio a que fueron vendidos los productos agrícolas.

En una investigación efectuada en el mismo año se obtuvieron los siguientes datos: En Dinamarca, que es el país europeo de más rendimiento agrícola y que rinde por hectárea el 350 por 100 de trigo más que España, el interés neto del capital dedicado a la agricultura fué el

1 por 100. En Suiza, el beneficio neto del agricultor fué el 0,24 por 100. Y en Alemania, que rinde por hectárea el 200 por 100 de trigo más que España, el 54 por 100 de las explotaciones agrícolas investigadas trabajaron con pérdida.

La agricultura no produce dinero, porque éste se crea por la acumulación del trabajo humano intelectual, y el producto agrícola no lleva nada de éste.

Si tuviéramos una estadística de la riqueza de los pueblos y, paralelamente, otra de la distribución de la población activa en los trabajos a que se dedicara, veríamos que se correspondían la pobreza con la agricultura y la riqueza con la industria. Los países más pobres son la India inglesa y China, porque el 80 por 100 de su población activa se dedica a la agricultura. España viene muy cerca, porque el 57 por 100 de su población activa se dedica también a la agricultura. Los países más ricos son: Bélgica, que dedica el 51 por 100 de su población a la industria y el 15 por 100 a la agricultura, e Inglaterra, que dedica el 52 por 100 a la industria y sólo el 7 por 100 a la agricultura.

Por otra parte, la riqueza basada en el clima o en el terreno es muy insegura. España perdió su monopolio de producción de lana; China, su monopolio de té y seda cruda; Brasil, el de la gutapercha; Indostán, el de los tintes; Estados Uni-

dos de América, el de su exportación de carnes y cereales, etc.

Sólo hay una riqueza segura: la basada en el trabajo humano, porque depende de sí mismo.

Podemos decir que hay dos clases de agricultura: la directa o humana, que se dedica a criar vegetales para alimentación del hombre, y la indirecta o ganadera, que se dedica a criar vegetales para la alimentación del ganado de abasto. La agricultura directa, que es la que hay en España, salvo en el Norte, arruina fisiológicamente, económicamente y financieramente al pueblo español y mantiene desorganizada a la nación, porque el país no sirve para dicho negocio.

El español, por pensar agrícolamente, para calentarse y cocinar, no se hizo minero; taló los bosques y quemó los árboles. Hoy el agricultor español importa carbón, semillas y comestibles, y el ganadero español importa piensos y ganado.

El agricultor es el enemigo de sí mismo, porque la agricultura, para producir hoy, arruina mañana. Todo pueblo que quiere vivir únicamente de la agricultura, fracasa.

El secreto del éxito del pueblo anglosajón ha sido el dejar a tiempo la agricultura como medio de vida colectiva y como negocio nacional.

El inventor inglés Stephenson escribió: "El

porvenir de Inglaterra depende de la industria, no de la agricultura."

El más grande hombre que ha producido Inglaterra fué quien dió al pueblo inglés su ideal nacional, su norma laborante, su negocio internacional: "Que Inglaterra sea el taller del mundo y los demás pueblos sus proveedores de materias primas y sus consumidores de manufacturas."

Viviendo de la agricultura, el pueblo español ha llegado al límite de expansión, porque en España se labra ya toda la tierra, productiva e improductiva, y no se la puede hacer rendir más.

Mantenerse únicamente de la agricultura es limitarse en número y debilitarse en fuerza. Mientras sea agricultor, el pueblo español no comerá lo suficiente.

Para progresar, el pueblo español debe ir disminuyendo la agricultura directa (circunscribiéndola a los terrenos fértiles) y aumentar la agricultura ganadera e intensificar el trabajo industrial, ya iniciado.

En treinta años de industria, España produce casi tanto como en cuarenta siglos de agricultura.

d) *Proteger la agricultura española es proteger la industria extranjera*

La agricultura existe en España, porque se la protege oficialmente con aranceles y porque se la exige poca contribución. Algo más de 148 millones de pesetas de contribución rústica y pecuaria para un producto total de 9.200 millones de pesetas; el 1,61 por 100 del rendimiento bruto. Siete millones de pesetas menos que los impuestos de fabricación del alcohol y del azúcar.

Proteger la agricultura en España es mantenerla, lo que significa empobrecer vitalmente la nación al despojarla de su riqueza nacional, y empobrecer financieramente al pueblo al obligarle a importar manufacturas extranjeras.

Vamos a demostrarlo.

La agricultura directa, aquella que se dedica a producir vegetales para alimentar al hombre, es un trabajo ruinoso, porque es un trabajo ilógico.

Para dedicar un terreno a la agricultura es necesario despojarle de su riqueza natural. La tierra, en su primitiva condición, ha estado, en los más de los sitios, cubierta de árboles y de una costra herbácea. Esta hierba ha sido de una u otra clase, según la humedad natural del ambiente; pero siempre ha servido para sostener

la capa de tierra verdaderamente productiva, que, a la larga, desaparece al desaparecer la hierba (lo que se verifica muy rápidamente en terreno montañoso), y además sirve de alimentación a muchas clases de animales, los que, a su vez, juntamente con los frutos de algunos árboles y la miel de las abejas, son el alimento natural del hombre.

El árbol sirve para mantener bueno el clima. En un mal clima, el hombre degenera, se desvitaliza y la población disminuye, hasta desaparecer. Un país o un lugar sin árboles es inhabitable. Es un hecho rígido, fatal; al desaparecer el árbol, desaparece la hierba, y luego el hombre. El árbol es el intermediario entre Dios y el hombre. Es su ángel de la guarda.

Luego la hierba sostiene la tierra productiva y el árbol es lo que protege al hombre.

Pero para hacer apto un terreno al trabajo agrícola es necesario despojarlo de los árboles y de esa costra herbácea, o sea que se le despoja de su riqueza natural. La agricultura directa es un trabajo ilógico, antinatural y antieconómico. La agricultura deshace la obra de Dios; no puede ser buena.

Para hacer agrícola un terreno es necesario que deje de ser ganadero. Para hacer agrícola una nación es necesario disminuir su potencialidad ganadera. La agricultura aumenta a expensas de la ganadería. Lo que una aumenta, la

otra disminuye; pero en este cambio de negocio el pueblo pierde, porque la agricultura es negocio de menor ganancia que la ganadería.

España, que en el año 1865, para una población de 16 millones, tenía más de 37 millones de cabezas de ganado, en el año 1925, para una población de 21 millones no llega a tener 27 millones de cabezas de ganado, que es poco más de la mitad de lo que debería tener para guardar la proporción del año 1865. A cambio, la agricultura ha ganado en ese período de tiempo (entiéndase en superficie); pero como el negocio agrícola es de menos rendimiento que el ganadero, el labrador español está más pobre hoy que en el año 1865.

En España, donde por una absoluta ignorancia de los hechos económicos, toda investigación economista causa una profunda sorpresa, recientemente se ha puesto de manifiesto un hecho insólito para los más; a saber: que una provincia pequeña, como Guipúzcoa, es muchísimo más rica que otra provincia mucho mayor, como Sevilla.

La razón es obvia. Guipúzcoa mantiene una gran parte de sus árboles y de su costra herbácea. Sevilla ha arrasado el árbol y la hierba. Sevilla es esencialmente agrícola, y ha hecho desaparecer la riqueza natural; Guipúzcoa es esencialmente ganadera, y mantiene su riqueza natural. El labrador sevillano vive del producto

agrícola: del trigo y de la aceituna; el ganadero industrial guipuzcoano vive del producto del animal: de la vaca, del cerdo, de la gallina, de la leche, de la mantequilla, etc.

El labrador sevillano, para recoger ciento tiene que gastar noventa; el ganadero guipuzcoano, para recoger ciento sólo tiene que gastar diez. La hierba es el producto agrícola de más rendimiento. La hierba hace rico al ganadero guipuzcoano; el trigo hace pobre al labrador sevillano. La agricultura neta empobrece.

Moisés sacó a su pueblo de Egipto, país únicamente agrícola, y lo llevó a un país *que fluye leche y miel*. La tierra prometida era simplemente en aquel tiempo un país de pastos, arbustos y árboles, de que carecía totalmente Egipto. Moisés, hace treinta siglos, ya supo que era mejor vivir en un país de hierba que en un país de trigo. Pero los españoles de hoy ignoran todavía eso. ¿Para qué sirven las escuelas, los Institutos, las Universidades, si no enseñan a saber vivir a los españoles?

Por tanto, proteger la agricultura como tal es empobrecer al país.

Veamos qué efecto causa la protección a la agricultura como negocio internacional. Esto se hace por medio de los tratados de comercio.

Un tratado de comercio entre España y un país industrial es un permiso que se dan esos dos países, en virtud del que se pueden vender

en el país extranjero productos agrícolas españoles, a cambio de poder vender en España productos industriales extranjeros.

A la mente de cualquiera se presenta el efecto de dichos tratados de comercio; se pueden vender en el extranjero productos agrícolas españoles a cambio de no producir en España las manufacturas que ellos nos quieren vender; si las produjéramos, no las necesitaríamos de fuera.

Un tratado de comercio entre la Argentina, por ejemplo, y un país industrial tiene una cierta base lógica, porque el primer país tiene una producción agrícola que sobrepasa, con mucho, las necesidades de la población, y le conviene vender el sobrante, aunque al recibir a cambio manufacturas de uso final sale perjudicada.

Pero en España ¿qué productos agrícolas sobran que sea para nosotros de relativa ganancia el venderlos, si tenemos que importar todos los años por valor de cerca de 500 millones de pesetas en comestibles?

Luego los tratados de comercio entre España y los países industrialistas no se hacen para que nosotros vendamos naranjas, vinos y aceites, sino para que compremos máquinas, automóviles y otras manufacturas.

Así, pues, en España se favorece oficialmente la agricultura para perjudicar la industria nacional de manufacturación; la manufacturación, que es lo único que da jornales, dividendos e im-

puestos. Y como España no es un país apto para la agricultura, esa protección mantiene una agricultura forzada, mantiene un mal negocio, lo que es otro mal.

Es antieconómico favorecer el trabajo de poco rendimiento y poca ganancia para perjudicar el trabajo de mucho rendimiento y mucha ganancia. Antieconómico e inhumano, porque obliga a que una gran parte de la población se mantenga de jornales agrícolas, siempre mucho más pequeños que los industriales, sin que el costo de vida sea menor para los obreros del campo. Y lo mismo decimos para las ganancias patronales.

Es antinacional favorecer el trabajo que da para comer poco y mal y perjudicar el trabajo que da para comer mucho y bien.

Es antipatriótico favorecer el trabajo que crea pobreza física y psíquica y perjudicar el trabajo que crea riqueza y bienestar.

Y es delictivo obstaculizar y limitar el trabajo industrial del país y no limitar la introducción de manufacturas extranjeras, porque eso acarrea un mayor desnivel comercial, lo que obliga a un más rápido empobrecimiento del pueblo español.

Eso es lo que resulta de la protección oficial de la agricultura como negocio internacional.

En España se gobierna en contra de la economía nacionalista. Así sale ello. Economía nacionalista es la clase de trabajo colectivo, más las

prácticas industriales nacionales, más las prácticas comerciales internacionales, cuyo uso favorecen a un pueblo.

EL ESPAÑOL SE EMPOBRECE POR EL COMERCIO INTERNACIONAL Y POR EL CAPITAL EXTRANJERO

a) *De cómo el comercio internacional enriquece a las naciones industrialistas y empobrece a las agriculturistas*

Los hechos dicen que los habitantes de las regiones industrialistas de un país son más ricos que los habitantes de las regiones agriculturistas del mismo.

Los hechos dicen que los habitantes de las naciones industrialistas son ricos, y los habitantes de los países agriculturistas son pobres. Hay más riqueza en los Estados Unidos de América que en veinte Rusias. Inglaterra tenía antes de la guerra 26.000 millones de duros oro invertidos en negocios en otros países, y ni un solo *penny* del capital en Inglaterra era extranjero. A cambio, España no tiene dinero alguno invertido fuera; pero sí hay 1.000 millones de duros extranjeros invertidos en negocios hispanos.

Los hechos dicen que la población industrial del mundo no llega a 200 millones de personas; del resto, alrededor de 1.250 se dedican a la agricultura. Una población industrial de 200 millones rinde más que una población agrícola de 1.250. O sea que el primer grupo de personas producen manufacturas para la población total del globo; pero se necesita todo el segundo grupo para producir alimentos para el mismo número. Luego el mundo está repartido en 200 millones de personas que comen lo bastante y viven con bienestar, y en 1.250 millones que no comen lo suficiente y viven pobremente.

Ya en el año 1721 el rey Jorge I, al abrir el Parlamento inglés dijo: "Es evidente que nada contribuye tanto a favorecer el bienestar público como la exportación de manufacturas y la importación de materia prima."

Hemos visto que la Humanidad está dividida en dos grandes grupos: el grupo de los industrialistas, el que come 62 kilos de carne por cabeza y año, media de lo consumido por el yanqui (78), el alemán (56) y el inglés (52); el que come las mejores viandas y bebe los mejores vinos; el que viste bien, el que vive bien, el que no pasa hambre nunca, el que sabe que es un buen negocio exportar un kilogramo de manufacturas

y recibir una tonelada de materia prima y comestibles; y el grupo de los agriculturistas, el que se alimenta de arroz o garbanzos o verduras, el que escasamente prueba la carne (los 21 millones de habitantes de España, a 17 kilogramos por cabeza y año, consumen de carne las tres cuartas partes de los siete millones de Londres), el que pasa hambre a veces y nunca come lo bastante, el que viste mal, el que vive mal, el que cree que es lo mismo exportar una tonelada de materia prima y recibir un kilogramo de manufacturas.

El comercio internacional ha dividido a la humanidad en una minoría que está bien y en una mayoría que está mal.

¿Qué hace el comercio internacional para que ocurra eso?

El comercio internacional cambia el día que tarda un carpintero en construir una mesa por los diez años que tarda la Naturaleza en hacer el árbol.

Cambia los cinco metros cuadrados que necesita un hombre para construir una manufactura por las cien hectáreas que necesita otro hombre para cosechar comestibles para ese cambio.

Cambia el trabajo de un obrero industrial por el trabajo de 20 obreros agrícolas.

Cambia un valor forzado de patente, de monopolio, de marca de fábrica u otra cosa cualquiera por un valor natural cien veces mayor.

Cambia un objeto inútil, que halaga la vani-

dad o la fantasía, por un objeto necesario, imprescindible en la vida.

El comercio internacional cambia un kilogramo de traje por 100 kilogramos de lana, un kilogramo de hierro manufacturado por 10 toneladas de mineral, un kilogramo de acero manufacturado por 1.000 toneladas de mineral; cambia una máquina por el producto de 1.000 árboles frutales; cambia la producción anual de un taller por la exportación agrícola de una provincia; cambia la producción de una fábrica de 5.000 obreros por la exportación agrícola de una nación.

En el cambio internacional, comercialmente hay una igualdad; pero económicamente hay una desigualdad. La igualdad en el valor comercial es una desigualdad en el valor económico, siempre que se cambie materia natural por materia manufacturada.

¿Cómo se verifica esta desigualdad?

La valoración de productos está basada en este principio: trabajo absolutamente manual de un hombre igual al trabajo absolutamente manual de otro hombre para la misma unidad de tiempo y la misma velocidad.

Pero como el trabajo hay que hacerlo con herramientas, cambia la relación, porque unas son más eficientes que otras. Sin embargo, vamos a suponer que las herramientas comunes sean igualmente eficaces y, por tanto, la relación sub-

siste usando uno y otro sus respectivas herramientas.

Así, supongamos que un labrador con sus herramientas manuales produce 10 kilogramos diarios de trigo, y un sillero, supongamos, hace dos sillas comunes por día. Se supone que a ambos se les provee de sus respectivas materias primas. Luego tenemos la igualdad básica:

10 kilogramos de trigo = a 2 sillas

Esto quiere decir que en lo que respecta a trabajo se puede cambiar perfectamente 10 kilogramos de trigo por dos sillas.

Antiguamente, cuando los industriales trabajaban sin auxilio de máquinas, y los agricultores sin auxilio de animales, esa relación era justa, y a eso quedaba reducido el comercio: a cambiarse servicios. De aquí que nadie se hiciera rico por el cambio.

Ahora bien; el agricultor aprendió a hacer uso de animales e ideó herramientas a propósito para ellos, con lo que su rendimiento aumentó a 20 kilogramos, supongamos.

Entonces ya no era posible cambiar el producto diario del agricultor por el del industrial, porque el producto del primero era doble que el del segundo, luego era necesario que trabajaran dos silleros por cada agricultor. En la práctica resultaba que, puesto que al agricultor le bastaban 10 kilogramos de trigo para las dos sillas,

aun le quedaban otros 10 para cambiarlos por otras manufacturas. O sea que el agricultor usaba más manufacturas que productos agrícolas el industrial, es decir, que el agricultor estaba mejor que el industrial, lo que así sucedió. A consecuencia de esa desigualdad se creó el comercio, que dejó de ser mero cambio y se convirtió en negocio. Y era el agricultor el que compraba al industrial; el agricultor ponía precio al producto industrial y, desde luego, al suyo; el comercio estaba de su parte.

Pero el industrial también ideó mejores herramientas, aplicó los animales y el agua a la industria; más tarde, el vapor, la electricidad, los motores de explosión, etc., y organizó el trabajo colectivo de modo que aumentó el rendimiento total, lo que no pudo hacer el agrícola.

Así, cien obreros agrícolas sólo pueden producir como ciento; pero cien obreros industriales trabajando organizadamente rinden, supongamos, un 50 por 100 más que sin organizar y haciendo uso de maquinaria aumenta su rendimiento al décuplo de este anterior y tendremos los siguientes hechos:

Cien obreros agrícolas producen 2.000 kilogramos de trigo.

Cien obreros industriales producen 3.000 sillas; por día en ambos casos.

Reduciéndolo a un obrero, tendremos:

Un obrero agrícola produce al día 20 kilogramos de trigo.

Un obrero industrial produce al día 30 sillas.

Vemos que, con relación a la base primitiva de rendimiento manual, el agrícola ha aumentado su rendimiento al doble, pero el industrial lo ha aumentado en quince veces; luego por cada industrial tienen que trabajar siete y medio obreros agrícolas. En la práctica resulta que puesto que al industrial le bastan cuatro sillas para comprar los 20 kilogramos de trigo, aun le quedan 26 sillas más para comprar más comestibles. O sea que el industrial usa más comestibles que manufacturas el agrícola; es decir, que el industrial está mejor que el agrícola, lo que así sucede y comprueba la realidad. Y ahora es el industrial el que compra al agrícola, el comercio está de su parte; es él quien pone precio a sus manufacturas y a los productos del agricultor.

Si pusiéramos un valor monetario a esos productos y suponemos que cada cinco kilogramos de trigo o cada silla valen cinco pesetas, tenemos lo siguiente:

Un obrero agrícola produce al día 20 pesetas.

Un obrero industrial produce al día 150 pesetas.

Como la industria manda, se ponen en el mercado las 150 pesetas en productos manufacturados, para cambiarlas por 150 pesetas de pro-

ductos agrícolas tienen que trabajar siete y medio hombres. (No contamos la depreciación en valor comercial que tienen los productos agrícolas; de hacerlo, se necesitarían más hombres para producir las mismas 150 pesetas.) Ahora bien; si suponemos que la manutención de cada obrero cuesta cinco pesetas y la producción animal de fuerza empleada en los productos agrícolas vale 10 pesetas, tenemos que esos costos suman 47,50 pesetas, quedando para los demás gastos y ganancia 102,50 pesetas en los productos agrícolas.

Si suponemos que la producción mecánica de fuerza empleada en hacer los productos manufacturados es la décima parte de la anterior (en la realidad es mucho menor), tendremos que esos costos suben a seis pesetas, quedando 144 pesetas para los demás gastos y la ganancia en las manufacturas.

Vemos, pues, que al cambiar las 150 pesetas de manufacturas por el mismo valor en comestibles queda más ganancia al industrial que al agricultor. Y, a consecuencia de ganar más, el industrial emplea más dinero en su vivir y vive mejor, como ya vemos, y el agricultor, por ganar menos, emplea menos dinero en su vivir y vive peor, lo que también vemos.

Aunque esas cifras las hemos puesto como ilustración no se crea que su relación es desproporcionada e ilógica. El obrero industrial yanqui

producía el año 1909 por valor de 4.490 dólares; muy por lo bajo, hoy producirá 38.000 pesetas anuales. A cambio, el obrero agrícola español produce 1.900 pesetas anuales. De modo que se necesitan 20 obreros agrícolas españoles para producir tanto como un obrero industrial yanqui. Y los tratados de comercio hispanoyanqui, hispanoinglés, hispanofrancés, etc., están basados en ese hecho que, por lo visto, deben ignorar los organismos gubernamentales españoles.

La ganancia de los países industriales está en el mayor rendimiento del obrero mecánico, debido principalmente a la organización (lo que es imposible en la agricultura), a la utilización de fuerza mecánica que es baratísima en relación a la fuerza humana y animal empleada en la agricultura y al uso de máquinas, automáticas y manuales, que hacen el trabajo de varios hombres.

El trabajo es la aplicación de la fuerza a un fin útil y específico. Labrar es aplicar la fuerza de un hombre con una herramienta para mover la tierra. Arar es aplicar la fuerza de dos animales para levantar la costra de la tierra. Tornear es aplicar la fuerza de varios caballos de vapor para levantar una cinta a una pieza de hierro. Pero mientras en la agricultura el trabajo se hace a fuerza de brazos con un costo enorme, en la industria el costo de la fuerza mecánica es mil veces menor. Y mientras las he-

rramientas empleadas en la agricultura dan un rendimiento de uno, las máquinas herramientas empleadas en las fábricas dan un rendimiento de mil.

El producto "hombre por Naturaleza" es muchísimo menor que el producto "hombre por máquina". La tierra tarda ocho meses en convertir un grano de trigo en veinte granos; pero el hombre industrializado y organizado tarda treinta y seis segundos en hacer un automóvil. Si la agricultura es el milagro de la Naturaleza, la industria es el milagro del hombre.

En síntesis: si un producto agrícola lleva el trabajo de un hombre retardado por el trabajo lento de la Naturaleza durante un año, el producto industrial homólogo en valor comercial requiere un hombre ayudado un día por la velocidad de una máquina; la diferencia de trescientos sesenta y cuatro días va a la ganancia del producto industrial. Y si un producto agrícola se hiciera en un día por 1.000 obreros, el producto industrial homólogo en valor comercial estaría hecho por un hombre ayudado por el trabajo de una máquina, que reemplazaría a esos 999 hombres; esa diferencia va a la ganancia del producto industrial.

La agricultura es la que mantiene a los países industrialistas, y esa máquina, que es más veloz

que la Naturaleza y de más rendimiento que el hombre, es la que los enriquece. Y el comercio internacional, al cambiar los productos manufacturados por otros agrícolas, que para el mismo valor comercial requieren un mayor número de hombres, es lo que hace empobrecer a los países agrícolas.

Para que el comercio internacional fuera justo sería necesario que el cambio se efectuara entre productos que aproximadamente llevaran las mismas unidades de superficie, tiempo, brazos, cerebro y dinero para su produción; pero no ocurre así. Téngase en cuenta que si bien el cambio visible es mercaderías por dinero, el cambio real y último es manufacturas por comestibles y materias primas, o sea materia manufacturada por materia natural.

Hay, además, una multitud de causas que contribuyen a encarecer la producción de comestibles y extracción de materias primas. Inversamente, en la industria cada día disminuye el costo de producción; así, el desequilibrio es cada día mayor. Como la tierra es un producto natural, su productividad disminuye de día en día; como la máquina es un producto humano, su productividad aumenta de día en día.

La experiencia prueba que en toda nación agriculturista para aumentar los ingresos en una proporción aritmética hay que aumentar los gastos en una proporción geométrica, debido a

que la tierra no aumenta en superficie y disminuye en productividad. Inversamente: en toda nación industrialista para aumentar los ingresos en una proporción geométrica basta aumentar los gastos en una proporción aritmética, debido a que el número y la eficacia de las máquinas pueden ser aumentados indefinidamente.

Puede decirse que cuando un país agrícola manda a otro industrial 100 pesetas de producto le quedan 10 pesetas de ganancia; pero cuando un país industrialista manda a otro agrícola 100 pesetas de manufacturas le quedan 90 de ganancia. A consecuencia, la vida en unos es pobre y en otros es rica.

Todo país agrícola debiera saber que el comercio internacional hace empobrecer a esa clase de países en el valor humano, en el valor económico y en el valor financiero. Decididamente, el comercio internacional es un timo.

El comercio internacional ha sacado las cosas fuera de quicio al tratar la agricultura como negocio. La agricultura sirve de alimentación y nada más. La agricultura está cerca de las cocinas, es cosa de mujeres. La industria está junto a las oficinas, es cosa de hombres. Es todo un símbolo.

La actual humanidad vive en un desequilibrio por el comercio internacional. Como en una guerra mundial en la que entraran todas las naciones sin coalicionarse se rompería el comercio in-

ternacional, podría hacerse la siguiente paradójica afirmación: la Humanidad vivirá en un estado absoluto de paz económica cuando todos los hombres estén en guerra. Porque también existe este hecho: la Humanidad vive en un estado de guerra económica cuando los hombres están en paz "bélica".

b) *Ley de Economía: toda nación agricultarista tiene que estar necesariamente en deuda a otra u otras industrialistas y ser su colonia económica y su vasalla financiera*

Si imagináramos un recinto geográfico que tuviera terreno y clima para toda clase de vegetales alimenticios necesarios al hombre, más pastos para la ganadería, con materias primas vegetales y minerales para la industria, y si continuamos suponiendo que el ciudadano es inteligente y trabajador y establece fábricas que abastezcan de manufacturas a sus habitantes, entonces tendríamos una unidad económica independiente y en ella se podrían producir dos hechos:

1.° Supongamos que el hombre se limita a producir solamente los alimentos y manufacturas necesarias para la población, incluyendo el extramargen preciso según el índice de aumento

que hubiera en ella; entonces se establecería un jornal, un sueldo y un dividendo a los que se acomodaría el costo de vida.

En una comunidad así, las existencias y el numerario serían siempre las mismas; siempre habría el mismo dinero y el mismo capital; los ciudadanos no serían ni ricos ni pobres; sólo habría casos de estrechez en aquellos individuos de bajo poder ganador que tuvieran una numerosa familia. Esta comunidad se mantendría siempre en el mismo plano de riqueza; ni aumentaría ni disminuiría; no entrarían y no saldrían manufacturas, ni alimentos, ni materias primas, ni dinero. Sólo al cabo de siglos, cuando se hubieran agotado las existencias mineras y si el hombre no hubiera hallado medio de cambiar sus necesidades ajustándolas al nuevo orden de cosas, cabría el considerar el empobrecimiento de la comunidad.

2.º Supongamos que haya una sobreproducción de manufacturas y alimentos y que esa diferencia fuera exportada; esta comunidad recibiría a cambio dinero internacional (oro), que no podría usar para comprar artículos de otros países porque hemos supuesto que no los necesita. Y ocurriría una cosa: por una parte, se empobrecía económicamente y por otra, se enriquecía financieramente. Por una parte, aumentaba el oro (que para nada le servía, salvo el prestarlo y tener más) y por otra parte, disminuía más rá-

pidamente de lo necesario la riqueza del suelo y subsuelo.

En una comunidad así, al inyectar en su sistema todo el aumento de oro sería necesario para digerirlo aumentar el jornal, el sueldo y el dividendo, pero aumentaría en igual proporción el costo de vida y en esas condiciones la comunidad no se enriquecía ni se empobrecía.

Luego una unidad económica que se provea a sí misma no se enriquece ni se empobrece si suponemos que el costo de producción se mantiene igual. Un individuo se enriquece acumulando dinero de otros; pero una comunidad de ese género se enriquece realmente cuando el costo de producción disminuye, y se empobrece realmente cuando el costo de producción aumenta.

Se habrá comprendido que en ambos casos suponemos que la población sigue el aumento natural, pero sin existir emigración ni inmigración y que el aumento no esté en desproporción a los recursos, porque si llegara a estarlo se rompería el equilibirio.

Para que haya cambio en una comunidad es necesario que se verifique el llamado comercio internacional. Veamos cómo se verifica el mecanismo de éste y los efectos que produce, colocándonos en el caso de una nación que cambia productos agrícolas y del subsuelo por manufacturas.

En general, los más de los países agricultu-

ristas compran un volumen de manufacturas, cuyo importe monetario es superior al de productos agrícolas exportados. Este desequilibrio económico es forzado por los países industrialistas, porque así les conviene. La diferencia del importe es pagada por créditos que los intereses financieros del país industrialista conceden a los intereses financieros del país agriculturista, cobrándose aquéllos en concesiones de obras, en negocios mercantiles y en propiedades. Por eso sucede que los países agriculturistas están mediatizados, intervenidos, económica, financiera y políticamente, por los países industrialistas.

Pero aunque sucediera que las exportaciones agrícolas saldaran las importaciones manufacturadas, el desequilibrio económico y financiero existe, por lo que explicamos en el artículo anterior.

Los saldos del comercio internacional por volumen de ventas no significan nada. Lo que significa es la ganancia que dejan los productos que se cambian.

Si suponemos que el comercio español tuviera un volumen anual de 4.000 millones de pesetas, a partes iguales, tendríamos que los 2.000 millones que se exportaran en productos agrícolas y mineros dejarían una ganancia de 100 millones, mientras que los 2.000 millones que se importaran en productos manufacturados darían una ganancia de 800 millones; luego al hacer el

cambio el pueblo español perdería anualmente 700 millones de pesetas. Y esto es absolutamente real.

Este efecto del comercio internacional puede fácilmente comprobarse en el propio país y en cualquier ciudad. Basta para ello comparar dos comercios que tengan aproximadamente el mismo volumen de ventas, pero cuya ganancia media sea distinta. El dueño del comercio que deje más ganancia se hace rico antes que el dueño del comercio de poca ganancia, tal vez éste no llegará a serlo nunca.

Precisamente esto ocurre entre españoles. Los españoles que se enriquecen en Hispamérica lo hacen por medio del comercio, medio de vida que también existe en España. Pero el comercio de allí deja mucha ganancia, mientras que el de aquí deja muy poca; como consecuencia, el comerciante español de Hispamérica se hace rico, mientras que el de España no sale de su medianía.

Veamos qué efecto produce en el país agriculturista el perder cada año muchos millones por el comercio internacional. Y para mayor facilidad reduzcámoslo a una comunidad cuya existencia en dinero sea un millón de duros repartidos en 500.000 para jornales, 300.000 para sueldos y 200.000 para dividendos. Si existe el desbalance comercial en contra, tendrá que salir dinero; así, supongamos que el primer año sa-

len 100.000 duros; el patrimonio colectivo habrá disminuído en esa cantidad y se verificarán varios fenómenos.

Como los que se quedan sin ese dinero son hombres y no cosas, lo primero que ocurre es una lucha, sea de una forma u otra, para no quedarse nadie sin su parte, echando al otro la carga. Y a consecuencia de ello se establecen solidaridades bastardas de intereses, se desorganiza la sociedad y se malea el individuo y la colectividad. (Nótese que los peores países, los más pobres, los más desorganizados, los peor gobernados, los más revueltos, los más anárquicos son aquellos en los que se verifica año tras año el déficit comercial.)

Aunque no existe el deseo de aceptar de buen grado la disminución, la realidad la impone. El jornal de dos duros, supongamos, disminuye a nueve pesetas; bajan los sueldos de sesenta a cincuenta duros, y los dividendos del 10 al 9 por 100; y a consecuencia de ello sucede que todo el mundo come menos, viste menos y gasta menos porque tiene un ingreso menor. Por no desviarnos de la cuestión no explicamos que el costo de vida, en lugar de disminuir proporcionalmente, aumenta lo que debía disminuir, lo que hace precipitar la catástrofe. O sea que el costo de vida y el ingreso familiar en países de este género están en razón inversa. En todo país agriculturista que importa más manu-

facturas de las que debe en relación a su producción agrícola se verifica una sobrevaloración de los artículos de consumo y uso, lo que significa una elevación del costo de vida.

Al siguiente año se verifica el mismo fenómeno. Y así irá ocurriendo sucesivamente hasta que sólo queden 100.000 duros del patrimonio colectivo, lo que significa que el mismo número de habitantes tendría que vivir con un capital diez veces menor que el primitivo. Los jornales se pondrían a real, los sueldos a duro y los dividendos al 1 por 1.000. La vida sería miserabilísima (la que ha habido en España, salvo épocas fugaces de mejoría). La lucha entre los individuos llegaría al paroxismo.

Y al siguiente año habría que mandar al extranjero los últimos 100.000 duros y en el país no quedaría nada. Claro es que no sucedería con esa rigidez porque la población iría disminuyendo en número, y al ser más pobre disminuiría también su compra de manufacturas.

Pero teóricamente se tiene que verificar que un pueblo que importe manufacturas pagándolas con materias primas y comestibles tiene que arruinarse y quedarse sin patrimonio colectivo, sin dinero alguno, por lo que explicamos en el artículo anterior. La ruina de todo país agriculturista que no fabrique sus manufacturas es fatal, debido al hecho de que el rendimiento de

la tierra va en disminución, al paso que el rendimiento de la máquina va en aumento.

Pero se dirá que no ocurre así. Efectivamente, ¿pierde algo un país en que otro le provea de materias primas industriales y alimentos y de que le compre sus manufacturas? Nada, ciertamente. Perdería si el agrícola cambiara de oficio y se convirtiera en industrial. Por eso los países industrialistas hacen un doble trabajo con relación a los países agriculturistas: les ayudan a sostenerse para que les provean de materias primas y consuman sus manufacturas, pero impiden que se industrialicen. Puesto de otra manera: les hacen ponerse enfermos, los sostienen para que no se mueran, pero impiden que sanen.

Así es que podemos establecer esta doble ley de Economía: en el régimen del comercio internacional todo pueblo agriculturista tiene que desaparecer; para que no suceda así, un país industrialista lo hace su colonia económica y su vasallo financiero. Si el país agriculturista desapareciera, el país industrialista tendría que convertirse en agrícola.

Esto se verifica de varias maneras.

Al no tener el país agrícola bastante dinero para pagar las manufacturas importadas, puesto que llega un tiempo en el que el número de individuos dedicados al negocio agrícola no produce bastante para su alimentación más la sobreproducción necesaria para la exportación, tie-

ne dicho país agrícola que recibir de una forma u otra dinero prestado por el país industrialista.

Y basado en que los productos agrícolas no dan el margen de ganancia que las manufacturas, también sucede que un país de esa clase no tiene dinero para construir lo más necesario en vías de comunicación, puertos, etc., y también recibe dinero del país industrial para hacerlos, porque más se beneficia el país que da que el que recibe.

Como la agricultura resiste muy poco gravamen, nunca ocurre que en un país agrícola obtenga el Gobierno bastante dinero de la contribución, así es que necesita hacer empréstitos fuera (por no haber bastante dinero dentro), siendo esos empréstitos cubiertos por países industriales, que son los únicos que se benefician, puesto que el dinero se emplea en artículos hechos por ellos.

Además, si el país agrícola tiene minas también será el industrial el que las explote. Y como también le convendrá tener varios negocios fabriles, bancarios, de seguros y comerciales en el país agriculturista, para impedir que éste se desarrolle, y para empobrecerlo, los establecerá y así aumentará la relación de dependencia. El objeto de todos esos negocios es establecer una fuente regular de compra de manufacturas y como consecuencia un envío regular de dinero al país de origen.

Luego necesariamente ha de ocurrir que un país agriculturista llegará a ser, económica, financiera, fabril y comercialmente, desde dentro y desde fuera, colonia de uno o más países industrialistas.

Tan cierto es esto, que aun países ricos agrícolamente, como Rusia, Argentina y Cuba, son colonias económicas, ¿qué será entonces un país pobrísimo, como España?

c) *Los tratados de comercio entre las colonias económicas agriculturistas y los países industrialistas no son justos*

Todos los tratados de comercio que se hacen entre los países agriculturistas y los industrialistas son contrarios a la lógica, al derecho, a la humanidad y al patriotismo, porque la igualdad comercial en que se basan es una desigualdad económica y una mayor desigualdad humana.

Son tratados entre la riqueza y la pobreza. Son tratados entre el producto consciente del hombre industrial y el inconsciente del hombre agrícola. Son tratados entre el hombre que produce al año por valor de más de 5.000 dólares y el hombre que a duras penas puede producir 1.900 pesetas. Son tratados entre el hombre que trabaja ocho horas diarias y el hombre que trabaja doce horas y aun no gana para comer. Son

tratados entre un valor comercial que lo hace un hombre y otro valor comercial para el que se requieren 20 hombres. Son tratados entre el hombre que puede aumentar indefinidamente su rendimiento y producción y el hombre que no los puede aumentar. Son tratados entre el valor artificial de una marca de fábrica sabiamente propagandizada y el valor real del trabajo rudo de un hombre. Son tratados entre un producto en el que el hombre puede poner toda su inteligencia y toda su imaginación y otro producto en el que el hombre sólo puede poner su sudor y su sangre. Son tratados entre lo más fuerte y lo más valioso del hombre y lo menos fuerte y lo menos valioso del hombre.

Esos tratados de comercio rebajan al hombre de las colonias económicas a la categoría de esclavo, de paria.

Un tribunal de juristas economistas, basándose en el derecho nacionalista, los consideraría ilegales y delictivos, porque una Constitución nacionalista consideraría lógico y aceptable comprar y usar materias primas que no produzca el país, porque eso depende de la Naturaleza, pero consideraría ilegal comprar y usar manufacturas extranjeras, porque toda clase de manufacturas pueden ser hechas en el país. Y los consideraría delictivos, puesto que, al permitir vender manufacturas extranjeras, quita trabajo en el país, como comprueba la realidad.

España tiene naranjas, cebollas, vinos, aceite, uvas y corcho que exportar en una cantidad enorme: 160 millones de duros, que es menos del valor de la producción de muchas fábricas extranjeras (hay Empresas industriales que venden anualmente por valor superior a 1.000 millones de duros). Pues bien, a cambio de tomarla esas naranjas, esas uvas, esas cebollas, ese vino, ese aceite y ese corcho, la obligan a firmar unos papeles en virtud de los que la venden anualmente por valor de 300 millones de duros, y no la venden más porque no puede pagar más.

A eso llaman los Gobiernos tratados de comercio.

La razón de hacer tratados de comercio con todas las naciones es para conseguir, a lo menos, que se neutralicen en valor monetario todas las importaciones con todas las exportaciones. Cuando se paga anualmente más de 100 millones de duros, porque las importaciones (visibles e invisibles) valen todo eso más que las exportaciones, es que los tratados no sirven para nada bueno a los españoles.

En España ha habido ya toda clase de políticas; pero sólo una clase de norma económica: la antinacional. Todos los Gobiernos españoles (los malos y los buenos) para hacer tratados de comercio parten del dogma de que es necesario

vender esas naranjas, ese vino, ese aceite, ese corcho. ¿Por qué? ¿Por qué se ha de mantener ese dogma economista, que es lo que más perjudica al pueblo español?

Es necesario advertir que esos productos no nos sobran, sino que nosotros nos privamos de comerlos, y que se nos obliga a exportarlos para que haciéndonos el inmenso favor (sic) de comprarlos, basar en esa compra tratados de comercio que nos perjudican enormemente.

Bastaría de nuestra parte que no se creyera y no se practicara ese dogma, esa herejía economista, para que los tratados de comercio entre España y varios países industriales fueran naturales, no forzados como son ahora.

Esos tratados de comercio son los que impiden que el pueblo español se industrialice por completo. Son los que obligan a la poca industria que hay en España a estar en perpetua crisis de rendimiento (el obrero, al ver que hay poco trabajo, procura que la labor dure el máximo tiempo posible), y en perpetua crisis de alto costo de producción (lógica consecuencia de un bajo rendimiento), y en perpetua crisis de ganancia (ni el patrono ni el obrero ganan lo debido), y en perpetua crisis de trabajo (no hay trabajo todos los días para todos los obreros), y en perpetua crisis comercial (no hay nunca el debido volumen de ventas), y en perpetuo desequilibrio financiero (el dinero no está en los sitios debidos

ni en las cantidades debidas). Son los que causan el desbarajuste y el malestar social.

Cada vez que se hace un tratado de comercio entre España y un país industrialista se comete un acto delictivo, porque se obliga al pueblo español a perder siempre.

El comercio internacional es un cambio doble: se da un producto y se recibe otro. Si, a cambio del producto que se vende, se recibiera dinero, podría emplearse éste en el mejor mercado; pero no es así. A cambio del producto que se da hay que aceptar otro, sin excusa.

Luego para saber si hay equidad y justicia en el cambio es necesario fijarse en el producto que se recibe. Si para el mismo valor comercial tuvieran aproximadamente ambos productos —el que se da y el que se recibe— el mismo costo de producción y la misma ganancia, el cambio sería justo porque ambas transacciones se neutralizarían. Pero sabemos que el producto industrial deja muchísima mayor ganancia que el producto agrícola en general, luego el cambio no es equitativo, y, por ende, injusto.

Veamos aritméticamente cómo trabaja el comercio internacional en este caso.

Supongamos que se trate del cambio de un producto agrícola español valorado en 100 pe-

setas, cuyos gastos de producción son 90 pesetas y cuya ganancia son 10 pesetas, por otro industrial extranjero, cuyos gastos de producción son 30 pesetas y 70 pesetas de ganancia, cantidades que están muy dentro de la realidad.

Véamoslo por el lado de las ganancias.

Al hacerse el cambio, el agricultor español gana sus 10 pesetas y no gana las 70 pesetas del industrial extranjero; luego pierde 60 pesetas. El industrial extranjero gana sus 70 pesetas y no gana las 10 pesetas de ganancia del español; luego su ganancia definitiva son 60 pesetas: la pérdida del español.

Veámoslo por el lado de los costos de producción.

Entonces tendríamos que el español cambia un producto agrícola que cuesta producirlo 90 pesetas por otro industrial extranjero que sólo cuesta producirlo 30 pesetas; luego pierde 60 pesetas. El industrial extranjero cambia un producto manufacturado, cuyo costo de producción es 30 pesetas, por otro agrícola español, cuyo costo de producción es 90 pesetas; luego gana 60 pesetas; la misma cantidad que anteriormente.

Luego en España ocurren dos hechos: por una parte, los tratados de comercio están tan mal hechos que no se verifica la neutralización en valor monetario de las importaciones con las exportaciones; el saldo es siempre en contra. Y

por otra parte, la ganancia de los productos agrícolas exportados es mucho menor que la ganancia de las manufacturas importadas. Luego el pueblo español pierde de dos maneras.

d) *De cómo el capital extranjero enriquece a la colonia económica porque la desarrolla físicamente, pero empobrece al pueblo porque le hace exportar dinero*

A consecuencia de que el negocio agrícola no ha dejado en España remanente para crear capital, el desarrollo industrial ha sido necesario hacerlo con capital extranjero.

Lo contrario ha ocurrido en los Estados Unidos de América, que por ser un país excelente para la agricultura, el negocio agrícola ha creado el capital necesario para desarrollar la industria, no necesitando para ello recurrir al extranjero, siendo ésta la causa del rapidísimo desarrollo, único en el mundo, de dicho país. Allí, cada dólar que ha gastado el consumidor, el que ha gastado el industrial y el que ha gastado el Gobierno en sus necesidades han quedado en el país. Así se desarrollan los países.

Si el español hubiera sabido Economía se habría dedicado colectivamente a la industria para con las ganancias crear el capital necesario para desarrollar la agricultura en España, en la que

hay que gastar muchos millones para ponerla en condiciones de rendir algo, si bien siempre lo hará a un costo enorme. El pueblo español ha seguido el camino inverso del lógico para ganarse la vida: quiere ir de la agricultura a la industria, lo que en España es bastante difícil.

A consecuencia, repetimos, de que el negocio agrícola no ha dejado capital para desarrollar la industria, tiene el pueblo que aceptar que el capital extranjero lo haga, como igualmente los servicios de transportación y otros.

Y aquí está la paradoja de por qué el pueblo español es cada día más pobre, tiene menos dinero y debe más cuanto más se desarrolla su país. La causa es el capital extranjero.

Es indudable que el capital extranjero desarrolla el país. Casi todos los ferrocarriles, casi todos los tranvías, casi todas las fábricas de electricidad y gas, los servicios de aguas de muchas poblaciones y un buen número de las fábricas que hay en España son debidos a la iniciativa extranjera. Todo eso es verdad; pero no es menos cierto que el pueblo español es más pobre hoy con todas esas mejoras, con todo ese desarrollo en el país que cuando carecía de él. Todas esas sanguijuelas economistas sirven para enriquecer al extranjero y empobrecer al español.

Veamos por qué es así.

Supongamos que en un país industrial se cons-

tituye una empresa al objeto de construir un ferrocarril en una colonia económica. Y admitiremos dos casos: que la colonia no ponga ningún dinero en la empresa o que lo haga.

Primer caso. Supongamos que el capital de acciones son 100 millones de pesetas y que el de obligaciones son 400 millones, nominales en ambos. Lo efectivamente desembolsado será el 90 por 100 del capital de obligaciones y un 10 por 100 del capital de acciones, o sea un total efectivo de 370 millones de pesetas.

Como la empresa se forma para favorecer los negocios industriales del país invertidor, se queda en dicho país el 65 por 100 de esa cantidad para pago de manufacturas y otros servicios; el resto se invierte en la colonia económica para jornales y pago de materiales bastos. Tenemos, por tanto, que el país colonia recibe en dinero 129.500.000 pesetas.

Veamos cuánto recibe de las manufacturas. De ese 65 por 100, o sea de 240.500.000 pesetas, recibe neto la diferencia entre esa cantidad y la suma de la ganancia patronal y los impuestos gubernamentales que, a lo menos, subirán al 20 por 100. O sea que recibe sólo por valor de 192.400.000 pesetas que, sumadas a las anteriores, dan un total de 321.900.000 pesetas; digamos: 322 millones.

Comienza la operación del negocio y supondremos que dé un 6 por 100 a las obligaciones

y acciones sobre el capital nominal, lo que suponen 30 millones de pesetas anuales.

Mientras dure el negocio, el país colonia envía anualmente como mínimo 30 millones de pesetas al país invertidor, además de lo que se envíe para pago de manufacturas. Dicho de otra manera: cada año ese negocio hace empobrecer a los habitantes del país colonia en 30 millones, y el mismo negocio hace enriquecer a los habitantes del país invertidor en 30 millones.

Si algún día el país colonia quiere comprar el negocio, tiene que pagar a lo menos 500 millones, cuando sólo ha recibido por valor de 322 millollones, amén de lo que desembolse por intereses.

Si suponemos que la compra la hace de una vez al cabo de diez años de explotación, el país colonia tiene que desembolsar alrededor de 800 millones (500 millones de compra y 300 millones de interés al capital en esos diez años).

Esto quiere decir que mientras el valor físico del país colonia ha aumentado en esos diez años en 322 millones, el pueblo se ha empobrecido en 800 millones.

Si el negocio fuera comprado a los veinte años de explotación, el país colonia pagaría alrededor de 1.000 millones. En esas condiciones, mientras el valor físico del país aumenta en 322 millones, el pueblo pierde 1.000 millones.

Lo anterior pasa en España; por eso el progreso es tan caro, tan lento y tan ficticio.

Nótese, además, que los 240.500.000 pesetas gastadas en manufacturas en el país industrialista han servido para hacer trabajar muchas fábricas y mantener muchos obreros, muchos ingenieros y muchos patronos; jornales y dividendos que, a su vez, sirven para mantener otros obreros y patronos y dar otros jornales y otros dividendos indefinidamente.

Segundo caso. Supongamos que el país colonia tiene dinero para invertir en el negocio, pero los habitantes carecen de las cualidades morales e intelectuales y del patriotismo necesarios para esta clase de trabajos.

Entonces el país colonia proveerá el capital de obligaciones y el país promotor del negocio, el capital de acciones. O de no haber capital de obligaciones, las acciones preferentes el primero y el capital de las comunes el segundo.

Si suponemos, y es mucho suponer, que el país promotor desembolsa el 10 por 100 del capital nominal, éste sólo pondrá para el negocio 10 millones de pesetas. Si obtiene el 5 por 100 de dividendo sobre el capital nominal tendrá un ingreso anual de cinco millones de pesetas, lo que será el 50 por 100 de interés real, que es muy común.

Como las manufacturas, o sea los carriles, las locomotoras, los vagones y demás útiles se pagan con el dinero de las obligaciones, los industriales extranjeros que las provean ganarán de

una vez el 20 por 100 sobre un gasto de pesetas 240.500.000. A su vez, los obreros e ingenieros ganarán sus jornales y sueldos.

Por tanto, si el país colonia compra el negocio a los diez años tendrá que pagar a lo menos el valor nominal del capital de acciones (en una ciudad española se han pagado 3.000 pesetas por acciones tranviarias de 500 francos de valor nominal), que, unidas a los 50 millones desembolsados por dividendos, hacen un total de 150 millones de pesetas por sólo 10 millones desembolsados por el país promotor. Si la compra fuera hecha a los veinte años la pérdida mínima sería de 200 millones.

Y tanto en uno y otro caso hay que contar la pérdida monetaria del valor de las manufacturas hechas en el país promotor.

O sea que también en este segundo caso, mientras el valor físico del país colonia aumentaba en una cantidad, los habitantes del mismo perdían una cantidad muchísimo mayor.

Para que no se empobrezcan los habitantes de un país es necesario que paguen el progreso con su propio dinero, empleado en manufacturas hechas en el propio país por capital nacional controlado por nacionales bajo las leyes del país. De lo contrario, el progreso es ficticio.

Si en los países que emplean su propio dinero para progresar gastándolo en sus propias manufacturas, el progreso cuesta por una unidad imaginaria 100 pesetas, supongamos, en los países que emplean dinero de otro o su dinero gastado en manufacturas hechas en otro país cuesta 100.000 pesetas por la misma unidad. Por eso ocurre el hecho de que cuanto más progresa una colonia económica tanto más se empobrece el pueblo de dicha colonia, porque el Haber económico del país aumenta según una progresión aritmética; pero el Debe financiero del pueblo aumenta según una progresión geométrica.

Es mala norma comprar los negocios establecidos por el extranjero, porque éste se reserva el control financiero de las empresas. En la actualidad, en virtud de las distintas clases de sociedades anónimas que existen, no importa de quién es el dinero, sino quién lo controla, porque las grandes ganancias van a parar al controlador. Lo de menos es de quién es el capital; lo de más es a quién va a parar el dividendo.

Y por eso ocurre una paradoja en los países colonias: el capital extranjero empobrece a los ciudadanos del país colonia; inversamente, el dinero del país colonia enriquece a los ciudadanos del país amo.

Cuanto más se independiza económicamente una colonia de un país amo tanto más se mediatiza financieramente.

Los españoles han creído en dos mitos: el de que la política nacional regenera y el de que el capital extranjero desarrolla. Así está España por uno y otro.

e) *Instalar una fábrica con maquinaria extranjera es reducir la futura ganancia*

Llama la atención de muchos fabricantes de artículos de uso final y personal la pequeñísima ganancia que obtienen de sus negocios, a pesar de tener un arancel que les permite vender a su precio. Esto es debido a una multitud de razones, que probablemente serán conocidas de todos los fabricantes; pero una de ellas, importantísima, habrá pasado desapercibida para la mayoría; nos referimos a la maquinaria extranjera.

En España, la industrialización ha empezado por donde debía terminar. Cuando a algún español se le ocurre instalar una fábrica o un ferrocarril o un tranvía, lo primero que hace es comprar la maquinaria y los demás útiles en el extranjero, por la suma de ventajas (sic) que esto supone, según dice él. Se lo justifica diciéndose que no las hay en España, o que tiene que mandarlas construir y pierde tiempo, o que son más caras, o peores, o cualquier otra causa.

Si supiera economía industrial, sabría que

usando maquinaria nacional, a la larga ganaría más que usando maquinaria extranjera, aun en las condiciones más desfavorables.

Vamos a demostrarlo.

Empecemos por considerar dos comunidades de igual población, de igual capital y del mismo gasto diario. Supondremos que el capital para ambas es de 10 millones de pesetas, y que el gasto o consumo diario para artículos comerciales es el 10 por 100 del capital. Llamaremos a esas dos comunidades: Madrid y Barcelona, nombres imaginarios.

En Madrid se instala una fábrica cuyo gasto total en maquinaria y otros útiles extranjeros es de un millón de pesetas. En Barcelona se instala la misma fábrica, cuyo costo, por ser empleados útiles hechos en la propia ciudad y pagar el proyecto, estudios, ensayos, etc., es el doble que lo gastado en Madrid.

De momento el negocio de Madrid estará en mejores condiciones, porque el capital gastado es la mitad que el de Barcelona. Empieza la operación del negocio, y veamos cómo han quedado las comunidades.

En Madrid han quedado nueve millones de capital, por haber enviado un millón al extranjero y, por tanto, el gasto diario ha quedado reducido a 900.000 pesetas. En Barcelona han quedado los 10 millones de capital, porque los dos millones que ha costado la fábrica han sido emplea-

dos en útiles barceloneses, o sea que están en los bolsillos de obreros, empleados, comerciantes y fabricantes barceloneses, que lo gastarán en su propia ciudad. (Hablamos hipotéticamente porque la realidad es muy otra.) A consecuencia, el gasto diario de esa comunidad continúa siendo un millón de pesetas.

Supongamos que de la cantidad que gastan diariamente ambas comunidades la décima parte se emplea en artículos de esas fábricas. Tendremos que diariamente ingresarán en la fábrica de Madrid 90.000 pesetas y 100.000 en la de Barcelona. Durante algunos años estará mejor el negocio de Madrid; pero a partir de uno estará mejor el de Barcelona, y al final éste ganará más que aquél.

Si las fábricas costasen cuatro y ocho millones, respectivamente, el ingreso diario para la de Madrid sería de 60.000 pesetas y 100.000 para la de Barcelona, y entonces el negocio de esta ciudad tardaría en ponerse en mejores condiciones que el de Madrid mucho menos tiempo que en el caso anterior.

Pues bien; ahora nos podemos dar cuenta de lo que pasa en España. La instalación de las fábricas, ferrocarriles, tranvías, etc., de España habrá costado, a lo menos, 20.000 millones de pesetas en maquinaria y demás útiles, cantidad que ha sido enviada al extranjero. Esto quiere decir que el capital del pueblo ha disminuído en

esa cantidad y, por tanto, habrá disminuído acordemente el gasto diario que la masa consumidora española hace. Actualmente, el pueblo español gasta diariamente cuatro millones de pesetas en manufacturas extranjeras, todo eso recibe de menos la industria nacional.

Por eso en las colonias económicas se verifica una paradoja más. Los mismos hombres que quieren enriquecerla, la empobrecen.

Cuanto más dinero hay en una comunidad, tanto más gastará la masa consumidora y tanto más ganarán los industriales. Recíprocamente: cuanto menos dinero hay en un país tanto menos ganan los industriales.

Los negocios españoles rinden muy poco, porque, a parte de otras razones, sus productos son comprados por un público que cada día disminuye su capacidad consumidora. Su futuro es pesimista, si no se deja de gastar dinero en el extranjero.

La ganancia futura y posible de un industrial debe ser estimada no sólo en relación al capital desembolsado en la instalación, sino también en relación al capital que gaste diariamente el público consumidor en ese artículo. La ganancia total es función de dos factores: uno que está en la fábrica y otro que está en la calle; el primero es el costo por unidad, el segundo es el volumen de ventas. Por tanto, no debe ser el propio industrial quien exporte dinero.

Entre los fabricantes de un país debe haber una estrecha solidaridad mercantil. Unos a otros se debieran comprar sus manufacturas, y ni una sola peseta de ellos debiera salir al extranjero. Pero en España esa solidaridad mercantil no existe por la insolidaridad racial que tienen como españoles.

Los patronos españoles deben saber que si bien la vida fisiológica del hombre es fatalmente individualista, egoísta, personal, porque cada hombre respira y digiere para sí, la vida económica tiene que ser eminentemente cooperatista para poder existir.

Así como un hombre puede vivir fisiológicamente sin que vivan los demás (puesto que para nada los necesita en sus funciones fisiológicas), un hombre no tiene vida económica y no puede ganar dinero, sin que vivan y ganen los demás. El dinero es un producto social. Y tanto mejor vivirá él cuanto mejor vivan los demás.

Industrializar un país instalando fábricas con maquinaria extranjera no es progresar, no es enriquecerse, sino empobrecerse.

EL ESPAÑOL DEBE APRENDER A SER PRODUCTOR INDUSTRIAL Y CONSUMIDOR NACIONAL

a) *El arte de saber gastar dinero*

A Juan Español

Vivir es consumir y producir. Consumir es gastar dinero; producir es ganarlo.

La vida de todo hombre se compone de dos ocupaciones principales, que son igualmente importantes, que están relacionadas entre sí y que le hacen adquirir su completa personalidad: la ocupación de ganar dinero y la ocupación de gastar dinero.

Hombre normal es aquel que gana dinero y lo gasta. Hombre anormal es aquel que gasta un dinero que no gana o aquel que, ganándolo, gasta más o menos de lo debido. En la actual sociedad, todo hombre debe ganar *su* dinero y gastarlo en la proporción debida. Hombre eficiente es aquel que sabe ganar dinero y sabe gastarlo.

La vida de un pueblo está perfectamente balanceada cuando la ocupación de gastar dinero obliga a la ocupación de ganar dinero. Cuando el dinero gastado hoy no sirve para dar trabajo

mañana, la vida de un pueblo está desquiciada, desbalanceada, anormalizada e insegura.

Cuando un pueblo no sabe gastar su dinero de modo que le proporcione trabajo, es que no sabe vivir. El pueblo español no sabe vivir, no sabe progresar, porque se construye y se destruye económicamente a sí mismo todos los días. Emplear dinero en manufacturas extranjeras es destruirse.

El modo más eficaz de ganar dinero será aquel que para el mismo número de horas de trabajo te dé más de ganancia. Una hora de trabajo agrícola te produce una peseta; pero una hora de trabajo industrial te produciría 10 duros. Elige, pues, el trabajo industrial.

La razón de por qué se hace más o menos dinero en los negocios es muy sencilla. Unos negocios tienen el precio de venta muy distante del costo de producción; otros lo tienen más cerca; otros casi junto, y en otros el costo de producción es mayor que el precio de venta.

En el negocio industrial, el precio de venta es bastante mayor que el costo de producción. La distancia, entre otras razones, está en razón directa de la novedad. El público de cada momento ignora lo que cuesta producir las nuevas manufacturas, y paga lo que le piden. Por eso las fortunas mayores y más rápidamente hechas en la actualidad han sido *producidas* por la gasolina y el automóvil.

En el negocio agrícola, el precio de venta está casi pegado al costo de producción, y en muchos casos éste es mayor que aquél.

El modo más conveniente de gastar tu dinero es el modo que no te perjudique. Y el modo más inteligente será aquel que directamente te obligue a trabajar para ganar otra vez dinero.

Ahora bien, amigo español: tú acostumbras a ganar tu dinero trabajando una tierra que da muy poco rendimiento, por lo que ganas muy poco y vives muy mal. ¿Por qué haces eso? ¿Por qué te obstinas en una clase de trabajo de tan poco rendimiento, que no puedes comer lo debido?

Y acostumbras a gastar tu dinero en manufacturas extranjeras. Si gastas tu dinero en manufacturas extranjeras, ¿cómo te vas a obligar a tener fábricas, a tener trabajo remunerador? ¿Cómo te vas a dar trabajo para ganar otra vez dinero?

Cuando gastas tu dinero en una manufactura extranjera das trabajo a un extranjero y te lo quitas a ti; pero si gastas tu dinero en una manufactura nacional, te das trabajo a ti y se lo quitas al extranjero. ¿No lo entiendes?

Amigo español: no te dejes engañar; deja el arado y no gastes tu dinero en manufacturas extranjeras.

Si quieres vivir bien, practica estas leyes de economía nacionalista:

Trabaja en la industria preferentemente.

Compra manufacturas nacionales únicamente.

Gasta tu dinero en proporcionarte trabajo, no en quitártelo.

Para ganar dinero con abundancia hay que gastarlo ÚNICAMENTE en manufacturas nacionales, aquellas que haces tú.

Haciendo una cosa tan sencilla como es ésa resolverás *tu* problema: disminuirás el costo de vida, aumentarás tu ingreso y te proporcionarás trabajo.

Y ahora te voy a demostrar con números que trabajando industrialmente y comprando únicamente manufacturas nacionales, no pierdes dinero, y si no trabajas industrialmente y, por consecuencia, compras manufacturas extranjeras, te empobreces. (Y si quieres enriquecerte tienes que producir manufacturas y cambiarlas por materias primas y comestibles.)

Vamos a reducir todo el pueblo español a cinco amigos que se llaman A, B, C, D, E. Cada uno tiene todos los elementos necesarios para producir una manufactura y, además, un capital de 10 pesetas. Suponemos que el precio de venta de cada unidad de producto son 10 pesetas también.

Desde luego, cada uno se vende a sí mismo

una unidad de su manufactura y, por tanto, su capital no varía; pero para proveerse totalmente de todos los artículos se venden unos a otros y tendremos:

A	compra a	B.	B	aumenta a	20	pts.	A	se queda sin	ninguna.		
B	—	C.	C	—	20	—	B	salda con	10	pts.	
C	—	D.	D	—	20	—	C	—	10	—	
D	—	E.	E	—	20	—	D	—	10	—	
E	—	A.	A	salda con	10	—	E	—	10	—	

Luego después de estas transacciones, cada uno tiene dos artículos distintos, y a cada uno le quedan sus 10 pesetas.

Se repiten de otra forma las transacciones, y al final cada uno tiene los cinco artículos manufacturados y a cada uno le quedan sus 10 pesetas.

Si suponemos que todos cambian de manufacturación y se verifican las mismas transacciones, tendremos que cada uno tendrá diez artículos distintos y sus 10 pesetas, lo que es poco menos que milagroso.

Y así podríamos continuar indefinidamente.

Mientras esos hombres trabajen y convengan en comprarse sus manufacturas, cada uno de ellos las podrá adquirir todas y conservará sus 10 pesetas.

Luego podemos decir que mientras un pueblo trabaje industrialmente y se compre a sí mismo sus manufacturas, cualquiera que sea el precio que tengan en relación a las extranjeras, las produce, las adquiere y conserva su dinero.

Veamos el reverso de la medalla:

Suponemos que esos amigos no son industriales, por no querer serlo, debido a que las manufacturas extranjeras ofrecidas en España son a mitad de precio que las hechas aquí. Llamemos X al extranjero vendedor y tendremos:

A	compra a	X.	A	se queda sin dinero.	X	adquiere	10	pts.
B	—	X.	B	—	X	aumenta a	20	—
C	—	X.	C	—	X	—	30	—
D	—	X.	D	—	X	—	40	—
E	—	X.	E	—	X	—	50	—

Luego comprando dos manufacturas extranjeras a mitad de precio de las nacionales, esos amigos se han quedado sin dinero. A cambio, el extranjero tiene 50 pesetas, el capital de los cinco.

¿Y con qué compran las demás manufacturas?

Pues eso le pasa al pueblo español al gastar su dinero en manufacturas extranjeras: compra pocas y se queda sin dinero. Si lo empleara en comprar manufacturas nacionales, que él fabricara, las adquiriría todas y conservaría su dinero. Podíamos decir que las manufacturas nacionales no cuestan dinero, pero cuestan trabajo, al paso que las manufacturas extranjeras no cuestan trabajo, pero cuestan dinero.

El arte de saber ganar dinero, desde un punto de vista nacional, depende únicamente del arte de saber gastarlo.

Gastar dinero en productos extranjeros con-

duce a la ruina; gastar dinero en productos nacionales, conduce a la riqueza.

La mejor inversión del dinero es en productos nacionales.

Todo pueblo debe aprender a gastar su dinero.

b) *Lo que hacen cinco duros mientras están en España*

He aquí cinco duros recién hechos. En la Casa de la Moneda no tienen valor comercial; para que sirvan al público son trasladados al Banco de España, y desde allí comienzan su vida activa y útil.

Un ciudadano se los lleva y los hace trabajar. Pagará con ellos la renta y servirán para mantener al propietario urbano. Este pagará con ellos los servicios de un obrero y mantendrá a éste. El que comprará los productos de la tierra y mantendrán a un agricultor. Este los empleará en una tienda y mantendrán a un comerciante. Este pagará con ellos los servicios de un tenedor de libros y servirán para mantener a un empleado. Quien con ellos comprará telas y mantendrán a un fabricante. Este los invertirá en carbón de Asturias y mantendrán a un minero. Y así continuarán indefinidamente.

Mientras esos cinco duros estén en España

servirán indefinidamente para mantener obreros, empleados, comerciantes, agricultores, industriales, banqueros, funcionarios, maestros, médicos, ingenieros, sacerdotes, propietarios, etcétera, etc.

Mientras esos duros estén en España servirán para tener Bancos, escuelas, tranvías, fábricas, ferrocarriles, barcos, iglesias, comercios, etc.

Mientras esos duros estén en España servirán para producir trabajo y cobrar jornales, sueldos, dividendos y rentas.

Pero he aquí, amigo español, que un mal día sales de casa dejando en ella (tal vez por olvido) el sentido común, y aquel mal día compras un artículo extranjero —tanto da que sea una dínamo como una pluma-fuente, una entrada de ópera como una entrada de *cine*, un automóvil como una caja de rojo para los labios—, y aquel mal día y en aquel momento fatalmente, inexorablemente, inevitablemente desaparecen de España esos cinco duros.

Y entonces termina ese trabajo bienhechor de mantener indefinidamente a obreros, empleados, funcionarios, profesionales, propietarios y fabricantes españoles. Ese trabajo lo hace en otro país a otros hombres.

Luego mientras esos cinco duros estén en España sirven para mantener indefinidamente a los españoles; pero en cuanto uno, el que sea, compra con ellos una manufactura extranjera,

dejan de trabajar bienhechoramente y desaparecen, lo que son dos males.

Como consecuencia: todo español que gasta dinero en manufacturas extranjeras es un enemigo de la sociedad, porque por satisfacer su vanidad o por favorecerse él (según él cree), perjudica a los demás. La sociedad, por tanto, debiera considerar ese hecho como delictivo.

c) *El pueblo español debe intensificar el trabajo industrial*

La necesidad de un pueblo es ganarse la vida.

La agricultura en España es un fracaso. A consecuencia de que el terreno y el clima no tienen eficacia agrícola, el español, para una alimentación completa, no puede producir lo suficiente en vegetales ni en carne. El español, para alimentarse bien, ha de comprar fuera ese déficit de alimentación.

Un pueblo, además, necesita usar manufacturas para vestirse, para viajar, para estudiar, para vivir en casas y poblaciones, etc.

Si el pueblo español no produce todas las manufacturas que necesita usar, tiene que comprarlas fuera, como ahora ocurre, lo cual significa perder una millonada todos los días.

El pueblo español no produce todas las manufacturas que necesita para vivir en civilización, porque no tiene hombres para hacer ese trabajo.

Y la razón de no tenerlos es debido a que como el terreno y el clima no tienen eficacia agrícola, para producir los pocos vegetales que se producen en España se necesita una demasiada población rural. Los hombres que están de más en la agricultura están de menos en la industria.

Para que en España se viva mejor es necesario llegar a producir todas cuantas manufacturas se necesiten. Es decir, es necesario borrar el déficit manufacturero.

La importación agrícola son 500 millones de pesetas; la industria son 1.500 millones; en total, 2.000 millones de pesetas.

El trabajador agrícola produce 1.900 pesetas anuales; el trabajador industrial produce 8.000 pesetas anuales.

Luego se necesitarán, en números redondos, 200.000 hombres más en la industria para borrar el déficit industrial. Pero al tomarlos de la agricultura aumentará el déficit agrícola en 380 millones, que unidos a los 500 millones actuales, resultará un déficit de 880 millones de pesetas.

Y como el actual déficit comercial es de 2.000 millones, quedará un beneficio de 1.120 millones de pesetas anuales.

Y siempre resultará más fácil enjugar un déficit anual de 880 millones, que el actual de 2.000 millones.

La intensificación del trabajo industrial requiere, en primer término, la conversión del pueblo español al nacionalismo económico. El nacionalismo económico es una religión cívica.

No se es ciudadano de un país porque se haya nacido en él, sino porque se compren únicamente las manufacturas hechas en él.

Y requiere, además, la solidaridad entre los productores industriales: patronos y obreros.

Unos y otros, que deben estar unidos en la fábrica por ser ambos socios del mismo negocio (no de la misma empresa), puesto que el dividendo y el jornal salen del mismo sitio, deben estar más unidos en la frontera contra el enemigo común por instinto de conservación. Hay que defender el jornal y el dividendo.

El hombre que da trabajo a otro hombre no puede ser su enemigo, sino su amigo. El hombre que deja ganancia a otro hombre no puede ser su enemigo, sino su amigo.

El enemigo del patrono español es el patrono extranjero, que le quita su ganancia. El enemigo del obrero español es el obrero extranjero, que le quita su jornal.

Y el enemigo del ciudadano español es la manufactura extranjera, porque le roba su dinero.

EL ESPAÑOL DEBE ADQUIRIR EL SENTIDO SOCIAL Y UNA FUERTE CONSCIENCIA NACIONALISTA

a) *Sobre el sentido social y sobre eficacia y disciplina sociales*

Ya hemos dicho que el español, a consecuencia de su feminidad y por haberse "educado" en el trabajo agrícola, es esencialmente individualista, personalista; careciendo, por tanto, del sentido social, del humanismo o interés por el otro hombre.

El sentido social es un factor importantísimo para el éxito en la vida moderna. Antiguamente triunfaban los pueblos de fuertes individualidades, ahora triunfan los pueblos de fuertes colectividades.

La aspiración de todo pueblo es llegar a vivir bien, llegar a lo menos a tener el mínimo suficiente de bienestar material y de tranquilidad espiritual.

Pero para conseguir ese bienestar se necesita rendir tanto en la actividad material y cerebral que no bastan los esfuerzos individuales para conseguirlo.

Cualquiera que sea el trabajo o actividad de

que se trate el secreto del triunfo está en el rendimiento. Trabajar no es sinónimo de rendir.

Para rendir hay que estar unidos, hermanados psíquicamente y organizados eficientemente.

La sociedad es un organismo tal que el progreso y el bienestar de cada individuo está en razón directa de la ayuda que presta a los demás. La sociedad es un organismo tal que sólo puede proporcionar el bienestar de un individuo al mismo tiempo que el de los demás. La sociedad es un organismo tal que si un individuo perjudica el progreso de los demás, para así conseguir el suyo, ese perjuicio lo recibe él primeramente.

La solidaridad está impuesta por Dios, y esa máquina maravillosa que se llama Mundo está hecha por Dios, y el hombre no puede desajustar y desacordar una y otra.

El hombre, chacalmente individualista; el hombre que por incapacidad substantiva no puede ayudar a los demás, aun siendo muy activo, vivirá muy precariamente porque trabajará, pero no rendirá.

La organización eficiente no es la suma de los rendimientos individuales, sino un múltiplo grande de esa suma.

Careciendo del factor o sentido social se carece del espíritu de cooperación y de la facultad organizadora y de la capacidad rendidora.

El pueblo español no consigue ese mínimo de bienestar material y moral porque sus ciudada-

nos, a causa de la carencia de esa afinidad psíquica, de esa solidaridad cívica, de esa hermandad cristiana, trabajan aisladamente.

El español, como todavía no ha aprendido a ser ciudadano (por carecer totalmente de un conocimiento economista), rige su vida según "sus" necesidades y según "sus" gustos. El ciudadano es el hombre cuyas necesidades y gustos los pasa por el tamiz de la conveniencia común. Hace esto porque así se favorece él más.

El español que ha de dirigir a los demás debe educarse de forma que le haga adquirir el sentido social. Desde ese punto de vista, el sistema educativo español es totalmente negativo. El objetivo de la educación superior no es adquirir un conocimiento de cosas, sino de personas. Lo primero sería estudiar matemática, astronomía, física, química, ingeniería, agronomía, etc. Lo segundo sería estudiar historia, pedagogía, psicología, sociología, eugenesia, economía, ciencia del trabajo (eficiencia), etc. Y esto no se adquiere de conjunto en España.

Y el español que ha de ser dirigido debe trabajar de forma tal que le haga adquirir la docilidad social: dejarse dirigir por los mejores.

La escuela del trabajador sólo puede dar a éste un conocimiento de cosas; la escuela que le educa es su trabajo. El trabajo agrícola es personalista, no educa. El trabajo industrial o comercial es social, es educativo. Debe tomar éste.

Educar es enseñar a relacionar unos hombres con otros. La vida no es el contacto de unas cosas o de unas ideas con otras, sino el contacto de unos hombres con otros. Si la mentalidad de todos los hombres es homogénea, el contacto produce fuerza útil; si la mentalidad es heterogénea, el contacto produce choque.

En España no es el obrero industrial, por ser tal, quien choca con el patrono, por ser tal; es la mentalidad individualista siglo X del segundo la que choca con la mentalidad colectivista siglo XX del primero.

La mentalidad es la esencia del hombre, es la substantividad del hombre. La profesionalidad es la adjetividad del hombre.

La educación física no puede hacer iguales los cuerpos de los hombres. Una educación técnica no puede hacer iguales las aptitudes profesionales de los hombres. Pero una educación moral, social y cristiana sí puede hacer de igual clase la mentalidad de los hombres.

Un pueblo para vivir tiene que progresar. Pero hay que entender esto. El pueblo español cree que progresar es substituir el carro y la diligencia españoles por el automóvil y el autobús extranjeros; o sea substituir una cosa nacional por otra extranjera. No; progresar no es eso.

Progresar es un proceso interno e íntimo. Progresar es mejorarse, superarse el individuo y el pueblo.

El hombre piensa y la vida —contacto de unos hombres con otros— echa abajo lo malo y lo inútil y lo ineficaz que el hombre piensa. La vida, pues, produce escombros; escombros de ideas, de creencias, de ciencias, de sistemas, de métodos, etc. Progresar es colocarse encima de esos escombros para respirar y vivir estilo hombre.

Un pueblo que no progresa tiene encima esos escombros y al cabo de siglos es como esas ciudades antiguas que un tiempo estaban al aire libre y hogaño están debajo de tierra.

Un pueblo que no progresa es un pueblo de hombres-gusanos.

¿Qué ha de hacer un pueblo para progresar?

Un pueblo para progresar ha de ser influenciado y guiado por los mejores. Los mejores son siempre hombres substantivos: hombres de inteligencia y carácter: son los que generan progreso.

Sabemos que el organismo humano asimila la parte verdaderamente alimenticia de los comestibles y expulsa el elemento inerte de éstos que no sirve para la nutrición. Los dos procesos son

igualmente necesarios. El organismo humano sólo puede existir cuando hace bien los dos procesos de asimilar lo útil y eliminar lo inútil.

La sociedad es un superorganismo que trabaja igualmente que el organismo humano. Necesita efectuar bien la asimilación de lo bueno y la expulsión de lo malo para poder vivir bien.

La sociedad, como explicamos en otro lugar, es sólo creación natural de una cierta clase de trabajo. La verdadera sociedad es una organización con un fin utilitario: con el fin de favorecerse unos a otros. Como consecuencia, lo bueno y lo malo en la sociedad son los individuos útiles e inútiles para ella.

Hemos visto que el pueblo español, a consecuencia de su feminismo, carece del sentido social o facultad de verse formando parte integrante de un todo con el deber de interesarse por ese todo. Es necesario tener el sentido social para que pueda haber eficacia social y disciplina social en los pueblos.

La eficacia social es la habilidad de ver a los mejores, a los más útiles, juntamente con la docilidad de dejarse guiar por ellos. Al hacer esto, la sociedad asimila el buen alimento. También el pueblo español carece de eficacia social, como igualmente el fenómeno opuesto y necesario de la disciplina social o eliminación de sus peores hombres: de los inútiles, de los ineptos, de los perversos.

En España, se habrá notado, sólo existen delitos individuales —daños que uno causa a otro—, habiendo, desde luego, penas para ellos; pero no existen delitos sociales —daños que uno o unos causan a la sociedad o comunidad—, porque esos delitos no se quieren penalizar. Los actos delictivos sociales existen; pero el delito, que es el reconocimiento jurídico de esos actos con la consiguiente penalidad, no existe al no querer penalizarlo.

La Historia de España está llena de casos de delitos sociales que deliberadamente no se han querido penalizar.

Así, pues, ¿cómo va a trabajar bien el superorganismo español, recargado de las toxinas que lo infectan y lo pudren?

Luego el pueblo español, como femenino que es, no sabe ver a los buenos (por carecer de esa habilidad), no quiere encumbrar a los mejores (por la envidia) y no elimina a los peores (por debilidad y cobardía).

La consecuencia de esto es que en España sólo quedan los malos porque los buenos se van. Y de igual manera que en un pueblo de buenos los que triunfan sobre los demás son los mejores, en un pueblo de malos los que triunfan sobre los demás son los peores.

Y así sucede en España.

b) *Sobre nacionalismo económico*

Patriotismo es la relación del hombre a la tierra; es una relación de hombre a cosa. Nacionalismo es una relación de hombre a hombre.

Lo primero existe en los países agriculturistas; es el orgullo por lo que produce la tierra. Lo segundo existe únicamente en los países industrialistas; es el orgullo por lo que produce el hombre.

El español se enorgullece porque su tierra produce buenas frutas. El inglés se enorgullece de que él produce buenos dividendos.

Lo primero es el orgullo del trabajo que hace otra entidad. Lo segundo es el orgullo del trabajo que hace el propio hombre. Luego lo primero es una vanidad; lo segundo es realmente y merecidamente un orgullo.

La mujer se vanagloria de lo bella que la ha hecho la Naturaleza y del hijo que la ha dado ésta. El hombre se enorgullece del invento que hace, del libro que escribe y de la manufactura que fabrica.

Vivir en un país que produce buenas frutas no significa nada. Pero hacer máquinas de minerales significa mucho.

El pueblo español debe adquirir el deseo de ser un pueblo industrial, de ser un pueblo superior. Y debe sentir la repugnancia de ser un pueblo inferior.

En España, de cada 100 hombres que producen 77 son labriegos. El labriego es, pues, el hombre que da la modalidad y la personalidad y marca la pauta del pensamiento y la acción en España.

En España se debe dejar el ideal de conseguir las mejores frutas a costa de los peores hombres.

Los pueblos que no producen sus manufacturas son pueblos estériles. Las manufacturas son los hijos colectivos de los hombres.

Y, además, son pueblos pobres. El pueblo español ha gastado en los últimos siete años más de 7.000 millones de pesetas en manufacturas extranjeras por no ser pueblo industrial.

De modo que cada español de ciudad, únicos que pueden comprar los adornos del progreso, viene a pagar un impuesto de alrededor de 500 pesetas anuales por no ser industrial. Su progreso es, además de ficticio y externo, caro. El progreso que enriquece al extranjero empobrece al español. Es natural; el progreso no hay que comprarlo hecho en la tienda, sino generarlo en la fábrica.

El español se queja de los impuestos de su Estado, pero no ve los impuestos debido a su estado y que él mismo se impone. Los primeros se quedan en España; los segundos se van y no vuelven.

En el siglo XX es más barato y más lucrativo ser industrial que ser labriego.

Nacionalismo económico es una relación de ciudadano a ciudadano. Ciudadano es el hombre bautizado dos veces: una, socialmente, por sus padres; otra, mercantilmente, por su nación.

Y de igual manera que un hombre que se conduce mal socialmente perjudica a sus padres, un ciudadano que se conduce mal mercantilmente perjudica a su nación.

Y no se crea que se es ciudadano por una condescendencia o favor hacia los demás. Se es ciudadano por determinismo histórico.

Nacionalismo económico es lo que asocia a los hombres de un país. Si la Humanidad hace semejantes a los hombres, el patriotismo los hace hermanos cívicos y el nacionalismo económico los hace socios mercantiles, tanto en la relación productora nacional como en la mercantil internacional.

Antiguamente no existían naciones, sino individuos. En esas condiciones, un individuo comerciaba con otro extranjero, y de resultas se hacía rico o se hacía pobre, pero no favorecía ni perjudicaba fatalmente, determinadamente, a nadie. Pero ahora no sucede así. En la actualidad no son los individuos los que comercian, sino los

pueblos. Como consecuencia, resultan una colección de fenómenos, tales como la pérdida de dinero al cambiar productos agrícolas por manufacturas, la depreciación de la moneda, las exportaciones invisibles, la emigración por causas económicas y otros, que eran desconocidos antiguamente.

Nacionalismo económico es el conjunto de prácticas que emplea un pueblo (y su Gobierno) en su relación mercantil con otro, de modo que no pierda. Desconociéndolas, pierde fatalmente. El nacionalismo económico es la protección a sí mismo.

Pero para que un pueblo sepa actuar mercantilmente sin perjudicarse es preciso que tenga un buen conocimiento de Economía. Y en España, ni el pueblo, ni la clase profesional, ni la intelectualidad, ni el patronado industrial, ni la minoría gubernamental la conocen.

La eficacia educativa del pueblo español es nula. No sabe darse el conocimiento que necesita para vivir en el mundo.

Sabido es que el pueblo español descubrió, pobló y desarrolló Hispamérica. Mientras estuvo creando riqueza fué triunfando, porque durante ese período esos países estuvieron apartados del comercio internacional; pero cuando la riqueza estuvo creada, tuvieron que entrar en el comercio mundial, y entonces el español fracasó.

El español fracasa siempre en su relación con los demás pueblos —relación que tiene que ser comercialista— por su absoluto desconocimiento de Economía. Y mientras eso suceda, el español no progresará. Y es muy difícil que la Economía *quepa* en una cabeza de mujer, y más difícil todavía que un carácter de mujer sea capaz de forzar ciertos hechos económicos. Porque como la Economía es casi todo una invención inglesa, es casi todo *metafórico* y, a consecuencia, los más de los hechos económicos son forzados: son contribuciones impuestas por los que saben y son fuertes a los que no saben y son débiles.

No en balde un famoso político inglés aseguraba que lo mejor que podía hacer Europa era mantener a España en un estado de ignorancia, en un estado de *inocencia* economista, para así hacerla contribuir siempre. Tenía razón: los pueblos que ignoran Economía pagan un impuesto a los que saben demasiado.

Desde el punto de vista gubernamental, el nacionalismo económico es obligar a trabajar industrialmente y obligar a comprar el trabajo industrial. Todo otro sistema de gobernación es ineficaz. Y el sistema de gobernación que fomenta la compra de manufacturas extranjeras debiera ser considerado delictivo por una Constitución economista.

c) *Toda colonia económica está controlada por el extranjero*

Toda colonia económica es un país agricultu-rista que se empobrece rápidamente por hacerlo de dos maneras: una, la agricultura empobrece al país al despojarlo de árboles y hierba; otra, la importación de manufacturas empobrece al pueblo, porque le hace exportar dinero.

España manda diariamente al extranjero cuatro millones de pesetas. Todo eso produce una sangría al cuerpo nacional y constituye una debilidad, una anemia, una tisis financiera del pueblo.

El dinero, en su más lato sentido, es una medida de valor comercial. Se puede decir que por cada unidad de valor comercial, ya sea en forma de propiedad como en forma de producción, existe una unidad de dinero en cualquiera de las formas usadas.

Si llamamos riqueza a cuanto tiene valor comercial y comparamos la riqueza con el dinero existente en un país, tendríamos los siguientes hechos:

Primero. En todo país únicamente agriculturista la riqueza es muy superior al dinero exis-

tente. Hay más riqueza que dinero. La diferencia entre el capital riqueza y el capital dinero ha sido perdida en el cambio de productos agrícolas por productos manufacturados. Esa diferencia, convertida en dinero de una forma u otra, está en poder de los países industrialistas. Por esa pérdida de dinero es por lo que en el comercio internacional se desvalorizan los productos agrícolas, llegando a ser vendidos por bajo del costo de producción.

Segundo. En un país que produjera lo necesario en comestibles y manufacturas y no importara y exportara nada, la riqueza sería equivalente al dinero. Habría tanto dinero como riqueza.

Tercero. En un país esencialmente industrialista que importara comestibles y materias primas y exportara manufacturas, la riqueza sería inferior al dinero. Habría más dinero que riqueza. Para absorber ese dinero es por lo que se sobrevalorizan comercialmente las manufacturas. La diferencia entre el capital dinero y el capital riqueza es el dinero perdido por los países agriculturistas.

Luego mientras exista esta mala organización economista, en virtud de la que unos países son esencialmente agriculturistas y otros son esencialmente industrialistas, los primeros tendrán más riqueza que dinero y la riqueza estará depreciada; los segundos tendrán más dinero que

riqueza, y ésta estará sobrevalorizada; y el dinero que los primeros tienen de menos es el que los segundos tienen de más.

Pero a consecuencia de que el dinero representa un valor comercial es también un título de propiedad. Cada peseta en dinero es el título de propiedad de una peseta en valor comercial. Luego ese dinero que los países industrialistas ganan en el comercio internacional a los países agriculturistas, representa valor comercial o riqueza de éstos y es el título de propiedad de esta riqueza en manos de dichos países industrialistas.

Vender manufacturas al extranjero es vender su trabajo. Comprar manufacturas del extranjero es vender su propiedad, su libertad y su porvenir; es ser Judas de sí mismo.

Por eso sucede que, a consecuencia del comercio internacional, las colonias económicas están controladas y más o menos dominadas por los países industrialistas.

El capital invertido en propiedades no tiene en un país más poder que el de las obligaciones en una empresa, al paso que el capital invertido en los negocios es el que controla al país, porque viene a ser a modo de las acciones en una empresa. Los propietarios poseen un país, pero los negociantes lo dominan.

Pues bien; del capital dedicado en España a negocios, más de la mitad pertenece de hecho, de derecho y de privilegio al extranjero.

Y la parte perteneciente al extranjero domina más que la parte perteneciente a los españoles, por ser mayor, por tener privilegios que los españoles no tienen, por estar dedicado a negocios más importantes y más estratégicos, por estar dirigido por mejores cerebros y por estar organizado. A cambio, el capital español está muy diseminado en negocios insignificantes y de poco rendimiento, está muy pobremente dirigido (en España no se dedican a la industria los mejores), y no existe organización en la industria, ni solidaridad alguna entre sus tenedores.

El Estado español da más facilidades, pone menos impuestos y concede más garantías y más protección al capital extraño que al propio, según dicen algunos extranjeros.

Míster Day, profesor de Historia económica en la Universidad de Yale, en su libro *History of Commerce* dice, en un capítulo dedicado a España, refiriéndose a dos siglos atrás:

"Y en cuanto a protección a la industria nacional, no existía; los impuestos que se coleccionaban en cada ciudad no hacían distinción respecto del origen o país de procedencia; los productos españoles pagaban tanto como los extranjeros.

.....

"Esto hizo que entraran ventajosamente productos extranjeros, porque los favores concedidos a los extranjeros se negaban a los españoles."

Míster Welsford, en su obra *The Strength of Nations* dice:

"Al final del reinado de Carlos I las Cortes alentaron la introducción de sedas y paños de lana baratos y de mala calidad del extranjero, al paso que a las fábricas españolas les fué prohibido hacer las clases más delicadas y caras por las que eran celebradas; los manufactureros nativos pidieron vanamente que los paños de lana importados fueran sujetos a las mismas severas pruebas de medida y calidad que a los suyos. Las Cortes se cuidaron más por el consumidor que por el productor, y el interés del primero es favorecer más la importación que la producción.

"Y después de que Carlos I renunció la corona en su hijo, pudieron las Cortes hacer sus más ruinosos experimentos, acabando con la manufacturación nativa al prohibir la exportación. De esta última herejía, la más extrema expresión fué la propuesta de suprimir todas las exportaciones a las colonias, a fin de forzar a los colonistas a tejer y de esa manera abaratar el precio de los productos nativos para satisfacer al clamoroso consumidor de la nación."

Y en los tiempos actuales, la revista yanqui

The Saturday Evening Post, en un artículo titulado "Cómo negociar en España", se dice que no hay nación en el mundo más liberal en su tratamiento para los extranjeros que quisieran negociar.

Y en el informe que el cónsul general de los Estados Unidos de América en España publicó en marzo del año 1919 se decía lo siguiente: "Al finalizar el año 1917 siete Bancos extranjeros se habían establecido en España en condiciones muy favorables, no sólo desde el punto de vista económico, sino también del legal, debido a las facilidades encontradas en la ley española."

Luego si bien el propietario español posee España, el negociante extranjero la domina, porque forma mayoría en el Consejo de Administración de la empresa controladora.

Cuando un país tiene una gran parte de sus negocios y, desde luego, los más importantes, en manos extranjeras, tiene su sangre financiera avariósica. Su organización económica es bastarda.

Ese control económico y financiero no ha llegado a hacerse político a causa de una ocupación extranjera. España, inconscientemente, se ha mantenido española, porque Gibraltar es inglés.

Pero el porvenir de una colonia económica es muy pesimista. Un pueblo sin carácter no puede tener masculinidad para impedir que le den estado, personalidad y nombre como a una mujer.

d) *Sobre el obstáculo extranjero*

Una de las principales características del hombre y la mujer puros es la agresividad que emplea el hombre al ganarse la vida y la indiferencia que muestra la mujer por ese hecho vital.

Pues esa agresividad y esa indiferencia es lo que caracteriza a los pueblos masculinos y a los femeninos.

Pero la agresividad por mantenerse la han realizado los pueblos masculinos de dos maneras.

Una al estilo de Roma, pueblo que dominó a otros por la fuerza para que la mantuvieran. Roma llegó a vivir enteramente del trabajo de los demás; como consecuencia, desapareció. Esta forma de vida perjudica al pueblo dominador y favorece al pueblo dominado, porque obliga a éste a desarrollar su trabajo y, por tanto, a desarrollarse él.

Y otra al estilo de Inglaterra, que consiste en vivir de su trabajo industrial, haciendo una sobreproducción, que impone a otros pueblos, cambiándola por comestibles y materias primas industriales. El efecto real de este sistema es que obliga a los pueblos a dividirse en una pequeña minoría de industriales y en una mayoría que son productores de materias primas. La verdadera maldad de este sistema no consiste precisamente en eso, sino en el sentido *metafórico* dado

por Inglaterra al industrialismo. Los precios de venta no se basan en la misma proporcionalidad de ganancia para los dos grupos de productores, sino en una sobreganancia para el productor industrial y en una ganancia depreciada para el productor de materias primas. El problema, como se ve, no es de técnica, sino de psicología. El comercio internacional es unilateral: el fuerte impone una ganancia doble a su mercancía y una ganancia mitad a la del débil; éste es productor, pero no es vendedor. Según este sistema de vida, todos los pueblos trabajan; pero el mercantilismo enriquece a unos y empobrece a otros. Pero el problema de que este sistema de vida pueda durar indefinidamente está actualmente planteado.

Los países industriales europeos lucharon contra España hasta deshacerla, no porque el país tuviera grandes riquezas codiciables —excepción de la lana merina—, sino porque hubiera podido dedicar las regiones descubiertas de América a la producción de comestibles y materias primas, y el pueblo hubiera podido dedicarse en España a trabajar industrialmente esas materias, y de ello habría resultado el imperio racial, político y productor más formidable que hubo nunca. Como consecuencia, Inglaterra no se hubiera podido hacer industrial y los Estados Unidos formarían parte del imperio hispano de América.

La lucha, por decirlo así, fué doble: para con-

seguir que el pueblo español no se hiciera industrial en España y abasteciera de manufacturas a sus súbditos de América, y para impedir que España reservara para sí la producción de comestibles, fibras textiles, maderas, ganado, minerales, plata, oro, etc., que obtenían esos súbditos en las regiones hispanas de América. En definitiva: para impedir la formación del imperio mercantil español. Sabido es que lo consiguieron.

Este propósito se vió facilitado por el hecho de que la corona de España estaba en manos extranjeras. Las últimas palabras del libro *The Rise of the Spanish Empire*, del profesor Newman, de la Universidad Harvard, refiriéndose a la muerte de Isabel la Católica, son: "... Dejando en España el casi insoluble problema de conciliar los intereses nacionales con las ambiciones dinásticas de una raza extranjera de reyes."

La casa de Austria, que manejaba otros países, permitió que dos de ellos trabajaran industrialmente; pero el español no fué para ella pueblo, sino ejército. Toda la política austríaca responde a esa división de funciones. A consecuencia, las medidas de gobierno impidieron el desarrollo industrial del pueblo español, y España se convirtió en una sucursal comercial del extranjero. Welsford dice: "Carlos V fué un cosmopolita, no un nacionalista. Los moros, industriales, y los judíos, comerciantes y banqueros de

España, fueron reemplazados por súbditos alemanes y flamencos; pero los mercados coloniales de América creaban tal pedido, que una gran parte de las manufacturas tenían que procurarse fuera de España. Los Países Bajos, en alianza con Inglaterra, destruyeron el poder marítimo de España y construyeron el imperio colonial holandés."

Y lo mismo ocurrió con los Borbones. El pueblo español tampoco fué pueblo para ellos, sino tropas de choque, y España se convirtió en un mercado de manufacturas francesas.

Pero el pueblo anónimo español ha sentido siempre la necesidad de vivir, de levantar cabeza, y para conseguirlo ha intensificado el trabajo industrial. Pero precisamente esto es lo que no quiere el industrialismo extranjero; por eso de un zarpazo lo ha echado abajo.

Así, pues, de las 56 poblaciones industriales más importantes y de los 1.456 maestros más distinguidos en las artes industriales que hubo en España en épocas anteriores, según cuenta el Sr. Riaño en su obra *Las artes industriales en España*, no ha quedado nada. De los 56.000 obreros que tenía Toledo en el siglo XVI, no ha quedado nada. De toda la producción industrial española de distintas épocas, no ha quedado nada. La industria en España está siempre naciendo. Como consecuencia, la vida en España está siempre acabando.

Lo que se vive está en razón directa de lo que se trabaja. El trabajo regula la vida; sin él, ésta no es posible.

Trabajar es crear capital; vivir es consumir capital. Pero no se gasta todo el capital que crea el trabajo, sino la ganancia, que es la diferencia entre lo que se produce y lo que cuesta producirlo; a lo menos es necesario guardar esto último para poder trabajar más. Luego lo que se vive está en razón de lo que se gana. Si el trabajo es de tal naturaleza que deja poca ganancia, la vida será pobre, porque los jornales, los sueldos, los dividendos, las rentas, etc., salen de la ganancia.

Aunque un país como Cuba es únicamente agrícola, vive, sin embargo, mejor que España, porque el rendimiento agrícola es muy alto y los costos de producción están muy por bajo del precio de venta. Pero en España no sucede que el rendimiento agrícola sea alto, ni que el costo de producción sea bajo; consecuentemente, el pueblo español vive pobremente.

El deseo de otros países de que el pueblo español trabaje únicamente en la agricultura y en la minería, para que compre de ellos las manufacturas que necesite, equivale a una limitación en su vivir.

Veamos numéricamente lo que esto significa.

La producción agrícola española, contando forrajes y pastos, es de 9.200 millones de pesetas; la producción minera vale en boca mina 500 millones, o sea un total de 9.700 millones. Lo que ellos nos venden en manufacturas y servicios lo establecemos, muy por lo bajo, en 1.700 millones; quedan, por tanto, 7.000 millones de pesetas. Si suponemos que es necesario guardar el 25 por 100 del total de la producción para poder seguir trabajando, tendremos que sólo quedarán para vivir 4.575 millones de pesetas. Luego el deseo del extranjero es que a cada español le queden de su trabajo, después de pagar las manufacturas extranjeras, 210 pesetas anuales para vivir; menos de 60 céntimos diarios.

El pueblo español ha sido obligado a dejar de ser industrial a fuerza de tratados de paz, y ha sido obligado a ser agricultor, a fuerza de tratados de comercio. Y a consecuencia lo han convertido en un guiñapo.

EL ESPAÑOL DEBE APRENDER A GOBERNARSE

Lo más importante de un hombre es su cerebro; lo más importante de un negocio es su gerencia; lo más importante de un pueblo es su entidad directriz.

Aun dentro de todas las desventajas que hemos señalado, el pueblo español podría vivir mucho mejor si contara con una buena dirección. El pueblo que más nos enseña a este respecto es el yanqui.

En el pueblo norteamericano existen un buen número de las desventajas que hay en muchos pueblos europeos agriculturistas, porque ese país se compone principalmente de gente europea rural.

El inmigrante europeo que ha llenado ese país es, en los más de los casos, un analfabeto total o un desconocedor del inglés, hombre rural de los distritos europeos más pobres y de escasa inteligencia. Desde el punto de vista cívico está totalmente apartado y desinteresado de las cuestiones y problemas de la ciudad y nación en que vive; ni sabe, ni puede sentir patriotismo. Desde el punto de vista profesional nada vale, y en su país para nada aprovechaba.

Sin embargo, ese inmigrante ha ido haciendo los Estados Unidos de América: el país más poderoso del mundo.

Tenemos, pues, que una gran parte de la población de dicho país es, poco más o menos, lo mismo que la población masa de los países europeos, uno de ellos España. Pues bien; puesto que las masas son poco más o menos iguales; puesto que la suma de capital natural o riqueza natural de toda Europa sobrepasa a la que existe en

Norteamérica, y puesto que los rendimientos son tan radicalmente distintos, la causa debe estar en esa minoría directora que existe en todos los países y comunidades. Y así es.

La minoría directora de un pueblo se compone de los hombres que dirigen al ciudadano durante las ocho horas que trabaja y de los hombres que dirigen al ciudadano durante las dieciséis horas restantes que está en la sociedad. O sea el patrono y el gobernante.

Lo que vale la minoría patronal española nos lo dice un periódico de una ciudad industrialista; dice: "Unase a eso el desprecio innato de la mayor parte de los industriales por los estudios científicos. Los conocimientos acerca de las propias industrias, su organización, su costo de producción, su rentabilidad son deficientísimos; los relativos a la situación de las industrias competidoras del extranjero, muy escasos; los relativos a los factores económicos contrapuestos a la industria (agricultura, pequeño comercio, importadores, etc.), muy desperdigados; los relativos a las intimidades de la situación económica del país, completamente nulos."

Hombres de ese género no pueden dar buenos jornales, ni sueldos, ni pueden repartir buenos dividendos. Hombres así tampoco saben ser maestros de ciudadanía.

Y lo que vale la minoría gubernamental lo sabemos todos. Entiéndase que no nos referimos

únicamente al pequeño grupo de hombres que forman el gobierno en cada ocasión, sino a la minoría formada por los hombres que han ocupado, ocupan y ocuparán la dirección gubernamental en su más lato sentido: ministros, burócratas, senadores, diputados, gobernadores, alcaldes, concejales, diputados provinciales, etcétera, etc.

a) *Para saber dirigir hay que tener la cultura del siglo XX*

Lo primero que echan de ver los españoles que han vivido, estudiado y formádose en el extranjero (porque los de aquí están incapacitados para notar esa deficiencia) es la falta de hombres que tengan los conocimientos, la cultura y el tecnicismo que trabajan, sirven y rinden en el segundo cuarto del siglo XX. En España sí existen las manufacturas extranjeras del siglo XX, que empobrecen al pueblo español; pero los conocimientos extranjeros del siglo XX, que le enriquecerían, los españoles no los conocen ni de oídas.

La cultura y el tecnicismo son instrumentos que sólo pueden trabajar, servir y rendir si hay ajuste entre ellos y la época en que se aplican. Las herramientas para cortar madera son de acero, como las usadas para cortar hierro; pero, sin embargo, no pueden hacer este trabajo.

En todos los países la minoría directora la forman hombres de cultura y de tecnicismo; pero la cultura y el tecnicismo que tienen los españoles que se han formado en España es a propósito para vivir y rendir como en el siglo X.

Pero los problemas del siglo XX son mil veces más complejos y un millón de veces más difíciles que los del siglo X. Y si para vivir en el siglo X bastaba rendir como uno, supongamos, para vivir en el siglo XX hay que rendir como ciento. Y si para dirigir a los demás en el siglo X bastaba un conocimiento como uno, para dirigir a los demás en el siglo XX se necesita un conocimiento como mil y conocimiento del siglo XX.

El conocimiento del siglo X es para manejar una sola persona, para manejarse a sí mismo. Pero el conocimiento que se necesita en el siglo XX es para manejar a muchos, para manejar a los demás. Por eso el primero no sirve en la actualidad.

Los problemas del siglo X eran problemas civiles; los del siglo XX son de rendimiento, problemas económicos. Para los primeros se necesitan hombres jurídicos; pero para los segundos se necesitan hombres técnicos, hombres organizadores.

En España sólo hay profesiones del siglo X. En España no se estudia en parte alguna Economía, ni ciencia de la gobernación, ni ciencia administrativa, ni ciencia social, ni ciencia mer-

cantil, ni organización científica de la producción y de la venta, ni gerencia industrial científica, ni técnica industrial, ni el arte de anunciar, ni práctica bancaria y de seguros, ni planeamiento moderno de ciudades, ni la organización de los tipos superiores de sociedades anónimas, etcétera, etc.

Luego en España no hay hombres que sepan ser gobernantes, ni administradores cívicos, ni gobernadores, ni economistas, ni patronos industriales, ni banqueros modernos, ni organizadores y gerentes de empresas, ni directores y empleados de negocios, ni técnicos de industrias, ni organizadores del trabajo, ni planeadores de ciudades, etc., etc.; lo que comprueba la realidad.

O sea que en España no se producen hombres que sepan dirigir al pueblo, ni hombres que sepan producir trabajo para el pueblo. Ni gobernantes, ni patronos.

Para que el pueblo español llegue a lo menos a vivir con bienestar, con tranquilidad y con seguridad, es necesario, es imprescindible que los hombres que ocupen los lugares estratégicos de la sociedad, de la gobernación, de los municipios, de los negocios, etc., sean hombres que tengan la cultura y el tecnicismo del siglo XX.

En todos los países de valía la Universidad es la institución que produce los hombres que han

de ocupar los cargos estratégicos de la sociedad: gobernantes, alcaldes, concejales, gerentes de empresas, etc. Al mismo tiempo produce también los investigadores de ciencia social y gubernamental. Esta segunda clase de hombres son absolutamente necesarios, porque, ¿cómo se va a gobernar y dirigir bien a un pueblo sin conocerlo?

Respecto del primer tipo de hombres (los gobernantes), la Universidad española es un fracaso. Los universitarios españoles han probado su inutilidad, tanto en la antigua política como en la nueva. Y respecto del segundo tipo (los investigadores), sabemos también que no existen.

Ahora bien; ¿por qué la Universidad española no produce estos tipos de hombres?

Es muy sencillo.

En los países anglosajones (países que es necesario tomar siempre como modelos) la Universidad enseña a base de inteligencia, no a base de memoria.

La diferencia radical que existe entre la Universidad anglosajona y otras instituciones de enseñanza es precisamente ésa: la Universidad exige inteligencia; otras instituciones sólo exigen memoria. La razón es también sencilla: la Universidad ha de producir hombres de primera clase: los directores, los investigadores; otros centros de enseñanza sólo sirven para producir trabajadores intelectuales.

Se entiende fácilmente que el hombre de inteligencia es superior al hombre de memoria. Este no puede originar nada; sólo puede aprender lo que aquél origina.

Así, pues, la Universidad no es únicamente una institución para enseñar *cosas*, sino también una clasificadora de hombres. La Universidad anglosajona puede asegurar que sus hijos espirituales son hombres de inteligencia y carácter: hombres de valía, lo que comprueba la realidad. Los gobernantes ingleses y yanquis son todos hombres universitarios y todos valen.

Pero en la Universidad española se sigue el sistema de enseñanza a base de memoria. Exige tener más memoria que los Institutos, porque enseña *cosas* más difíciles de retener que éstos. Si entran en ella hombres de inteligencia es por accidente.

Como consecuencia, si salen de ella hombres de valía es también por accidente.

b) *El gobierno debe tener el sexo masculino*

Cuando explicamos la diferencia que había entre el hombre y la mujer *psíquicamente puros*, dejamos a todo intento una muy importante.

Como el hombre es un ser completamente vulgar, al encontrarse en el mundo no creyó que su única ocupación pudiera ser otra que la de

comer. Esta ocupación ha sido la que le ha obligado a desarrollar su inteligencia y demás cualidades cerebrales y psíquicas.

Llegó una ocasión en la que el hombre tuvo que trabajar regularmente para asegurar su comida. Andando el tiempo, paralelamente a ese apetito, unió la apetencia de la comodidad y de la distinción, o sea que el hombre, al apetito animal, unió la apetencia humana. Y también esta apetencia le ha obligado a trabajar, puesto que es él quien se tiene que hacer sus propias manufacturas, escribir sus propios libros, imaginar sus propias obras de arte, etc.

O sea que el hombre puro, a consecuencia de ser vulgar, ha tenido que desarrollar el hábito del trabajo y la mentalidad laborante. Hoy el hombre puro es simplemente un trabajador manual o intelectual o artístico. Para el hombre puro el trabajo es una religión cívica. La sociedad formada por esos hombres es una sociedad de trabajadores, cuyo objeto es trabajar para comer y proporcionarse comodidades materiales y tranquilidad espiritual por dedicar únicamente su espíritu a resolver problemas de orden físico. Y cuando esos hombres dominan a otros extraños es simplemente para que trabajen para ellos y así aumentar su comida y sus comodidades.

Para los gobiernos formados de hombres masculinos gobernar es obligar a trabajar, para así crear riqueza; facilitar y suavizar las relaciones

entre unos y otros trabajadores, para que el trabajo rinda más; obligar a que unos a otros ciudadanos se compren los productos de su trabajo, para así no perder dinero; e impedir que el extranjero quite trabajo al nacional, para no convertir el país en una colonia económica. En síntesis: los gobiernos de los pueblos masculinos obligan al pueblo a rendir mucho para que viva bien. La función, como se ve, es del género economista. El gobierno es el patrono de todo el pueblo.

Como la mujer pura es un ser extraordinario, su función social no puede ser vulgar; muy al contrario, su ocupación es muy elevada. La mujer pura es un ser que se dedica a la enseñanza: enseña a su hijo a tenerse en pie, a andar, a hablar, a vestirse, a comer, etc. Y a esa enseñanza hay que agregar una imposición: impone al hijo su modo de pensar, de creer, de sentir y de ser. Si este tipo de madre no consigue que su hijo (incluso el varón) salga como ella en lo psíquico, se cree fracasada, porque para ella la función natural de la maternidad es de mucho menos importancia que la función educadora, imponedora y dominadora. Esta mujer es madre, no para hacer hombres masculinos, sino para hacer seres como ella, para reproducirse ella en sus propios hijos varones. Este tipo de mujer necesita que su *perfección* se esparza por el mundo.

Como el hombre feminizado (el hijo de este

tipo de mujer) se cree también un ser perfecto, cuando llega a una posición dominante, considera lógico imponer a los demás su creencia, su opinión y su modo de ser; y si llega a dominar a otros hombres extraños, será para imponer su lenguaje, su religión, su norma política, sus costumbres, etc. Por eso dijimos que los españoles crearon maternalmente los países hispanoamericanos. (Nótese la diferencia entre el hombre masculino y el feminizado: el primero se impone él a otros para que trabajen para él; el segundo impone a otros su modo de pensar para que piensen como él.)

Y los gobiernos formados por hombres feminizados estiman que su función no es la de obligar a trabajar, ni oponerse a que unos extraños quiten trabajo a sus gobernados. Las cuestiones económicas que, en definitiva, se refieren a la cantidad y calidad de comida que cada ciudadano puede tener, por ser consideradas bastardas y plebeyas, no son tratadas directamente por los titulares gobernantes, sino por organismos laterales, más o menos eficaces y más o menos responsables. (Nótese que a la mujer pura la halaga más el crédito social proveniente de nobleza, propiedad o jerarquía, que el proveniente del trabajo; esto último y la comida son cosas vulgares para ella.)

La función de esta clase de gobiernos es la de imponer al pueblo su modo de pensar, su modo

de ver, su modo de creer, su modo de sentir y su modo de ser; y su preocupación es la de imponer dogmas políticos. Para ellos lo importante no es lo que el pueblo come, sino lo que el pueblo cree.

Veamos cómo trabaja este tipo de gobernación.

Tenemos una minoría directora que impone al pueblo un dogma político: el suyo. Será difícil que el dogma sea aceptado por todos. La mentalidad de los individuos no se ha desarrollado por igual. Un pueblo se compone de conglomerados, que viven psíquicamente en distintos siglos y en distintas civilizaciones; unos viven en el pasado; otros en el presente, y otros en el futuro. Como el dogma político es una creación espiritual del hombre feminizado, hay dogmas de todas clases, y todos son profundamente amados por sus creyentes. La consecuencia es que siempre habrá una parte del pueblo que no esté conforme con esa imposición, y ocurrirán dos fenómenos: uno es la disociación de esta parte del pueblo con la restante, y otro es la disociación de esa parte del pueblo con la gobernación.

Alguna vez tendrá que ocurrir que esta parte disentista se rebelara y será lo suficientemente fuerte o hábil para derrocar la gobernación existente, e impondrá la suya.

Esta nueva gobernación será como la anterior, porque corresponde al mismo tipo de pue-

blo: aquel que se ocupa más de los dogmas políticos que de los sistemas de rendimiento laborante; aquel que cree que la política *arregla* la economía. Impondrá un nuevo dogma, el suyo, contrario al anterior. También ocurrirá que otra parte del pueblo disentirá y sucederán los mismos fenómenos que anteriormente. Se rebelará e impondrá otro dogma gubernamental, que será distinto de los anteriores. Y el proceso se repite indefinidamente.

A intervalos sucede que algunos de estos gobiernos desean que llegue a enraizarse su dogma político e impiden, de una forma u otra, que otras minorías directoras consigan imponer los suyos.

Luego la vida política en países gobernados de esta manera es un estado real de rebelión e inestabilidad, salpicado con intervalos de inercia; pero la rebelión, desde luego, sigue latente.

En los únicos países que hay estabilidad política son precisamente aquellos en los que no hay política; aquellos cuyos gobiernos no imponen dogmas políticos y se ocupan exclusivamente de las cuestiones económicas.

Como en España los ciudadanos y los gobernantes tienen el mismo sexo psíquico, el femenino, la relación entre unos y otros es la misma que la existente entre hijos y madres en España. La madre impone sus dogmas, sus creencias y sus excentricidades cerebrales al hijo, y éste, a

cambio, quisiera que ella se preocupara del modo de ganarse la vida él. Es decir, el hijo quisiera ser un vago muscular, y la madre quisiera que el hijo fuera un vago cerebral.

Pues la relación entre gobernantes y gobernados, que también es esencialmente educadora, como toda relación entre hombres, es la misma. El gobernante impone sus dogmas al gobernado, piensa por él, y el gobernado pide al gobernante que haga el trabajo que él debiera hacer, que trabaje por él.

Como consecuencia, el pueblo español físicamente es un esqueleto y psíquicamente es un mosaico metafísico.

Así, pues, en los países feminizados como España, se verifican los siguientes hechos: gobernar es imponer dogmas políticos; los gobernantes son hombres de leyes; los centros de enseñanza casi se dedican exclusivamente a producir empleados y abogados (futuros gobernantes); el sistema de enseñanza es a base de memoria y sumisión, porque en países de este género la inteligencia y el carácter son indeseables; los gobiernos se suceden vertiginosamente; los tipos de gobernación son antagónicos; la acción gubernamental es discontinua y heterogénea; no hay afinidad espiritual entre el gobierno y todo el pueblo, y hay una guerra civil sorda entre los distintos sectores del pueblo. Esta clase de

países son siempre anárquicos, lo que comprueba la realidad.

Tenemos, por tanto, que existen dos maneras radicalmente distintas de gobernar: la femenina y la masculina, que corresponden al sexo psíquico de los pueblos.

La femenina es imponer creencias y dogmas; perder guerras, territorios y colonias; aceptar tratados de paz, de comercio y fronteras. Esta gobernación es la llevada por abogados, por hombres de leyes. La gobernación masculina llevada por hombres de fábrica, de taller, de oficinas, de Bancos, de laboratorios, etc., es la que impone el trabajo a los gobernados y la que impone tratados de comercio y fronteras a los *otros* y la que se opone a que el extranjero quite trabajo a los nacionales.

En la gobernación femenina, el buen gobernado es el que no piensa, y el buen gobernante es el que no hace trabajar. En la gobernación masculina, el buen gobernado es el que piensa y el buen gobernante es el que hace trabajar. En el primer tipo, la gobernación es llevada por el gobierno y es exclusivamente escribir leyes; en el segundo tipo la gobernación es llevada por el gobernado y es únicamente establecer fábricas.

En los pueblos creados por el hombre masculino lo antisocial es no trabajar y no comprar el trabajo de los demás; lo antigubernamental

no puede existir, puesto que el gobierno no impone dogmas a los ciudadanos; deja que éstos crean en los suyos. En los conglomerados formados por el hombre feminizado lo antisocial no existe, sólo lo antigubernamental, que es no creer y no aceptar los dogmas impuestos por la gobernación existente, dogmas que posiblemente dejarán de serlo en cuanto cambie la gobernación. Y el oponerse a ellos se considera delictivo por la gobernación que los idea, pero será considerado heroico por la gobernación contraria que posiblemente vendrá a continuación.

La gobernación debe ser del tipo economista, no del tipo político. Los hechos económicos vienen de Dios, por eso son indiscutibles y por eso unen a los hombres. Las ideas políticas vienen de los hombres, por eso son discutibles y por eso desunen a los hombres. Y el primer principio eficiente en que debe basarse la gobernación es en unir hombres. La gobernación economista une a los hombres; la gobernación política los desune.

El tipo masculino de gobernación es el único hecho con arreglo a la voluntad de Dios; por tanto, es el único bueno.

La Naturaleza ha sido hecha y dada por Dios al hombre para que éste trabaje. En ella se encuentran materias primas laborables, no dogmas políticos. Como consecuencia, la única ocupación del hombre grata a Dios es el trabajo.

Un hombre puede imponer el trabajo a otro hombre porque así cumple la ley de Dios; pero un hombre no puede imponer su dogma a otro hombre, porque esto es reemplazar a Dios. Dios es quien únicamente puede dar ideas, porque El es la única verdad.

El dogma político, la idea fabricada por el hombre, es como una manufactura; no es una verdad eterna y su utilidad social está limitada en tiempo, en espacio y en clases de hombres.

c) *Al desconocer a un pueblo no se le gobierna*

Antes de usar un material de construcción se le analiza para conocer su resistencia. Un material desconocido no se usa.

Para dirigir a un pueblo se le debe también analizar para conocer sus deficiencias, sus cualidades positivas y negativas y sus posibilidades. Dirigirle bien será obligarle a que rectifique unas cualidades, mejore otras y adquiera las que le faltan.

Y como la vida es una lucha entre pueblos, una buena gerencia gubernamental debe conocer también las posibilidades de otros pueblos para no enfrentar el suyo con aquellos que, por ser superiores, puedan perjudicarle.

Cuando la gobernación desconoce a un pueblo no le gobierna. Porque como para gobernar a un pueblo hay que manejarlo, al desconocerle

se le deja de lado y se crea artificiosamente, antinaturalmente, un pueblo en pequeño, un engendro que se llama Estado, al que se gobierna. Y eso ocurre en España.

Esta afirmación nuestra podrá parecer extraña, pero es real. Es un hecho que la gobernación española no gobierna al pueblo español, pero sí gobierna al pequeño pueblo artificioso llamado Estado.

Vamos a demostrarlo.

Gobernar es formar y mejorar ciudadanos por medio del trabajo profesional y por medio de la actuación cívica y nacional. Gobernar es obligar a trabajar profesionalmente y cívicamente a todo el pueblo. Y precisamente la actitud de la gobernación española respecto de esto es la de una completa inhibición.

Con relación a todo el pueblo, la gobernación española sólo se ocupa en imponerle dogmas políticos de distinto género. Las leyes españolas pueden ser clasificadas en dos grandes grupos: leyes que exponen esos dogmas y leyes coercitivas que tratan de imponer esos dogmas en el pueblo para pretender que tengan realidad. Como esto no es posible, las leyes "se acatan, pero no se cumplen".

El verdadero trabajo de gobernar, es decir, de mejorar al ciudadano, lo hace la gobernación española muy limitadamente, sólo al pequeño grupo de elegidos que forman el Estado.

La gobernación española obliga a que sus burócratas sepan leer y escribir, tengan alguna cultura y algún conocimiento específico, exige a muchos una carrera profesional, les obliga a trabajar, los organiza, los disciplina; a consecuencia de ello ha creado un sector que supera en general al resto del pueblo. Pues bien, lo que la gobernación española hace a sus burócratas es lo que debiera hacer a todo el pueblo. Eso sería gobernar.

En los países que tienen Estado, los gobiernos existen para sacar dinero al pueblo y para hacer trabajar, más o menos, una burocracia pagada con ese dinero.

El trabajo que hace la burocracia es precisamente el que debiera hacer el ciudadano.

El ciudadano ha de trabajar como hombre para, a lo menos, mantenerse, y hasta para hacerse rico, si tiene habilidad para ello; pero además debe trabajar como ciudadano para vivir como tal.

El ciudadano, como hombre, no necesita calles adoquinadas, ni servicios municipales, ni carreteras, ni ferrocarriles, ni puertos, etc. El ciudadano, como hombre, no necesita gobiernos, ni embajadores, ni jefes de Estado, ni tratados de comercio, ni acuerdos internacionales, etc., etcétera. El ciudadano, como hombre, no necesita Parlamentos, ni Constituciones, ni garantías constitucionales, ni elecciones, etc., etc. Pero

como ciudadano, tiene necesidad de todo eso, que debe ser hecho por él.

Y sólo el hombre que hace el trabajo de ciudadano tiene el derecho de ser ciudadano. Y sólo así tendrá todos los demás derechos de ciudadanía.

Los habitantes de España no tienen derechos de ciudadanos porque el trabajo de ciudadanía es hecho por unos asalariados: por los burócratas.

En España, el individuo sólo se preocupa de sí y sólo trabaja para sí, y la burocracia dirigida por la gobernación es la que trabaja y piensa cívicamente y nacionalmente. El pequeño pueblo artificioso llamado Estado reemplaza al pueblo verdadero en su actuación cívica y nacional.

La consecuencia de ello es que el individuo no llega nunca a ser ciudadano, y el pueblo no llega nunca a organizarse, a ser nación.

Por eso, el pueblo español no existe cívicamente por dentro ni nacionalmente por fuera.

Como la historia de un pueblo es simplemente la historia de su modo de ganarse o buscarse la vida colectivamente, nacionalmente, la verdadera historia del pueblo español hay que estudiarla en América, porque allí trabajó. La historia de España es más bien la historia del Estado español.

Es muy lógico que los pueblos que tienen Estado estén más atrasados que los que no lo tie-

nen, debido a que en los primeros la gerencia gubernamental sólo hace trabajar a unos pocos, mientras que en los segundos la gerencia hace trabajar a todo el pueblo. En realidad, donde hay Estado no hay nación. Los países sólidos, como Suiza, Inglaterra, Estados Unidos de América y otros, tienen gobernación, pero no tienen Estado.

En los países donde gobernar es manejar una burocracia la acción ciudadana laborante no se toma como gobernación; sólo lo que hace la burocracia es gobernar. Así, instalar una fábrica no es gobernar, es crear una fuente de impuestos.

Para mostrar la ineficacia del Estado como organismo laborante, como constructor de pueblos, basta comparar la actuación del Estado en España con la del pueblo en América: mientras el pueblo español iba haciendo Hispamérica el Estado español iba deshaciendo España.

El primer Estado que hubo en España fué creación de Isabel la Católica. Ella quiso y consiguió que el Estado fuera para el pueblo lo que la madre es para el individuo. Y a los cincuenta años de haber constituído un Estado imponente fracasó y no quedó de él nada. Fenómeno que se ha repetido y repetirá varias veces, porque para nuestros buenos gobernantes gobernar bien es crear un buen Estado, una gran burocracia que reemplace cada vez más al pueblo en su actuación cívica.

La gobernación burocrática es una función adjetiva: hacer cosas, ya sean carreteras o leyes. La verdadera gobernación es una función substantiva: hacer hombres, hacer ciudadanos, mejorarlos. Lo primero es administrar una colonia, lo segundo es gobernar realmente a un pueblo.

La gobernación burocrática perjudica al pueblo, porque al reemplazar a éste en su actuación cívica impide que se desarrolle el ciudadanismo, no permite que se vea la necesidad de ser y actuar como ciudadano. Y perjudica a la nación, porque el dinero que puede el gobierno dedicar a obras y servicios públicos de todo género es en muy pequeña cantidad. Los países burocráticos son los más atrasados y menos desarrollados.

d) *La gobernación debe ser del tipo economista*

La realidad prueba que un hombre puede dejar de ser liberal o conservador, monárquico o republicano, y no le pasa nada. Pero un hombre —rico o pobre, político o apolítico— deja de comer y siente hambre. El hambre es el común denominador de todos los hombres. Como consecuencia, la economía debe ser el conocimiento común de todos los gobernantes.

Pero precisamente el desconocimiento absolu-

to de Economía ha sido y es el denominador común de todos los gobernantes españoles. Y respecto de la relación que existe entre ese desconocimiento y las condiciones en que se halla España veamos lo que dicen algunos extranjeros.

El economista francés Mr. Capefigne dice: "España ha sido siempre un país de fantasía en materias de gobierno como en materias de finanzas".

El economista inglés Adam Smith dice igualmente que "la ruina de España fué consecuencia del desconocimiento total y absoluto en sus gobernantes de los principios más elementales y prácticos de Economía".

Otro inglés, Mr. Welsford, ya citado, dice: "Los gobernantes españoles hicieron que España imitara a Roma en su política economista de vivir del trabajo de los demás, es decir, que no ayudaron; más bien mataron las industrias del país".

Disraely, político inglés, dijo que la ruina de España fué debida a excesiva protección comercial, que es inversa de protección industrial. Por la primera se protege al trabajo en el extranjero; por la segunda se protege al trabajo en el país.

Y el profesor Day, norteamericano, dice: "Fué la desgracia de España tener en este crítico período de su historia el control de sus asuntos

en manos de gobernantes negligentes, bien fuera por dedicarse a sus propios intereses o tal vez por natural incompetencia, quienes de esa manera no supieron aprovechar los recursos naturales del país. La contextura y forma del gobierno no ofrecía posibilidad de que buenos consejeros pudieran ser oídos por el monarca, debido a las camarillas. Hombres de espíritu comercial eran excluídos de la administración pública, tanto en pueblos y ciudades como en las Cortes. El gobierno residía en manos de hombres de leyes o de nobles que habían heredado ideas y conceptos feudales (precisamente los opuestos a los conceptos mercantiles), quienes no tenían idea alguna de las medidas necesarias para el desarrollo económico del país. No puede haber duda alguna de que el principal mal que España sufrió fué mal gobierno".

Las principales consecuencias que se derivan de ese desconocimiento de Economía son las siguientes:

a) Ignorar que la principal función de la gobernación es producir hombres de inteligencia, salud y carácter. Porque en el actual sistema de vida todo hombre es un productor, directo o indirecto, y para eso necesita salud, fuerza, resistencia e inteligencia; y todo ciudadano

es un comerciante internacional, y para eso necesita carácter. (Nótese que el consumidor es el último comerciante.)

b) Creer que España es un país apto para la agricultura, a pesar de que la realidad prueba todos los años lo contrario.

c) Por ignorar como trabaja el comercio internacional y desconocer el sentido "metafórico" que se da el industrialismo, aceptar la lucha comercial internacional a base de cambiar productos agrícolas por manufacturas.

d) Permitir la exportación de productos que dejan muy poca o ninguna ganancia. Porque aunque sucediese que las exportaciones saldaran en valor monetario a las importaciones, se pierde dinero si el coeficiente de ganancia de las primeras es menor que el de las segundas.

e) No tener una política comercial *ad hoc* para que los tratados de comercio no nos perjudiquen.

Un tratado de comercio es un permiso de clase, pero no de cantidad. Un tratado comercial permite, por ejemplo, vender en España maquinaria de otro país sin especificación de la cantidad; se vende todo lo que el mercado absorbe. Y ahí está el mal. El individuo consumidor compra sólo lo que necesita, pero la totalidad compra más de lo que conviene a la nación. Por eso los gobiernos que entienden Economía a esos tratados de comercio que limitan lo que ha de

entrar unen unas prácticas gubernamentales que limitan lo que el pueblo debe gastar y dónde. O sea que los buenos gobiernos limitan la cantidad a gastar en cada país importador.

f) No entender y, por tanto, no dominar el problema monetario o, como si dijéramos, el de cambios.

g) No favorecer realmente la creación de industrias.

La política economista debe ser hecha antes de que sucedan los hechos. Los gobiernos son los mejores consumidores de manufacturas, por lo que en sus manos está, si quieren, fomentar prácticamente la industria nacional. Una manufacturación se fomenta, se ayuda, se protege con pedidos, no con leyes. Pues bien, cuando se introdujeron en España las máquinas de escribir —pongamos como ejemplo—, los gobiernos debieron prever el gran número que habían de necesitar las oficinas gubernamentales (incluídas las provinciales y municipales) y entonces, no una legislación (cosa de abogados), sino un buen pedido (cosa de hombres mercantiles) hubiera establecido esa industria en España. Cualquier capitalista o cualquier Banco está dispuesto a pagar la construcción de una fábrica para máquinas de ese género si el gobierno le asegura un pedido de la décima parte de las máquinas actualmente existentes en los servicios gubernamentales. A la hora actual, ¿para qué

sirve la ley de protección a esa industria (y a las demás) si las oficinas gubernamentales tienen más de 100.000 máquinas de escribir extranjeras? De manera que ¿cómo va a ser posible que el gobierno español proteja a la innata industria nacional de máquinas de escribir, si ya la ha matado?

h) No obligar al pueblo a que se conduzca patrióticamente desde un punto de vista mercantil. El pueblo sólo debe comprar las manufacturas que él produce.

i) Tener una política economista que, por favorecer (sic) al consumidor, favorece el comercio de importación de manufacturas.

Esto es un contrasentido, porque la importación de manufacturas encarece la vida, disminuye el capital dinero para consumir, deprecia la moneda y disminuye el trabajo; lo que comprueba la realidad en España.

Una nación se compone de país y clima, pueblo y gobierno.

Una nación está bien organizada y bien dirigida cuando coinciden la aptitud del país y clima con el trabajo del pueblo y con el sexo economista de la gobernación.

Como en España la gobernación tiene la marca agriculturista, existe un problema insoluble

economista que ningún gobierno ha sabido ver y menos resolver.

Una gobernación de mentalidad agriculturista en España es una aberración, una negación; es algo absolutamente ilógico, absurdo: es como pretender que trabaje "masculinamente" una mujer porque vistiera de hombre.

Una gobernación agriculturista en España es un cambio de sexo; por eso no puede trabajar. Si el país no sirve para la agricultura, si el pueblo no sirve para agricultor, ¿cómo va a ser agriculturista la gobernación? La gobernación española debe tener el sexo industrialista dado por el sexo economista del país y por la aptitud profesional del pueblo.

Para el ciudadano, Economía es lo que "pone" los jornales, los sueldos, los dividendos, las rentas; Eficiencia laborante es lo que "pone" los costos de producción, y Política es lo que "pone" los impuestos.

Luego, muy lógicamente, para el ciudadano la cuestión económica y la cuestión eficiente (que van unidas) son primordiales, y la cuestión política es cuestión secundaria.

Por eso los ciudadanos no se interesan en aquellos gobiernos (en España, todos) que sólo se preocupan de la cuestión política: de poner impuestos.

El pueblo español sólo se adherirá a aquella clase de gobernación que se preocupe muy mucho de la cuestión económica y de la cuestión eficiente; de aquello que "pone" el jornal y el dividendo y de aquello que "pone" el costo de producción.

Y sólo cuando el pueblo se adhiera a la gobernación es cuando España marchará.

INDICE

Páginas.

ANTECEDENTES

Enunciando bien el problema..... 5
El español no dominó en Europa..... 8
Lo que significa Hispamérica..... 12
El pueblo español ha sido dominado siempre..... 16
La realidad..... 20

ESTUDIO DEL PROBLEMA

Factores que intervienen en la valoración de los pueblos

La desventaja primaria del pueblo español: su sexo femenino..... 28
a) Características del hombre y la mujer "psíquicamente puros"..... 30
b) Cómo adquiere el español el sexo femenino 44
c) La anormalidad del pueblo español..... 51
d) La ineficiencia psíquica del pueblo español 52
e) La tragedia de los pueblos femeninos..... 59
El español debe aprender a generarse substantivamente 66
a) Substantividad y adjetividad..... 66

Páginas.

b) La práctica eugenésica del español es negativa 71
El español debe aprender a formarse por el trabajo de hombre a hombre..... 74
a) Influencia del trabajo en la formación de los pueblos..... 74
b) El trabajo agrícola no mejora al hombre. 89
c) El trabajo agrícola no hace progresar, porque no crea cualidades sociales..... 91
El español no gana para comer lo suficiente por ser agriculturista..... 95
a) España no sirve para el negocio agrícola. 95
b) El español no sabe ser agricultor..... 106
c) Lo que perjudica la agricultura al pueblo español. 111
d) Proteger la agricultura española es proteger la industria extranjera..... 125
El español se empobrece por el comercio internacional y por el capital extranjero..... 131
a) De cómo el comercio internacional enriquece a las naciones industrialistas y empobrece a las agriculturistas..... 131
b) Ley de Economía: toda nación agriculturista tiene que estar necesariamente en deuda a otra u otras industrialistas y ser su colonia económica y su vasalla financiera..... 143
c) Los tratados de comercio entre las colonias económicas agriculturistas y los países industrialistas no son justos... 152
d) De cómo el capital extranjero enriquece a la colonia económica, porque la desarrolla físicamente; pero empobrece al pueblo, porque le hace exportar dinero. 158

Páginas.

e) Instalar una fábrica con maquinaria extranjera es reducir la futura ganancia. 165
El español debe aprender a ser productor industrial y a ser consumidor nacional..... 170
a) El arte de saber gastar dinero. A Juan Español 170
b) Lo que hacen cinco duros mientras están en España..... 176
c) El pueblo español debe intensificar el trabajo industrial..... 178
El español debe adquirir el sentido social y una fuerte consciencia nacionalista..... 181
a) Sobre el sentido social y sobre eficacia y disciplina sociales..... 181
b) Sobre el nacionalismo económico..... 188
c) Toda colonia económica está controlada por el extranjero..... 193
d) Sobre el obstáculo extranjero..... 199
El español debe aprender a gobernarse..... 204
a) Para saber dirigir hay que tener la cultura del siglo XX..... 207
b) El Gobierno debe tener el sexo masculino. 211
c) Al desconocer a un pueblo no se le gobierna. 220
d) La gobernación debe ser del tipo economista. 225

ACTUALIDADES CIENTÍFICAS Y POLÍTICAS

POLÍTICAS

	Pesetas
Alvarez del Vayo: **La nueva Rusia.** 2.ª edición.....	5,—
— **Rusia a los doce años.** 2.ª edición.....	4,—
— **La senda roja**.....	5,—
Bello (Lorenzo): **Viaje alrededor del Mundo durante la gran guerra**	5,—
Cambó: **En torno al fascismo italiano**.....	4,—
Ebray (A.): **La paz turbia**.....	6,50
Gil Mariscal (Fernando): **El Patrón-Hombre**.....	4,—
Goode (W. T.): **El bolchevismo en acción**.....	3,—
Fabra Ribas (A.): **Origen y carácter del movimiento laborista**.....	5,—
Keynes (J. M.): **Consecuencias económicas de la paz**	10,—
Latre (R.): **Por qué el español no ha llegado a más.**	4,—
Malone (Coronel): **La república rusa**.....	3,—
Mellor (William): **Acción directa**.....	3,—
Nitti (Francisco): **La tragedia de Europa**.....	8,50
Olariaga (Luis): **La cuestión de las tarifas y el problema ferroviario español**.....	8,—
Paquet (A.): **En la Rusia comunista**.....	6,—
Ríos (Fernando de los): **Mi viaje a Rusia sovietista.**	6,—
Vast (H.): **Pequeña historia de la gran guerra**.....	5,—
Wells (H. G.): **El salvamento de la civilización**,....	5,—
— **Rusia en las tinieblas**.....	4,—

CIENTÍFICAS

Basterra (R.): **La obra de Trajano**.....	8,—
Cabrera: **Principios de relatividad**.....	7,50
Güel (Vizconde de): **Espacio, relación y posición**...	4,—
Rignamo: **Psicología del razonamiento**.....	10,—
Russell (Bertrand): **Los principios de reconstrucción social**.....	6,—

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00027475072